

N O S O T R O S

GALERIA PRESIDENCIAL

LA “galería” de personajes grandes y pequeños, ilustres y oscuros de nuestra vida nacional, desde las guerras de la independencia hasta la organización de la República, dispersa en libros de numerosos viajeros de lengua no española, permanece casi desconocida para el lector común. Se han difundido, sin duda, los retratos o referencias personales más o menos minuciosas, del general San Martín, que figuran en obras de viajeros que lo conocieron y trataron más o menos fugazmente, gracias a la traducción y a las ediciones populares. Pero el coronel a quien acompaña Robertson poco antes del combate de San Lorenzo, y el general victorioso que Haigh contempla en los campos de Maipo, y el libertador que presentan Hall en la rada de El Callao, pronto a marchar sobre Lima, y Mary Graham en Valparaíso, después de su retiro del Perú, y el Cincinato que saluda Proctor en su chacra de Mendoza, no están solos ni aislados en esa atrayente bibliografía, preciosa auxiliar de nuestra historia. Libros raros, inasequibles, insospechados, nunca traducidos y de escasa circulación en sus lejanos días, suelen contener, bajo títulos que nada sugieren, sorprendentes revelaciones o el dato mínimo y anhelado que buscaba el indagador. ¡Feliz descubrimiento! El viajero que leemos se encontró en la ciudad, en la posta pampeana, en el fortín, en una fiesta o en una batalla, al personaje que estudiamos y del cual descariámos conocer esos pormenores que sólo puede transmitirnos el interlocutor que no necesitó halagarlo ni tuvo por qué odiarlo. Y de entre páginas y páginas que no hacían presentirlo,

surge repentinamente ante nosotros, con un gesto, un ademán, un timbre de voz, una modalidad, un rasgo físico o moral que nos lo iluminan y completan.

La “galería” que extraigo de libros de lengua inglesa, nunca vertidos a la nuestra y poco menos que ignorados fuera de las pesquisas que constituyen una especialización, será la mejor prueba de esas vetas apenas entrevistas aún...

I

UNA AUDIENCIA DEL PRESIDENTE RIVADAVIA

Los retratos literarios que tuvieron por sujeto a don Bernardino Rivadavia, están casi sin excepción, emparentados con la caricatura. Los rasgos físicos del personaje y el contraste de sus modalidades con el ambiente lugareño, suscitaban la irreverencia y, más de una vez, el escarnio. En una página breve y cáustica, perdida entre las opacas y formulistas de cierta defensa abogadil en insignificante asunto, Mariano Moreno le dió el primer aguijonazo, cuando ninguno de los dos tenía aún, como fondo de sus figuras, un pueblo en formación. Pero el epígrama voló, desde aquellos días anteriores al estallido revolucionario, en alas de la malicia, y siguió los pasos del político, del diplomático, del estadista, o del simple hombre de mundo, y halló, después de su muerte, acogida y consagración en el bronce de los historiadores.

Para compensar los efectos de ese tonillo zumbón que contagiara a sus retratistas compatriotas, he buscado, entre los extranjeros, alguna imagen directa y libre de influjos locales. Y he hallado juicios y comentarios de cálida admiración por la obra del reformador, mas no las impresiones personales que un Darwin, por ejemplo, nos transmitiera de Rosas. Hay, sin embargo, un apunte *d'après nature*, de nuestro primer presidente, en un libro inglés publicado en 1828, y lo considero único en su género. Por desgracia, el estado de ánimo del pintor, con respecto al modelo, en el momento de “ejecutar” su retrato, contribuyó, sin duda, a acentuar los rasgos caricaturescos que, fuera de duda, no eran solamente intención burlona de los contemporáneos. No obstante, el

retrato conserva singular valor como documento, completado con la escena palatina que lo acompaña, y es poco menos que desconocido, pues no he visto transcripta esa página por ninguno de los biógrafos del grande hombre. Al difundirla, sumaremos otro retrato *en noir* a su iconografía literaria.

Mientras desempeñaba su misión oficial en Europa, Rivadavia hizo activa prédica en favor de la emigración a su despoblado país. Como resultado de la propaganda y las promesas de aquella campaña, formalizóse en Londres, en 1824, un convenio entre Mr. Barber Beaumont —“interesado en la causa de la independencia de Sud América y, asimismo, en promover, bajo su patrocinio, la emigración de los desocupados pobres de Gran Bretaña a sus países”— y el representante argentino, don Santiago Lezica. Durante su residencia en Londres, Rivadavia había estrechado vínculos de amistad con Mr. Beaumont y su familia.

Los primeros contingentes de inmigrantes partieron hacia el Plata de los puertos de Glasgow, Liverpool y Londres; pero dificultades inesperadas que surgieron al llegar aquéllos, y el incumplimiento de algunas cláusulas del convenio por parte de las autoridades argentinas, determinaron el viaje a Buenos Aires de Mr. J. A. B. Beaumont, hijo del contratante londinense, en 1826. Las gestiones del viajero no prosperaron, y a fin de apoyarlas desde lo más alto, solicitó y obtuvo del amigo de su casa, “the President of the United Provinces and the architect of the emigration”, una audiencia en el despacho oficial. Con tal motivo, trazó la imagen que hallamos en su libro acre, único fruto, al parecer, de sus diez meses de permanencia en estas regiones.

“Como es de suponer —leemos en la página 157— no dejé yo de reclamar la intervención del Presidente de la República y *soi-disant* amigo personal de nuestra familia, don Bernardino Rivadavia, para salvar nuestros intereses y obtener la ayuda prometida a los emigrantes en publicaciones que él había hecho circular por toda Europa”. Esa es la paleta preparada por el pintor, con tonos claros y oscuros, amables y mordientes, que empleará según salgan las cosas. Pasemos a la obra resultante:

Al presentarme en el Fuerte, residencia de su Excelencia, me recibió su *aide-de-camp* en uniforme de gala. Le entregué mi tarjeta y me rogó esperar en la antesala hasta que su Excelencia se desocupara, espera que duró cerca de una hora y durante la cual el caballero de uniforme empeñóse en sonsacarme cuanto yo había observado mientras permanecí en Montevideo. Por fin se anunció que su Excelencia estaba libre: mi interrogador desapareció precipitadamente y volvió después de un cuarto de hora para conducirme a la sala de audiencia, donde quedé solo, esperando la entrada del Presidente. Como yo confiaba verme con el señor Rivadavia, a quien tantas veces estrechara la mano en Londres y con el que chanceara en la mesa de mi padre, no experimenté, como en otro caso hubiera ocurrido, turbación alguna por su presencia inminente.

El argentino tintineo de una campanilla en un cuarto contiguo atrajo mi atención, cuando ¡oh! se abrió la puerta con solemne lentitud y advertí que el Presidente de la República Argentina avanzaba con gravedad y un aire tal de dignidad que resultaba casi subyugador... Cada pequeño detalle relativo a un gran hombre es, por lo general, interesante para el público; puede por tanto, no ser impertinente el dar una breve descripción de la persona y aspecto de su Excelencia.

Don Bernardino Rivadavia representa de cuarenta a cincuenta años de edad, y unos cinco pies de altura y, más o menos, la misma medida de circunferencia. Su rostro es moreno, pero no desagradable, y denota agudeza, y sus facciones semejan las de la antigua raza que en tiempos primitivos pobló a Jerusalén. Viste casaca verde, abotonada à la *Napoleón*; sus cortos faldones, si puede llamárselos así, estan asegurados a la altura de la rodilla con broches de plata, y lo poco que resta de la persona luce medias de seda, zapatos brillantes, hebillas de plata. En conjunto parece una caricatura de los retratos de Napoleón, y se dice, efectivamente, que lo domina la imitación de éste en todo aquello que está a su alcance, como es el color y el corte del traje y el engreimiento de su elocución.

Su Excelencia avanzó majestuosamente hacia mí con sus manos cruzadas atrás: si ésto era también imitación del bien conocido personaje, o un recurso para equilibrar el peso y el volumen del abdomen o para evitar la familiaridad de un saludo no autorizado, es cosa que sería difícil determinar. Pero la actitud de su Excelencia me hizo comprender rápidamente que el señor Rivadavia de Londres, y don Bernardino Rivadavia, Presidente de la República Argentina, no debían ser considerados como una sola y misma persona... (1).

(1) *Travels in Buenos Ayres, and the adjacent Provinces of the Rio de la Plata, with observations, intended for the use of persons who contemplate emigrating to that Country, or embarking capital in its affairs.* London, 1828. Págs. 157-59.

Hasta aquí el “retrato”. La audiencia se desarrolló con frialdad calculada, según el sospechoso relator, cuyas reclamaciones no lograron otro eco que el de algunas frases corteses y nada comprometedoras. Decepcionado y malherido, Mr. Beaumont se ausentó del país con un resentimiento que había de desahogarse, poco después, en el citado libro. Tuvo una satisfacción: la renuncia de Rivadavia a la presidencia. Y no la disimuló: con sañoso deleite transcribió su texto e hizo acotaciones filosas en las últimas páginas del volumen.

II

EL GENERAL URQUIZA EN BUENOS AIRES

EN PALERMO

Me he ocupado en otra oportunidad de Mr. Charles B. Mansfield, hombre de ciencia inglés, enamorado, quién sabe por qué seductoras referencias, del Paraguay, “Arcadia intacta”. Pudo realizar su viaje ideal en unas vacaciones propicias, y llegó a Buenos Aires el 19 de agosto de 1852. Pero se encontró en ésta con un inconveniente imprevisto: el gobierno de Urquiza no había dictado aún el decreto de apertura del río Paraná, esperado hasta por el representante de Gran Bretaña, sir Charles Hotham, que aguardaba en la ciudad aquella resolución para trasladarse al país vecino. Recordó entonces el ofrecimiento de un joven argentino, compañero de travesía, “hijo de uno de los generales de Rosas y de la hermana del mismo tirano” (o sea Lucio V. Mansilla), y éste lo presentó, en efecto, “a cierto Dr. García”, quien le facilitó la entrada a la casa de gobierno, donde un “Dr. P.” lo condujo hasta el despacho del vencedor de Caseros, y le sirvió de intérprete. Ahora el mismo Mr. Mansfield toma la palabra:

Me condujo a un cuarto y me pidió que permaneciese, durante un minuto, junto a la puerta, mientras él entraba. En seguida me hizo señas para que pasara, y me hallé, de pronto, con mi viejo abrigo y las botas embarradas, con mi sombrero en una mano y mis credenciales en la otra, frente a una mesa, detrás de la cual estaba sentado una especie de granjero inglés muy respetable, de aspecto honrado,

que vestía primorosa casaca azul de uniforme y chaleco blanco, y a quien acompañaban numerosos oficiales y postulantes, sentados o de pie, en fila, a ambos lados. Yo no miré a nadie más que a Urquiza, el que se levantó gentilmente de su silla, y cuando le entregué mi carta de presentación me invitó con un gesto a tomar asiento. Luego pasó la carta al doctor que me había conducido, le pidió que la leyera, y después de oírla le dijo al mismo (pues el doctor hablaba inglés muy bien) que me preguntase cuál era el auxilio que yo deseaba, de acuerdo con la solicitud del almirante, que me había presentado como aspirando a viajar por regiones de la Argentina con propósitos científicos. Yo expresé que anhelaba remontar el Paraná y visitar el territorio argentino de sus márgenes y el Paraguay, y que agradecería mucho a Su Excelencia si me facilitase el acceso a aquellos lugares y me diese una presentación para el presidente paraguayo. En respuesta, se me informó que se me darían cartas de introducción para el gobernador de los Estados de Entre Ríos y Corrientes y el ministro argentino en Asunción. También se me preguntó si deseaba algo más. Estuve a punto de inquirir si podría hacer el viaje en un barco del gobierno; pero pensé que hubiera sido demasiado audaz, y sólo pregunté si estaba por zarpas algún barco en el que pudiera tomar pasaje (decíase que Urquiza proyectaba ir en aquellos días a Santa Fe, por río, para inaugurar el Congreso); pero se me contestó negativamente (1).

La impresión personal que el Director produjo en el viajero, se completa con este párrafo de una carta del mismo en aquellos días:

Me agrada la cara de Urquiza. Pienso que es un verdadero hombre; parece un granjero inglés, y dicen que es abstemio y vegetariano, caso extraordinario en estos sitios, donde la tierra está empapada de sangre animal. Los bonaerenses lo odian y pretenden probar que es un segundo Rosas, a causa de que les saca de las manos la llave del río, que ellos han usado en provecho propio y en perjuicio de las otras provincias.

El 31 de agosto se informó en el diario oficial que el gobierno había declarado abiertos a todas las banderas los ríos de la Confederación. Dos días después, Mr. Mansfield navegaba hacia su Arcadia. Al llegar a Diamante, el 16 de septiembre, oyó decir que el 11 había estallado en Buenos Aires una revolución contra Urquiza. Y a fines de febrero del año

(1) *Paraguay, Brazil, and the Plate. Letters written in 1582-1853.* Cambridge, 1856. Págs. 157-58.

siguiente, al regresar del Paraguay, halló a la ciudad sitiada por las fuerzas del coronel Hilario Lagos.

EN SAN JOSÉ DE FLORES

La apertura de los ríos, de acuerdo con el decreto del 28 de agosto, que comenzó a regir el 1º de octubre, fué juzgada por los países extranjeros como un gran acto de gobierno y una prueba concluyente de la sagacidad política de Urquiza. Poco después de conocer aquella disposición, el gobierno de los Estados Unidos organizó una expedición encargada de explorar los ríos tributarios del Plata, informar acerca de su navegabilidad y adaptación al comercio, recorrer las regiones adyacentes a fin de determinar sus fuentes de riqueza, hacer colecciones ocasionales de historia natural y toda clase de observaciones relacionadas con el conocimiento por menorizado de los países. Fué designado jefe de la expedición el capitán Thomas Jefferson Page, joven marino que poco antes regresara del Extremo Oriente, donde había permanecido tres años, principalmente en aguas de la China. La estimación que merecía el distinguido oficial a quienes le confiaban aquella jefatura, se realza por la comisión de negociar por sí solo, o en unión de los señores Schenck y Pendleton, ministros de los Estados Unidos en el Brasil y la Argentina, respectivamente, un tratado de comercio y navegación con el Paraguay, comisión que le fué encargada por el mismo presidente de su país.

El 25 de mayo de 1853, llegó a Buenos Aires el *Water Witch*, barco en el que viajaba la expedición. Después de entrevistarse con los ministros citados, el capitán Page, “ansioso por conocer al distinguido autor” del decreto que motivara su viaje, expresó el deseo de trasladarse a la quinta de San José de Flores, donde el general Urquiza tenía su cuartel. Mr. Pendleton se ofreció a acompañarlo; pero lo hizo Mr. Schenck, el día 27 a la mañana, una vez obtenido de las autoridades de la ciudad sitiada el permiso que solamente se otorgaba a los diplomáticos. Partieron a caballo; cruzaron calles convertidas en barricadas, entraron en la zona

que, por estar entre los sitiadores y la ciudad, mostraba mayormente las señales de la lucha, y llegaron hasta las proximidades del campamento, donde nada revelaba el movimiento, la organización ni siquiera la expectativa de un ejército sitiador. Aquí un grupo de oficiales ociosos; allí soldados gauchos tendidos sobre el suelo con despreocupada indolencia. Pero veamos, en ajustada versión, cómo continúa su relato el visitante:

Al acercarnos a la quinta, varios oficiales se adelantaron a recibirnos y nos dijeron que anunciarían inmediatamente nuestra visita al general, el que no estaba levantado aún, pues la noche anterior había ofrecido un baile, prolongado hasta la madrugada. Mientras lo esperábamos, caminamos por los alrededores y encontramos a cuatro caballeros, diputados del Congreso de Santa Fe, que habían traído al Director Provisional la constitución que debía ser sometida a las provincias para su adopción. Está inspirada, según nos dijeron, por la de los Estados Unidos, salvo en pocos puntos, inaplicables al país.

Pronto fuimos llevados a presencia de Urquiza, hombre fornido y bien formado, de estatura mediana, ojos hermosos y penetrantes y aspecto franco. Me impresionaron favorablemente desde el primer momento sus maneras dignas y de gran cortesía. Si es, como algunos me habían dicho, "un simple gaucho", "sin educación", posee una inteligencia natural y osada capacidad que lo habilita para asumir la responsabilidad de la obra que el pueblo de la Confederación Argentina ha puesto en sus manos. Nuestro ministro tenía una admiración sin límites por este "hombre de los tiempos", opinión que consideré importante por provenir de quien estaba familiarizado con los acontecimientos políticos que colocaron a Urquiza en su conspicua posición frente al mundo.

Después de conversar sobre cuestiones locales, se llegó al objeto de la expedición, y mostróse él tan interesado por su éxito, que lo agradecí de veras. Pareció comprender rápidamente el beneficio que derivaría para el Plata de los estudios que yo iba a realizar, y como prueba de ello y de sus buenos deseos para el mejor resultado de mi obra dentro de la jurisdicción de los Estados argentinos, llamó a su secretario y le mandó extender un documento en mi favor, dirigido a las autoridades de las provincias ribereñas.

La prontitud con que fué expedida esta orden me demostró la forma directa y decisiva que empleaba en sus asuntos. Al regresar a la ciudad, y aunque no corríamos peligro alguno, nos hizo acompañar, como acto de cortesía, por una escolta, comandada por uno de sus oficiales favoritos, hasta pasar las líneas del ejército sitiador.

A BORDO DEL "WATER WITCH"

Diversos acontecimientos demoraron la partida del *Water Witch* hacia el litoral. Levantado el sitio de la ciudad de Buenos Aires, el ejército urquicista se dirigió por tierra a su destino; el general decidió hacerlo por agua, con su estado mayor y parte de su personal civil y de su escolta, cuatrocientas personas en total que se embarcaron en Palermo, a bordo de cuatro naves inglesas y la del capitán Page. El Director eligió el barco norteamericano para él y su séquito. Volvamos a la narración del marino:

El 13 de julio, el *Water Witch* ancló a cierta distancia de Palermo, y el mismo día llegó Urquiza a bordo, acompañado por Mr. Pendleton. Traía aquél un hermoso perro, y me hizo gracia su interés por conseguir el embarque del animal, el que estuvo en el bote antes que su dueño hubiese dejado la orilla. Había sido su compañero fiel durante años, y los cuentos acerca de su sagacidad y fidelidad eran por cierto sorprendentes (1).

(1) No hay duda de que el perro era el famoso "Purvis". Tres años antes, el propio general había contado la historia y las hazañas del animal, a uno de sus visitantes, en el palacio de San José. He aquí el curioso relato:

"De la campaña oriental no he traído sino compromisos y este perro que reconoce en mí cierta superioridad sobre los demás, pues a nadie respeta, y ni aun los que le dan de comer están seguros de que deje de morderlos. Tiene su historia particular e instintos que no puedo comprender y que nadie podrá explicar. Era un cachorro que el coronel Galarza tenía en el Estado Oriental; de repente se me reunió, y aunque mandaba separarlo, siempre insistía en volver a mi lado. Viendo yo esta tenacidad en un perro que no me conocía, ordené que se le dejase, y desde entonces no se ha separado de mí, olvidando completamente a su amo. Ha seguido constantemente al lado de mi caballo en la campaña oriental y en la de Corrientes, y aunque es general que los perros se espanten al oír el estruendo del cañón, jamás ha mostrado la menor sorpresa. En la India Muerta estaba a mi lado cuando una bala de cañón que pasó cerca de mí, lo dió por tierra y separó algunas varas; pero inmediatamente se incorporó y volvió a ocupar su puesto. Dígame usted, ¿no hay en esto una cosa incomprensible? ¿Cómo me explica usted el instinto de este animal a seguirme constantemente y a elegirme por su amo entre más de cuatro mil personas que había en el ejército? Hay más —continuó el general— este perro era el jefe de otros muchos que había en el ejército; lo hemos

Poco antes del arribo del general, su séquito, compuesto de militares y civiles, cuarenta y cinco personas en total, habíase embarcado en el *Water Witch*, mientras recibía el saludo de los barcos ingleses y franceses. El resto de la comitiva fué conducido a los buques ingleses al día siguiente.

Con el propósito de desembarcar a Mr. Pendleton y de recibir a sir Charles Hotham, el ministro británico, que deseaba visitar al general Urquiza, comencé a navegar y me detuve frente a la ciudad, como el medio más expedito para cumplir ambos objetos. El Director Provisional sentóse en la cubierta, inmóvil como una estatua; observaba con impasible expresión a la gente que, amontonada en la playa, en las azoteas y en las orillas del río, había seguido las evoluciones de nuestro barco. No obstante los sentimientos que debía contener su pecho, no lo traicionaba un solo músculo.

Los barcos ingleses estaban listos en la ruta de Palermo a la en-

visto con asombro marchar al frente de todos ellos, y aunque estos desaparecían en el momento de oír el estampido de alguna arma, él se quedaba solo y se mostraba impasible. Aquí lo ve usted que parece que no es capaz de nada, y aunque por lo general lo verá usted acostado, no por eso deja de estar observando los movimientos de todos. Ha habido casos que estando yo irritado con algunas personas, este animal las ha asaltado improvisamente (*sic*) y les ha clavado los dientes. No tiene paz con nadie, aunque se le acaricie, y yo que nada lo halago veo que me respeta y es mi constante compañero. *Seis días con el general Urquiza, que comprenden noticias sobre su persona*, etc., págs. 30-31. Gualeguaychú, 1850.

Del peligroso guardián ocupóse también, poco después, Sarmiento, en su *Campaña del ejército grande*. "El general Urquiza tiene a su lado un enorme perro, a quien ha dado el nombre del almirante inglés que simpatizó con la defensa de Montevideo en los principios del sitio, y contribuyó a su sostén contra Oribe" —escribió el redactor de los boletines del ejército que mandaba el jefe entrerriano—. "En honor del anciano y simpático almirante, la batería que defiende la puerta principal de la línea de defensa se llamaba Purvis. El perro Purvis, pues, muerde horriblemente a todo el que se acerca a la tienda de su amo. Esta es la consigna. Si no recibe orden en contrario, el perro muerde. Un gruñido de tigre anuncia su presencia al que se aproxima; y un "Purvis" del general, en que le intima estarse quieto, la primera señal de bienvenida. Han sido mordidos Elías, su secretario; el barón de Grati, cuatro veces; el comandante de uno de sus cuerpos, y Teófilo, su hijo, y ciento más. El general Paz, al verme de regreso de Buenos Aires, su primera pregunta confidencial fué: ¿no lo ha mordido el perro Purvis? Porque no ha podido morderme, general, le contesté, es que me ve usted aquí. Siempre tenía la punta de la espada entre él y yo."

trada del canal de Martín García, pero antes que ellos lo alcanzaran, el *Water Witch* se les adelantó y los guió hacia el Uruguay. Nuestro destino era el puerto de Gualeguaychú o el lugar más próximo a la estancia del general Urquiza, donde pudiera desembarcarse.

El puente del *Water Witch* presentaba el aspecto de un barco de California en el momento supremo de la fiebre del oro. Antes de convertirse en improvisado alojamiento, parecía imposible que su capacidad hubiera podido responder a las exigencias del espanto humano. Mi pequeño camarote había sido dispuesto para el Director Provisional, pero, con graciosa galantería, tomó él una litera en la guardia, deponiendo los privilegios del rango ante la prerrogativa de los "derechos de la mujer". La esposa de uno de sus generales, con su hija, habían soportado durante meses los peligros y las incomodidades del ejército sitiador, y recurrían ahora a la protección de nuestra bandera. El reducido camarote no hubiera bastado a una dama de crinolinas para la amplitud de sus polleras; pero la señora y su hija lograron encontrarlo cómodo durante los cinco días que estuvieron a bordo. Los oficiales cedieron también sus camas a los huéspedes, con buena voluntad; mas eran tan limitadas las conveniencias del barco, que hasta la mesa del rancho estuvo en danza...

Me sorprendió la extrema continencia del general Urquiza en el comer y beber, hábito adquirido, probablemente, en su carrera militar. A primera hora, un sirviente negro (que había sido durante muchos años su hombre de confianza y estuvo a punto de capturar a Rosas en la batalla de Monte Caseros), le llevaba su mate, y a mediodía almorzaba, bebiendo únicamente agua. En el resto del día no probaba bocado.

A pesar del amontonamiento, nuestros huéspedes parecían estar a gusto, y al quinto día de navegación anclamos en Gualeguaychú, pues nuestro piloto nos aseguró que no podríamos ir más adelante. Posteriormente, cuando exploramos el río, comprendí que hubiéramos podido llegar a Concepción del Uruguay, donde el general Urquiza deseaba desembarcar. Con varios de mis oficiales lo acompañé hasta la orilla; su séquito y su escolta habían desembarcado el día anterior. Al dejar el *Water Witch* fué arriada la bandera argentina y me disculpé ante el general de no unir nuestro saludo al de otros barcos, por temor de perjudicar a los cronómetros, de los cuales dependía el éxito de nuestros futuros trabajos científicos. Se despidió de mí abrazándome al modo español, y me rogó que lo considerase siempre como un amigo. También sus oficiales nos expresaron su gratitud, y yo tuve la satisfacción de comprobar las atenciones que habían recibido a bordo. (1)

(1) *La Plata, the Argentine Confederation and Paraguay. London, 1859.* Capítulo II.

Pocos días más tarde firmóse el tratado de amistad y comercio entre el gobierno de los Estados Unidos y el de la Confederación. Con ese motivo, el general Urquiza agasajó a los firmantes en su estancia de San José, y el capitán Page conoció la hospitalidad magnífica de su amigo el Director Provisional.

III

UN CAPITAN IRLANDES Y TRES PRESIDENTES ARGENTINOS

La busca de vidas pintorescas por los noveladores de biografías, para satisfacer la apetencia literaria del momento, obtuvo hace poco más de un lustro, en Inglaterra, un hallazgo típico: la nada sedentaria existencia de sir Richard F. Burton. La mayoría de los lectores de dos libros que en un mismo año la contaron (*Richard Burton, Explorer*, por Hugh Schonfield, y *The Arabian Knight*, por Seaton Dearden), ignoraba, seguramente, si no aquella existencia, gran parte de sus aventuras. El protagonista era, para unos, tan sólo el traductor de *Las mil y una noche* y del poema náutico de Camoens, y para otros, un tratadista magistral de esgrima, autor de *El libro de la espada*, adoptado por el ejército británico. Supieron entonces que ambos no eran dos; y es probable que incitados por cuanto se dice y comenta de las exploraciones del capitán y geógrafo, como de los sorprendentes episodios de sus andanzas, hayan hojeado también los diversos libros en que el propio héroe expuso y documentó sus empresas. Y se habrán dicho, estupefactos: ¿de modo que el irlandés Lawrence de Arabia había tenido un precursor, y de su misma isla?

Nacido en 1821, Burton dejó su tierra por el continente en su primera infancia. La vida nómade del padre obligaba a continuos cambios de residencia a la familia, y al pasar de un país a otro, de una institutriz a otra, el pequeño Richard, que ya tenía rudimentos de griego y latín adquiridos en el hogar, iba adquiriendo varias lenguas que dominaría con el tiempo. Sus padres lo dedicaban a la iglesia; su carácter díscolo y el destino sabio lo apartaron del presbiterado. Cambió de

ruta y se incorporó al ejército de la India. Cumplió misiones difíciles; pero pasó informes de sociólogo, de artista, que desconcertaron a sus jefes. Se detuvo en los galones de capitán y regresó a Inglaterra, decepcionado de las jerarquías militares, aunque dueño del sánscrito, del árabe y de algunos dialectos orientales que le habían permitido mezclarse a la vida de pueblos asiáticos, penetrar su idiosincrasia y asimilar sus costumbres. Varios libros exóticos y eruditos revelaron al viajero y al escritor. La Sociedad Real de Geografía aprovechó entonces sus conocimientos y lo envió a Arabia, para explorar una región desconocida. Y con rumbo a La Meca y Medina partió de Suez, en un barco de peregrinos, disfrazado de derviche y con nombre supuesto. Una obra magnífica, *A Pilgrimage to El-Medinah and Meccah*, publicada en 1885-6, fué su cosecha. El año anterior había cumplido una misión más escabrosa: el viaje a Zeilah, en la Somalía inglesa, y a Harrar, no hollada aún por ningún blanco. Disfrazado de mercader, Burton vivió entre los árabes como uno de ellos, y pudo contarle en un libro, después de huir del palacio del rey que lo hospedaba y de atravesar el desierto. Realizó más tarde, por cuenta de la mencionada sociedad y del gobierno inglés, la exploración de las fuentes del Nilo, en compañía del capitán Speke; el descubrimiento del lago Victoria Nyanza y del lago Tanganyika, premió sus penurias. La relación de dicha exploración iniciada en 1857, se halla en el libro de Burton *Las regiones de los lagos del Africa ecuatorial*. En 1860 recorrió el país de los mormones y California; en 1861 exploró los montes Camerones, en la costa del golfo de Guinea, y algo después los *highlands* del Brasil, con motivo de haber sido nombrado cónsul británico en Santos. Todo ello tiene su relator en el osado protagonista. La guerra del Paraguay lo tentó enseguida, y de paso para los campos de batalla visitó a Buenos Aires. Un denso volumen, olvidado u omitido por casi todos los que se han ocupado últimamente del fecundo autor, recoge sus impresiones porteñas y sus cartas escritas desde las tierras épicas. Designado en 1869 para desempeñar su cargo consular en Damasco, se alejó con pena del Brasil, *the garden of South-America*, como él lo llamaba. El mismo

cargo lo llevó en 1885 a Trieste, donde vivió sus últimos años, dedicado a traducir los famosos cuentos árabes y *Os Lusíadas*. Murió en 1890.

La publicación de *The Arabian Nights* (1885-88), provocó un escándalo en la prensa inglesa. La versión cruda de aquellas noches lejanas en el tiempo y en el espacio, descorría velos que el pudor puritano hubiera deseado convertir en murallas (chinas, naturalmente). Algernon Charles Swinburne recibió su chubasco tan sólo por haber celebrado la traducción en un soneto alegórico. Hoy se la estima obra original y valiosa por sus "notas" excéntricas, su riqueza verbal y los recursos ingeniosos y eruditos del filólogo. Mas al pasar de esas páginas a los demás libros de Richard F. Burton, se comprueba que había en él un escritor de primer orden: ameno y profundo, de rápida y dominante observación, de áspero humorismo, de vigorosa síntesis y gran cultura.

Desembarcó el capitán irlandés en Buenos Aires un domingo agosteño de 1868 que recordó al viajero, con su luminosidad radiante y su frescura tónica, los días de la primavera italiana o argelina. Antes de embarcarse había leído concienzudamente los principales libros sobre el Río de la Plata, escritos por viajeros europeos, a fin de no incurrir en repeticiones inútiles. Logró evitarlas, por cierto, y cuanto dice, de Buenos Aires al menos, en sus memorables cartas, le pertenece en forma exclusiva, por la doble originalidad de las observaciones y de la forma.

Los juicios del capitán Burton singularizábanse por su franqueza. La espléndida brutalidad de sus informes militares, llenos de incisiones penetrantes hasta la médula, de minúsculos detalles captados con aterradora suspicacia, habían alarmado a los jefes y perjudicado al oficial en sus promociones. Por no saber amoldarse a cierta discreción diplomática, por su incapacidad honrosa para el empleo del eufemismo y la perifrasis, vióse continuamente postergado en el escalafón del ejército de la India. Al abandonar la carrera de las armas, no abandonó su desconcertante crudeza, sus epítetos urentes, su endiablada manía de descubrir lo más delgado del hilo. Explorador de tierras vírgenes y ríos misteriosos, aventurero

científico en continentes distintos, autor de libros notables, llegó el viajero a nuestra orilla del Plata cargado de ciencia y experiencia; pero con los ojos y la lengua de siempre...

MITRE Y SARMIENTO

Au Capitaine Burton, voyageur en route, D. F. Sarmiento, voyageur en repos. Así escribió, en francés, el autor de *Facundo*, presidente electo de la República, en un ejemplar de la reciente versión inglesa que ofreció al visitante. Aquellos desembozados debieron entenderse a maravilla.

La copiosa información del capitán irlandés acerca de las nuevas tierras que se proponía recorrer, comprendía también la historia del país, los acontecimientos políticos de la época, la vida y la obra de sus principales hombres. No ignoraba, pues, los afanes del gran sanjuanino por la instrucción pública, ni su "yoismo" explosivo, ni los ataques, las injurias y los atentados que acababa de cosechar en la campaña presidencial, y a los que se refiere en su libro para destacar la grandeza del personaje. Conocía, del mismo modo, los antecedentes militares, intelectuales y políticos del presidente Mitre, que llegaba al término de su período constitucional, y con quien se entrevistó varias veces. "Como Echeverría, él es poeta, y pertenece al grupo del magiar Petofi, del ruso Gogol, del norteamericano Cooper, todos ellos inspirados por la gloria y la grandeza de las pampas, de las estepas, de las praderas" —escribió el viajero—. Y agregó: "Es, además, un geógrafo, un lingüista, un orador. Por la sutileza mental, me evoca al emperador del Brasil. Como bibliófilo, me asombró por su conocimiento de libros, no sólo en lo que respecta al contenido, sino también a lo externo. Posee una colección de obras raras y clásicas, especialmente geográficas, sin igual, acaso, en este continente, y todo ello a la edad de cuarenta y siete años: verdaderamente, la vida circula con aceleración en estas tierras jóvenes. Había oído él algo sobre mis viajes y me recibió como a un antiguo amigo y me obsequió con los tres volúmenes, últimamente publicados, del doctor Martín

de Moussy, en cuyos trabajos, como base de una superestructura posterior, ha tenido particular interés”.

La frenología, de moda en aquellos años, tentó al retratista, y frente a las imágenes fotográficas de los dos presidentes argentinos, comparó sus rasgos a la luz de la “phrenology and physiognomy”. El paralelo, conciso y terminante como un diagnóstico, sólo ocupa media página, que es la 169 del volumen.

Sarmiento es bajo, grueso, *bilioso-nervous*, cejudo y de frente que se estrecha al alzarse: el hombre observador. Mitre, *nervous-bilious*, delgado, delicado, de alto desarrollo en la región coronal, es el hombre reflexivo. Este, pensará a menudo sin hechos; aquél no reflexionará sobre lo que percibe ni aprende. El presidente Sarmiento es esencialmente un hombre de acción, estudioso y prosaico: temperamento masculino, puro y simple. El presidente Mitre es imaginativo, instintivo y de naturaleza señaladamente poética: en síntesis, una mezcla de los tipos femenino y masculino. El primero es un demócrata nato; el segundo, un aristócrata a quien el destino convirtió en republicano. Ambos hablan con fluidez, como lo hacen todos los neoespañoles; su oratoria revélase inmediatamente por su físico...

La galería presidencial del viajero no estaba, sin embargo, completa. El primer presidente constitucional de la Nación, y su inmediato sucesor, ya electo, requerían la vecindad del ex-presidente de la Confederación Argentina, para constituir el terceto viviente de aquella hora.

URQUIZA EN “SAN JOSÉ”

Un año y medio antes, en marzo de 1867, Mr. Thomas J. Hutchinson, cónsul británico en Rosario y narrador incoercible de viajes a todas partes con el objeto aparente de contarlos en espléndidos volúmenes, viajaba por el río Uruguay. El día 18 llegó a Concepción y fué invitado, para el siguiente, a la recepción que el general don Justo José de Urquiza daba en su residencia señorial de “San José”, con motivo del aniversario epónimo. Comenzó el festival, nos dice el cónsul grafómano, “como comienzan todas las fiestas en la República Argentina: en el mediodía de la víspera”, y consistió en misas, banquete para doscientos comensales, fuegos de artificio y

baile hasta las 3 de la mañana, “durante tres días“. Mr. Hutchinson no se olvida en su breve crónica —destinada, sobre todo, a describir el palacio— del dueño de casa. Era a quien buscábamos, y aquí está:

El general Urquiza, aunque ya cuenta 65 años, se mantiene sano y vigoroso y lleva una vida tan activa como sobria. No fuma ni bebe licores espirituosos de ninguna clase. El retrato en uniforme de general que ha publicado Barón du Graty en su obra sobre la Confederación Argentina, se le parece tanto como yo a Hércules. Su nariz es ligeramente aquilina y su rostro presenta una expresión combinada de vigor, energía y decisión, que se concentra especialmente en la boca. Los ojos, si bien grises, y por ello menos vivaces, diríase que tienen la facultad de leer los pensamientos de sus interlocutores, aunque él rara vez los fija en nada por más de un segundo. Tiene el cabello negro, sin asomo de canicie; pero ralea en la coronilla, despoblado que un arreglo artístico disimula. Vestido en verano con traje de sarga blanca y sombrero negro, que suele llevar inclinado sobre la nuca, tiene la apariencia del verdadero “beau idéal” de un caballero inglés dedicado a tareas rurales (1).

En viaje hacia los esteros ensangrentados, en agosto de 1868, el capitán Burton, que había leído el libro de su colega consular, visitó asimismo al general en su fastuosa estancia de “San José”. La habitual agudeza de las observaciones, la precisión de los detalles, hacen de la carta respectiva un documento sugerente como pocos de la época; y el desenfado gracioso de los juicios sobre esto y aquello en su global captación, le comunican el acento inconfundible del autor. Sólo nos interesa ahora el retrato de “Don Justo”, y lo entresacamos del panorama:

El general Urquiza es bajo, rechoncho, aproximadamente sesentón, de complexión *bilious-nervous*, más bien morocho, con ojos castaños claros muy vivaces, boca de labios apretados y mandíbulas y mentón anchos y recios. Usa patillas a la inglesa, y sus teñidos cabellos laterales cubren la deficiencia del centro. Su traje es el de los latinos: negro de la cabeza a los pies. Me asombró algo que no condice en él con la tranquilidad castellana: su gesticulación excitable y su mirada centelleante por cualquier motivo. Pero ahora recuerdo que es vasco; su padre fué un emigrado a Sud América, que tuvo, durante largo

(1) *The Paraná; with incidents of the Paraguayan war, and South American recollections, from 1861 to 1868. London, 1868. Pág. 403.*

tiempo, un pequeño almacén en Corrientes. Su vida es muy sencilla. Se levanta al amanecer y se absorbe en los problemas de sus entrerrianos, quienes, aunque excelentes hombres de lucha y, después de los porteños, los mejor mirados de los argentinos, requieren ser manejados con rienda corta. Almuerza, o mejor dicho, se desayuna a mediodía, y cena al oscurecer, rara vez con su familia, excepto cuando lo hace para cumplimentar a un huésped. Sopa y puchero, aves y dulces secos constituyen su alimento; no fuma y bebe únicamente agua, que aquí es turbia. En un tiempo fué vegetariano...

El general tuvo atenciones especiales para el capitán Burton, que éste destaca en su crónica, y la señora de Urquiza —a quien el visitante conoció, también, como a sus jóvenes y hermosas hijas— le entregó un “recuerdo” para la señora Burton: un lindo mate de plata con su correspondiente bombilla.

El exigente y siempre descontento irlandés confiesa al final de su carta que dejó “San José” con “la impresión de haber hecho una visita algo peculiar, pero muy agradable”. Y termina con estas palabras, en español:

“¡Viva D. Justo!” (1).

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

(1) *Letters from the Battle-Fields of Paraguay, London, 1870. Carta VII.*

ROMANCE A ROBERTO F. GIUSTI

CON una luna redonda
en el filo de las doce,
el año nuevo inaugura
el repicar de sus bronces.
Un leve frío se esponja
entre los pinos inmóviles.
Del mar se viene una antigua
canción que nadie conoce.
Suavizan ranas y sapos
sus cristales y sus goznes.
Y para que la ternura
no se nos muera a los hombres,
por la arena en que desliza
sus pies de plata la noche,
florece una candidez
rosada de caracoles.

Las iniciales del mundo
se vuelven claras y dóciles
cuando el mar se endulza apenas
y el río es casi salobre.
Al trueno de otras comarcas
esta placidez responde.
Punta del Este se apura
de perfumes y colores.

Y usted y yo, buen amigo,
cada uno con su mote,
usted con sus bellas letras
y yo con mis estrambotes,
usted con su erudición,
yo con mi alma "globe-trotter",
no somos aquí otra cosa
que dos simples corazones
entre un verde de pinares
y un celeste de horizontes.

Porque esto es una ventana
frente a la que el mundo torpe
unta de luna su lepra
para que no se le note.
Porque esto es una ventana
abierta en la media noche
más dura que han conocido
las mujeres y los hombres.
Y usted y yo, noble amigo,
acodados en su borde
—unidos en un instante
que será de los mejores
cuando el recuerdo nos brinde
lo que la vida atesore—
usted y yo en esta hora
—como en el año catorce—
sólo vemos una estrella
en lo más hondo del vórtice:
la estrella de la justicia
para todas las naciones,
el bienestar y la paz

y la libertad, entonces,
que así en la tierra uruguaya,
aunque malos vientos soplen,
y más si un año se inicia
en tiempo de vacaciones.

Caro Roberto F. Giusti,
aquí mi voz se compone,
y se despoja de abrojos
y se dedica a las flores.
De su mujer y sus hijos
recibimos atenciones.
A su mujer y sus hijos
vayan nuestras afecciones.
A Toto, que heredará
sus literarios valores,
A Pichi y Pampu y Liliana,
Lucy y Coco, cinco amores,
cinco seguros consuelos
y esperanzas para el hombre.
(Lo digo yo que no tengo
sino un solo hijo: Moni.)

En horas inolvidables
de sol y brisas salobres,
anduvimos todos juntos
por playas, cerros y bosques,
las esposas refiriéndonos
caseras preocupaciones,
los muchachos, sin sosiego,
como conviene a los jóvenes,
y usted y yo, comentando
la locura de los hombres . . .

Lo cuento en tono menor
que no tiene pretensiones,
mientras la luna de enero,
en el filo de las doce
se va camino de otro año
sobre los pinos inmóviles. . .

AUGUSTO GONZÁLEZ CASTRO.

Punta del Este, diciembre 31 de 1941.

GÜIRALDES Y LAFORGUE

“Todos, más o menos, gravitan sobre el mundo. Menos el que sólo acepta; más el que incorpora y devuelve”.

R. C., *El sendero*.

CON el deseo de no extenderme demasiado, ahorrando algunas reflexiones y también numerosas citas documentales, en estas páginas compendio la historia poco o nada conocida —pero en extremo aleccionante— de una influencia literaria: la que un delicado poeta de Francia, Jules Laforgue, ejerció sobre nuestro Ricardo Güiraldes, el recio novelista de *Don Segundo Sombra*.

Hablar de “influencia literaria” importa casi siempre un enojoso mal entendido. Sobre todo entre nosotros, por natural suspicacia o por un errado concepto de cómo debe encararse un estudio de fuentes, no faltan quienes confundan esta averiguación, sólo de índole estética, con otra ostensiblemente ruidosa y de marcado sesgo policial: la de emplearse, tras menudo afán erudito, en un lerdo y fatigoso inventario de semejanzas, simples “rencontres”, calcos o torpes imitaciones.

Innegable, sin duda, es la existencia de un doble comportamiento, ético y estético, por lo que toca al modo en que un autor puede apoyar la elaboración de su obra sobre un escrito ajeno. Por veces imitador originalísimo, hasta el mismo Anatole France (citémoslo, aunque ya no esté de moda citarlo), cada vez que rozó este tema no hizo sino predicar como en defensa de su propia causa. Por eso, en las páginas paradójales y atinadas de su *Apologie pour le plagiat*, se complace en destacar estas líneas, también atinadísimas, de La Mothe Le Vayer: “Se puede hurtar al modo de las abejas

sin perjudicar a nadie; pero el robo de la hormiga, que arrebata el grano entero, no debe ser imitado" (1).

En materia literaria abundan quienes saquean directamente y a manos llenas. Sin embargo esto no pasa de constituir un plagio descarado que poco tiene que ver con la transposición artística a que alude Anatole France. Su interés, y posee alguno, es un interés exclusivamente jurídico.

Muy distinta parece la significación de una influencia auténtica, honestamente acogida y generosamente transfigurada. En este caso el autor influído no hurta, sino que, las más de las veces, acierta a descubrir, en razón de esa influencia, modos de sensibilidad y formas de expresión que, hasta entonces, sólo estaban en él como retraídos y larvados.

Molière —y el ejemplo a fuerza de ser egregio evita la redundancia de demorarse en muestras menos ilustrativas— trasladó asuntos, tipos y situaciones de muchos otros autores, así franceses como extranjeros. Su famosa fórmula "Je prends mon bien où je le trouve" caracteriza el peculiar *modus operandi* de no pocos escritores de entonces y de ahora, en Francia y fuera de Francia (2). Montaigne, que por su parte tomó en préstamo a los antiguos, sobre todo a Plutarco y a Séneca, ya en pleno siglo XVI sabía que ese procedimiento, consciente o inconscientemente utilizado por personas de ingenio, nunca entraña riesgos grandes ni para el arte ni para la misma moral corriente: "Las abejas —anota en un símil cargado de ática socarronería— pillan aquí y allí entre las flores; pero después hacen la miel que es un producto enteramente suyo: ya no es tomillo ni mejorana" (3).

Este tipo de reelaboración, o de influjo asimilado y devuelto en nueva sustancia literaria, constituye con frecuencia la parte más valiosa y personalmente mejor lograda de una obra. Hasta los creadores de producción caudalosa y de es-

(1) Reproducido en *La vie littéraire* (París, Calmann-Lévy, IV, pág. 160).

(2) Este fué siempre el comportamiento de la buena tradición clásica, sin siquiera excluir a los escritores de mayor jerarquía... Virgilio encontraba perlas en el estercolero de Ennio.

(3) *Essais*, I, XXV.

pontánea vertiente íntima se avienen a reconocerlo: muchas veces —observaba Goethe— sólo leemos un libro para encontrarnos a nosotros mismos (4). Precisamente, el caso es manifiesto en el autor de *Fausto*. Puede, sí, repetirse —porque alguien lo ha dicho ya antes de ahora— que la historia de la evolución espiritual de Goethe no es en el fondo más que la historia de las influencias por él recibidas (5). Influjo de los hombres y de las cosas. Influjo de las amadas. Influjo también, y grande, de los amigos: de los genialmente inteligentes como Herder y de los genialmente cordiales como Schiller. Influjo de los colaboradores tesoneros, como el excelente Eckermann, el fino Jacobi o el borroso Müller. Influjo de los libros. Influjo, en fin, de la luz, del agua y de la atmósfera, pues cuando se tiene la epidermis y el corazón hospitalarios, a la larga todo termina por acrecerse e identificarse. “¿Qué soy? ¿Qué he hecho?” —se preguntaba el propio Goethe, ya casi sobre los bordes de su postrimería gloriosa. Y él mismo acertaba a responderse según los términos de este compendioso balance: “He acopiado y utilizado cuanto pude oír y observar; mis obras fueron nutridas con la contribución de múltiples individuos, ignorantes y sabios, discretos y tontos. La juventud, la edad madura y la vejez me aportaron sucesivamente sus ideas, sus capacidades, sus maneras de ser. Recogí, a veces, la cosecha que otros habían sembrado. Aunque lleve el nombre de Goethe, mi obra es así la tarea de un ser innumerable, colectivo” (6).

La aguda ejemplaridad de estas manifestaciones, y la circunstancia de proceder de quien proceden, excusan el prescindible escrúpulo de agregar otras. Pero en lo primordial, y por encima del gravoso fárrago de los textos, el recto estudio

(4) Literalmente: “Se lee un libro para extraer la propia personalidad, y por poco que se sea hábil uno se lee a sí mismo en el libro y se asimila el elemento extraño”. *Epístola primera* (versos 31-33, en el texto alemán).

(5) André Gide, *Pretextes*, París, “Mercure de France”, pág. 22.

(6) Este texto del jefe del romanticismo alemán no hace sino señalar uno de los puntos más altos en su espléndida trayectoria hacia el clasicismo pleno: “Sólo la humanidad es el hombre verdadero”.

de una influencia literaria estriba en conceder atención a las obras para acertar luego —¡si se acierta!— con un proceso psicológico casi siempre revelador. En esta suerte de indagaciones, que ya se dijo nada deben tener de policiaco, los textos que se aparean y contrastan sólo han de ser interpretados a modo de hitos idiomáticos que señalan la trayectoria, a veces manifiesta pero a veces muy recatada, de estos juegos estéticos, tan específicamente humanos, de aproximaciones e interferencias. “Espíritu y corazón, entendimiento y sentido se buscan con necesaria afinidad electiva y con ello se produce la unión de seres distintos”. También aquí la fórmula es goethiana (7).

Si se tiene cierta noticia de Güiraldes, y si además no se carece de alguna referencia acerca del autor *Des Fleurs de bonne volonté*, una doble pregunta parece previa e ineludible: ¿Qué secreto enlace anímico hizo coincidir espiritual y literariamente a estos dos hombres? ¿Qué pudo haber de común entre el evocador de nuestra brava hazañería campera y el frágil y matizado poeta del París fin de siglo?

Quizá nos orientemos hacia una respuesta si repetimos aquí, con disculpables apreturas de escorzo, un somero perfil biográfico de Jules Laforgue. Bien se sabe que este gran lírico franco-americano nació en Montevideo, en 1860, y que con el conde de Lautréamont y Jules Supervielle pertenece a la brillante constelación de los tres poetas del parnaso de Francia nacidos en el Uruguay. En Montevideo pasó Laforgue los seis primeros años de su vida en una atmósfera de la que guardó un recuerdo profundo, pero del que por desgracia —como observa Jean Aubry, uno de sus más fervorosos comentaristas— su obra conserva pocas huellas directas, salvo dos breves pasajes encontrados entre sus papeles póstumos y dados a conocer mucho más tarde (8).

(7) *Dichtung und Wahrheit*, III, XIV.

(8) Como cuando se trata de poesía nunca es impertinente hablar en primera persona, a vuelta de veinte años recuerdo ahora que, hace justamente otros tantos, llegaron por primera vez a Buenos Aires, copiados de puño y letra de Francis de Miomandre, el matizado ensayista y gran laforguiano, esos dos pasajes en que el melancólico poeta

A los ocho años Laforgue embarcó para la patria de sus padres y allá, tras la pausa de algún viaje al extranjero, permaneció hasta su muerte. Estudió en el liceo de Tarbes y luego en París. En el despunte de la adolescencia empezó a escribir los primeros versos y a relacionarse con las figuras más aventajadas de la literatura francesa del momento. Su vida —*Ah! que la vie est quotidiene...*, como ha clamado él mismo en un verso célebre— en lo material fué siempre difícil y trabajosa. Esto no le impidió adquirir un vasto saber filosófico y una ponderada cultura humanista, lo que sumado a las naturales dotes de su talento pronto lo situó a la vanguardia de los jóvenes de su generación. ¡Y a pesar de algunos positivistas necios, qué generación la del París del 80!

Charles Ephrussi y Paul Bourget, ya entonces novelista ilustre, lo recomendaron para un puesto de lector junto a la emperatriz Augusta, abuela de Guillermo II. Los cinco años de residencia en Berlín fueron para Laforgue los de mayor desahogo, pero también los de más intensa nostalgia. Las cartas de su hermana María —otra “hermana tutelar” dentro de la nomenclatura de Rafael Alberto Arrieta— mucho lo sostuvieron y confortaron en ese retraimiento nórdico. En 1886, Laforgue se casó en Londres con Miss Leah Lee, que fué para él una compañera abnegada y también fraterna. Instalado de nuevo en París, su vida siguió colmada de dificultades; su salud, en todo tiempo precaria, sufrió los estragos de la tisis,

de *Les Complaintes* alude a su infancia uruguaya. Una deferencia honrosa trajo a mis manos aquellos papeles y, con la impericia propia de quien apenas salía del colegio, los traduje con más entusiasmo que acierto. Gracias a la reconocida amabilidad de la revista *Nosotros*, que los publicó muy luego (*Crónica de la vida intelectual francesa*, en el N° 167, abril de 1923, págs. 517-521), aunque discretamente sin indicación del traductor, pude contarme entonces, con poca fatiga y esfuerzo, entre los muchachos que el mismo Francis de Miomandre ha definido de este modo:

*C'était un jeune homme comme tous les autres.
Mais il avait beaucoup lu Laforgue
et il en reste toujours quelque chose...*

Pasa la vida y se acumula títulos, pero sólo de estas promociones íntimas termina uno por sentirse orgulloso.

y el 20 de agosto de 1887, apenas en sus veintisiete años, lo llevaba a la tumba. Sus amigos, que empezaban a ser muchos y que le profesaban la devoción más afectuosa, quedaron profundamente desolados y toda su generación se sintió terriblemente disminuída. Críticos de subida autoridad —un Remy de Gourmont, un Camille Mauclair, un Ernest Raynaud y tantos otros— deploraron esa muerte y exaltaron las ricas cualidades de la producción laforguiana. Desde entonces —y ha corrido ya más de medio siglo— no puede decirse que los escritos de Laforgue hayan llegado al conocimiento del gran público, o por mejor decir del público meramente numeroso, pero en cambio, a uno y otro lado del océano —¡y que mayor gloria para un poeta!—, a este lírico extraordinario no le faltan lectores entre los más lúcidos apasionados de la poesía.

Llamada por su novedad y por sus anticipaciones a una influencia que todavía no ha concluído, la obra de Laforgue, cuantitativamente, no es excesiva: el todo se aprieta en cuatro volúmenes. En la edición del “*Mercure de France*” las poesías completas caben en dos tomos, en los que halla lugar, entre otras páginas, lo mejor de su producción lírica (*Le Sanglot de la Terre*, *Les Complaintes*, *L’Imitation de Notre-Dame la Lune* y *Des Fleurs de bonne volonté*). El volumen tercero lo ocupan los seis cuentos en prosa de *Moralités légendaires*, mientras que el cuarto hace espacio a sus *Mélanges posthumes*, con la serie de sus pensamientos y descripciones, sus cartas y los apuntes sobre el arte impresionista y el arte en Alemania.

Les Complaintes constituyen la nota más difundida de toda esa obra. Probablemente no son lo más aquilatado de ella, pero sí lo más accesible y característico. Dentro de las modalidades de la alquitarada poesía francesa de las postrimerías del siglo XIX, esas “cantilenas” laforguianas ofrecen una muestra originalísima del aprovechamiento de algunos recursos expresivos del lirismo inmediato, de entonación entre callejera y rural.

En todos los tiempos y países, siempre han existido interferencias o influjos recíprocos de la poesía culta y la poesía del pueblo. Para no irnos demasiado lejos, y en fácil gesta

profesoral remontarnos al diluvio, recordemos que durante el siglo XVIII ambos modos de poesía aparecen tal vez más separados que nunca, sobre todo en los países que como Francia habían alcanzado en tal fecha unas maneras culturales de refinado empaque cortesano. Tras largas y sutiles transposiciones, sólo más tarde, en vísperas de la Revolución, supo la musa de Versalles expresarse con la gentil desenvoltura de las gentes de la campiña, de una campiña ajardinada y como de gobelino: *Il pleut, il pleut, bergère*, la encantadora canción de Fabre d'Eglantine, es una muestra entre otras muchas. A fines de ese siglo, y en los comienzos del XIX, las cosas variaron a causa del romanticismo. En su rica plenitud, a ratos un poco contradictoria y caótica, esta nueva tendencia estética, a pesar de su propensión a exaltar los valores subjetivos e individuales, no desatendió las creaciones artísticas de índole colectiva: la poesía propiamente popular y sus numerosas manifestaciones. Tampoco debe olvidarse la actitud de Herder en los albores del movimiento romántico, y en qué medida los representantes de su grupo literario pusieron su cordialidad estudiosa al servicio de un mayor conocimiento de la poesía localista, de los lindos aciertos atesorados en las canciones inglesas o en el incóparable romancero español. Goethe, el escritor más genialmente representativo de aquel momento, en la forma sólo alusiva del *Lied* o en la narrativo-didáctica de la balada, consiguió fijar su personalísima modalidad poética, universal y profunda, recurriendo para ello a los asuntos y a los ritmos de tipo o de procedencia popular. En ningún caso, ni siquiera cuando utilizó contribuciones folklóricas, soslayó el autor de *Werther* la lírica manifestación de su "yo". En él hasta el poema más objetivo y al parecer ajeno a su experiencia entrañable, nunca dejó de constituir, como el propio Goethe decía de cada una de las etapas de su obra, "un fragmento de una gran confesión".

Algo parecido aconteció a fines del siglo pasado con varios representantes del simbolismo. Insinuado por Baudelaire hacia los promedios de esa centuria, continuando luego por Verlaine y, sobre todo, por Rimbaud y Mallarmé, este movimiento no hizo sino prolongar, en el tercio último del siglo pasado,

un aspecto nuevo de la anterior tendencia romántica. Como los románticos, los simbolistas fueron poetas atentos a la propia intimidad y a la notación morosamente exquisita de sus estados de ánimo. Sólo que estos últimos poetas, a diferencia de los primeros, sus hermanos enemigos, esquivaron el retumbo oratorio, la descripción objetiva y lo que Maurice Barrès, aludiendo a los excesos ornamentales de los poetas parnasianos, llamó “los salvajismos plásticos”. A los simbolistas, por sobre todas las cosas, les interesó la música —la música como halago auditivo, pero asimismo, y en primer término, como modelo de evocación y sugerencia. Este gusto por el procedimiento alusivo es sin duda el rasgo que más estrechamente emparentó a esos poetas simbolistas, ya que entre unos y otros, como ocurre siempre cuando se trata de verdaderos poetas, al margen de la comunidad de escuela o de filiación estética, las diferencias personales fueron considerables. Algunos, como Verlaine, anotaron las vislumbres más tenuemente tornasoladas de la propia conciencia; otros, como Rimbaud, intentaron una empresa poética de altos ribetes metafísicos, “la alquimia del verbo”, es decir, la coincidencia absoluta de la expresión con lo expresado. En esta tentativa tan plausiblemente descabellada, era natural que cada poeta pusiera a contribución todos los recursos del idioma, empleándolos casi siempre del modo más insólito y libérrimo. Sólo Mallarmé —como en la actualidad Paul Valéry— prefirió cumplir su revolución expresiva sin abandonar la rigurosa estrictez de las viejas normas prosódicas y métricas: dentro de tan ceñido marco, el poeta aspiraba nada menos que a represar una totalidad poemática prácticamente infrangible, y capaz de ser, a un mismo tiempo, página lírica y sinfonía, cuadro bien diseñado y fantaseo airoso, honda efusión del alma y remontada meditación filosófica.

Pero dentro de la tendencia simbolista no faltaron algunos escritores que en una parte de su obra, y hasta para manifestar su modo de ser menos externo, prefirieron reelaborar las formas propias del lirismo del pueblo, sus temas o sus recursos tradicionales: el empleo del estribillo, las reiteraciones rítmicas, el uso irregular de la rima, reducida a veces a

una simple asonancia, etc. Verlaine, Corbière y Laforgue cuentan entre esos escritores. *Les Complaintes* de este último, evidentemente la nota mejor lograda entre los conatos de dicha tentativa, están compuestas al modo entre humorístico y plañidero de las canciones que en los barrios pobres o suburbanos de la capital de Francia se entonan —¡o solían entonarse!— sobre la melodía de algún organito mendicante. Sin embargo, a pesar del tono y de los temas, ¡cuánto donaire verbal en esas páginas! ¡qué gracia y qué sutileza! Nadie como Laforgue para cantar los viejos carnavales y la emoción de sus colorines marchitos, o la calma aviesamente enervante de las noches veraniegas, o el sortilegio, también triste, de las tardes de domingo. El solo título de muchas de esas cantilenas ofrece ya una inequívoca y sugeridora eficiencia lírica. Así la cantilena de la luna en provincia, la de cierto domingo, la de las adolescencias difíciles, la de los pianos que se oyen en las barriadas burguesas, la del otoño monótono, la del lord Pierrot, la de ciertos hastíos, la del viento que se aburre, la del pobre cuerpo humano, la de las campanas, la del ángel incurable, la de los grandes pinos en una mansión abandonada, la del olvido de los muertos, la de los debates melancólicos y literarios, la de las formalidades nupciales, la de una convalecencia en el mes de mayo, sin soslayar, claro está, la cantilena de las cantilenas, y por último, como algo inevitable, la cantilena-epitafio.

Entre tantas, la *Cantilena del pobre joven* (*Quand ce jeune homm' rentra chez lui...*) puede ser tomada a modo de composición tipo (9). Su asunto, en apariencia, es trivial como una gacetilla o como una letra de tango, y no de las más elegantes, supuesto que la elegancia sea una categoría estética aplicable a letras de tangos. Esa cantilena fué escrita por Laforgue sobre una melodía popular (*Quand le bonhomm' revint du bois...*), muy difundida en los años de nuestro poeta. A despecho de la intencionada trivialidad del tema

(9) En la 22ª edición del "Mercure de France": tomo I, pág. 163. En alguna conferencia he comentado esta *Cantilena*. También he dado el texto de una traducción castellana, después algo retocada. (*Verbum*, N° 81, Buenos Aires, 1932, págs. 145-147).

—el marido sentimental que vuelve a casa y advierte que su mujer se ha marchado con otro—, la novedosa reiteración de las estrofas y el distinto valor patético del estribillo en cada una de sus repeticiones o tornadas hacen de esta cantilena un pequeño drama (10). Sobre la modulación monótona de un órgano de Berbería (*Digue dondaine, digue dondaine...*), toda o casi toda la afectividad humana: el discreto risueño, la nostalgia, la efusión religiosa, la desesperación y la ternura.

Las características apuntadas se explayan asimismo en el resto de las obras de Laforgue, y alcanzan jerarquía casi metafísica en las *Moralités légendaires*, que fué libro gratísimo a Güiraldes.

En la admiración del escritor argentino por el poeta francés, junto a los puros motivos literarios, la simple simpatía —siempre clave de almas— asume considerable importancia (11). La vida de aquel muchacho genial, casi ignorado hasta la víspera misma de su muerte, llegó a conmoverlo en extremo, sobre todo en la época en que él, Güiraldes, conoció la indiferencia y la incompreensión de muchos (12). Y esa época, salvo el período augural de los días de *Proa*, se extendió desde el año de la publicación conjunta de *El cencerro de cristal* y de los *Cuentos de muerte y de sangre*, 1915, hasta

(10) Por cierto que esto no excluye el dominante carácter lírico de la composición. Aunque las circunstancias biográficas de Laforgue en nada coinciden con las del “pobre joven”, la cantilena cifra una especie de involuntario auto-retrato moral:

...c'était un'belle âme,
comme on n'en fait plus aujourd'hui.

(11) Lo comprueban las noticias y observaciones que siguen, pero el mismo Güiraldes lo entendía de ese modo, según se desprende de esta anotación personal: “Para ser algo vivo, todo esfuerzo de arte necesita caer en un terreno ya labrado por la simpatía. Simpatía es el gesto de hospitalidad que la belleza pide a las almas para poder lograr en ellas su nacimiento”.

(12) “Previendo justo no quise mandar ejemplares a los diarios... En cambio, a los escritores, como obligación de cortesía por parte de un novicio, mandé a destajo... ¡Fracaso completo!” (Borrador de carta. Güiraldes hace aquí referencia a los *Cuentos de muerte y de sangre* y a *El cencerro de cristal*).

el de la edición, pronto pluralmente aplaudida, de *Don Segundo Sombra*, 1926, pasando por el de *Raucho*, 1917, el de *Rosaura*, 1922, y el de *Xaimaca*, 1923. Aquí no cabe la historia de aquellas alternativas, pero cuadran algunos indicios. *El cencerro de cristal*, según confesión del propio Güiraldes, apenas si alcanzó a dar oportunidad para algunas sonrisas burlonas (13). De los *Cuentos de muerte y de sangre*, al cabo de un año, sólo le liquidaron siete ejemplares (14). No fué mayor la difusión de *Raucho*. “Mi soledad —declara refiriéndose a ese entonces— seguía siendo la misma; los éxitos de prensa iguales, aunque se me favoreciese con algunas críticas protectoras” (15). Únicamente a partir de *Xaimaca* la misma prensa empezó a tratarle “blandamente bien” (16), y al año —ya era un progreso— le liquidaron noventa ejemplares.

Esta natural simpatía hacia quien como Laforgue pudo ser un “incomprendido”, se reforzó en Güiraldes por la atracción que suscitaron en él, casi desde el comienzo de su actividad literaria, las modalidades dominantes del autor de *Les Complaintes* y de *Moralités légendaires*: la ironía y la ternura. “A fines de 1912, de vuelta en Buenos Aires, conocí recién a Laforgue y a Tristán Corbière — confiesa él mismo. Los uní en mi predilección con Mallarmé, aunque mi viejo cariño, Flaubert, no sufriera por esto. Rimbaud no formaba en el escaso bloque de mis admiraciones incondicionales. Por fin me encontraba con la expresión de los más sutiles sentimientos y formas de mi predilección. Bajo la influencia de Laforgue, que adoraba literalmente, escribí *Salomé* y *La hora del milagro*” (17).

Aunque compuestos más o menos entre 1912 y 1915, los *Cuentos de muerte y de sangre*, a causa de su ambiente rural

(13) Borrador de carta.

(14) Borrador de carta. Los ejemplares restantes, por resolución del propio autor, sirvieron para rellenar uno de los pozos de “La Portaña”, la estancia de los Güiraldes en el pago de Areco.

(15) Borrador de carta.

(16) Borrador de carta.

(17) Borrador de carta.

y de su técnica realista, no ofrecen mucho indicio de esa influencia tan lealmente confesada. En esos relatos la intención expresiva de Güiraldes era otra: "Quisiera que mis cuentos fueran extractados, breves, concisos. Lo que más me gusta de la mano es el puño" (18). "En los *Cuentos* —confirma más tarde— me ceñí a un estilo de concisión que cuadraba con la parquedad del gaucho en el hablar. En ellos describía cosas y tipos que quería desde mi infancia. En *El cencerro* desfogaba mi fantasía y mis grandes enviones en una auto-exaltación ritmada" (19).

En los *Cuentos de muerte y de sangre*, por eso, las influencias foráneas son sensiblemente menores. Aquí y allí, y en particular en la *Trilogía cristiana* que cierra el libro, se transparentan algunas reminiscencias de Flaubert. *La légende de Saint Julien l'hospitalier* parece haber presidido la redacción de varias páginas (20). Pero las resonancias

(18) Nota de una tarjeta manuscrita, datada en sus comienzos literarios. En un cuadrito de una de las salas del Museo gauchesco Ricardo Güiraldes, en San Antonio de Areco, figura una reproducción íntegra del texto de esa tarjeta.

(19) Borrador de carta.

(20) El mismo Güiraldes ha reconocido este patronato del maestro de Croisset. "...Flaubert fué una atracción que se mantuvo y se mantiene firme", anota en un borrador de carta, aludiendo a sus lecturas de los veinte años. Y agrega: "*Las Tentaciones, Salammô* y *Saint Julien* eran libros que releía casi a diario. Y en otros pasajes: "Después que Flaubert me sugiriera el poema en prosa..." "Ya iba yo sacando un orden de mis despilfarradas lecturas: Poe, Baudelaire, Villiers de l'Isle Adam y Flaubert sobrenadaban como favoritos, aunque los rusos me cautivaron como una jaqueca del alma. Poe y sobre todo el autor de *Saint Julien l'hospitalier* se arrogaban los primeros puestos." "...a los verdaderos practicantes del poema en prosa se les da el privilegio de su creación. Creo que en mí fué Flaubert el propulsor. Su prosa, tan cuidada en la "chute de phrases" y que pasaba por la rígida prueba del "gueloir", sugería la intención de dignificar sus cadencias, sus ritmos y sus amplias sonoridades haciéndolas vivir, sin pretexto de tramas ni de argumentos, por su propio mérito poético. No faltaba al estilo de Flaubert más que un pequeño golpe de hombro para hacerlo caer en el poema. ¿Y no será *Salammô* un largo poema en prosa, como más modestamente lo es *Xaimaca* y como de intento quiso serlo *Raucha*?"

temáticas y expresivas de Laforgue, apenas perceptibles en los *Cuentos de muerte y de sangre*, se intensifican y se tornan evidentes en cada párrafo y hasta en cada verso de *El cencerro de cristal*: en los asuntos y pretextos líricos, en el anacronismo deliberado, en la mezcla menipea, en un mismo poema, de verso y prosa, en las alusiones trágico-humorísticas a personajes históricos o a creaciones literarias famosas (Salomé, Hamlet, etc.), en las bromas enternecidas a la luna (21), en la evocación de Pierrot y de los viejos carnavales, en el abuso reflexivo de los adverbios en *mente*, en el empleo de neologismos inopinados y traviosos, en la reiteración de palabras y de frases, en la burlona redundancia de exclamaciones enfáticas, en la utilización, también humorística, del paréntesis, en el calco de algunos vocablos, etc. En *El cencerro de cristal*, no sólo *Salomé* y *La hora del milagro* son relatos escritos bajo el signo de Laforgue; lo están todas o casi todas las páginas del libro, en las que, por lo demás, apuntan concertadas reminiscencias de Flaubert, Villiers de l'Isle-Adam, Baudelaire y Aloysius Bertrand (22). Hecho el balance, sorprende esta ponderación puramente intuitiva de Valery Larbaud, pues ella data de una época en que nadie leía a Güiraldes como no fuese para creerlo un simple "fumiste" o un rico aficionado extravagante: "*El cencerro de cristal* debe ser grato a todos los que gustan reparar en que se convierte, bajo la influencia de los grandes maestros franceses de la generación que nos ha precedido, la poesía de lengua castellana. Pero en *El cencerro de cristal* hay algo más que influencias; hay una personalidad nítidamente definida... Me parece descubrir, sobre todo, una cualidad que sólo le viene de su autor: un valor americano, y más especialmente argentino" (23).

(21) Puede decirse de paso que todavía queda por estudiar detenidamente la influencia del autor de *L'Imitation de Notre-Dame la Lune* sobre el del *Lunario sentimental*. Lo que se ha dicho hasta ahora no pasa de generalidades imprecisas.

(22) Y también algunas de Poe, Oscar Wilde, Rubén Darío y Lugones.

(23) *Poètes espagnols et hispano-américains contemporains* (en la *Nouvelle Revue Française*, París, 1920, tomo XV, pág. 145). Todas esas

El influjo de Laforgue prosigue luego, aunque atemperado, en *Raucha*, se exagera en *Rosaura*, se entrelaza con muchos otros en *Xaimaca* (24), y apenas cuenta en *Don Segundo Sombra* y en los hermosos *Poemas solitarios* y *Poemas místicos*. El cariño hacia Laforgue, especie de conmovedora amistad retrospectiva y *post mortem*, Güiraldes lo prolongó, en cambio, hasta sus días postreros. Aunque abrevio las comprobaciones textuales, en sus cartas y apuntes son frecuentes las referencias al querido poeta de Francia, el traslado y comentario de sus versos o la inserción de alguna de sus expresiones predilectas. Ello ocurre —para citar sólo un ejemplo— cuando alude al episodio decisivo de sus veinticinco años: “En París, pues, me decidí, “une fois por toutes” diría Laforgue, a convertirme en escritor” (25). Eso en 1911. De 1923 es esta frase: “He vuelto a revivir mi locura por nuestro Laforgue” (26).

Destacada esta doble adhesión humana y literaria, lo que ahora importa es dar una muestra patente de cómo, incluso imitando, el escritor argentino acertó a mostrarse original. Creo que un breve análisis de *Rosaura* puede servirnos para este propósito.

observaciones son exactas. En *El cencerro de cristal*, descontando todo lo que es titubeo y ensayo, hay páginas muy personalmente realizadas y no pocos anticipos de lo que luego habría de llamarse *ultraísmo* y *creacionismo*.

(24) Flaubert, Valery Larbaud, Léon-Paul Fargue, Saint-Léger-Léger (Saint John Perse), etc.

(25) Borrador de carta. La expresión citada por Güiraldes corresponde a la *Complainte sur certains ennuis*, en la que por otra parte consta el verso anteriormente mencionado: *Ah! que la vie est quotidienne...*

(26) En una carta a Valery Larbaud, del 22 de abril del año arriba citado. En ella comentaba Güiraldes la impresión recibida en la lectura de una de las correspondencias que el gran crítico francés había enviado a *La Nación* sobre Laforgue en sus años de liceo. En uno de sus viajes a París —y de ello queda testimonio en sus cartas y en una crónica de Francis de Miomandre en el mismo diario *La Nación*— Güiraldes contempló conmovido los manuscritos laforguianos.

Esa novelita, publicada en 1922, databa de 1916 (27). “En esta fecha, ya aparecidos los *Cuentos de muerte y de sangre* y *El cencerro de cristal*, alguien reprochó a Güiraldes la composición de libros que, por sus temas, el tono y las maneras expresivas, poco se adaptaban a sus preferencias de lectora juvenil. Güiraldes, que por ese tiempo deseaba renovar su modalidad literaria, como descanso y hasta para liquidación de lo que hasta allí le había preocupado, pronto acogió el pedido que se le formulaba en circunstancia tan oportuna. Escribiría, pues, un breve relato novelesco. La trama sería ingenua, la protagonista sentimental.

Elegido el asunto —unos amores pueblerinos—, la realización fué fácil. Gozoso de satisfacer una demanda grata y sus personales intenciones del momento, nuestro autor se entregó a la tarea. “Hice *Rosaura* en veinte días, a capítulo por día”, anota en un borrador epistolar. La sinceridad de esta declaración es insospechable, pues en muchas otras ocasiones el mismo Güiraldes ha manifestado, sin reticencias ni rodeos, en cartas o en apuntes, los tropiezos y las dilaciones sobrevenidos en el curso de casi todos sus escritos. Con ser siempre tan espontáneo, y a veces incorrecto y estilísticamente atropellado, ni siquiera cuando superó los tanteos del largo y complejo aprendizaje, se avino al autor de *Don Segundo Sombra* —¡él, tan admirador de Flaubert!— a contentarse con resultados sólo aproximativos. De una de las muchas tarjetas que Güiraldes acostumbraba llevar en los bolsillos, y en las que al correr del lápiz, pero no sin

(27) Horacio Quiroga la editó hacia esta fecha en la colección de novelas breves que dirigía por entonces. Razones editoriales —¡siempre ellas!— exigieron algunos retoques en el texto y el título original fué cambiado por el de *Un idilio de estación*, más explicativo y directamente sugeridor.

La edición personal de este relato la constituyeron doscientos ejemplares, fuera de comercio, impresos en el establecimiento gráfico “Colón”, en San Antonio de Areco. Lleva una portada de Alberto Güiraldes, y el colofón da por concluido el trabajo “el trece de febrero de mil novecientos veintidós”.

retoques, anotaba sus impresiones y ocurrencias, entresaco estos versos aforísticos, en verdad aclaradores:

El que dice fácilmente
lo que siente siente mal.
Si alguno calla a tu lado,
aprecia en bien su callar. (28)

De la circunstancia hogareña antes señalada, hoy sólo queda, a ojos del lector, la escueta dedicatoria del volumen: "Para mi hermana Lolita" (29); pero de la actitud literaria de Güiraldes al iniciar las páginas de *Rosaura* restan, en cambio —inéditos en buena parte—, algunos textos precisos: "No bien concluí mis publicaciones —asienta en uno de sus borradores—, para descansar de las frases prietas y de los argumentos, si no brutales, tensos en anhelos o en risa, escribí *Rosaura*: un jardín ingenuo sobre el que pasan la primavera, el verano y el otoño. Una chica que muestra el alma del pueblo, un tren que representa la atracción de un más allá funesto. Me bañé de ternura... En el *Cencerro*, como en los *Cuentos* y *Raucha* había desterrado en absoluto las palabras prostituídas por el bajo uso, tales: *suave*, *tierno*, *melancolía* y la generalidad de los vocablos de ese tono. Eran para mí palabras manoseadas como nalgas y me encabritaba contra su atracción. En *Rosaura* me vengué de estas ausencias. *Rosaura* era intencionalmente tierna, cursi, melancólica... Y concluí con el lugar común más romántico: la niña que se suicida por el mocito hermoso y cruel".

El breve tiempo empleado en la redacción de *Rosaura* y la igual disposición de ánimo del autor en esa oportunidad, han favorecido, sin duda, no sólo la unidad literaria del relato, sino también lo que podría llamarse su unidad emotiva. *Rosaura* es, en efecto, una de las narraciones mejor compuestas de Güiraldes. La arquitectura de sus capítulos,

(28) En la misma tarjeta, como variantes de este cuarto verso:

Atiende bien su callar.
Adivina su callar.

(29) En la edición de 1922, por un error de fecha, después de la dedicatoria, se lee: "... en 1914".

tan sencilla, pero tan eficaz en su sencillez, campea mucho más nítida, mucho más firme que la de *Raucho* (30).

Al escribir las paginitas de *Rosaura*, hallábase Güiraldes en su entero entusiasmo por Laforgue. Según declaración propia se sentía completamente impregnado por un poeta que, como el autor de *Moralités légendaires*, tras el transparente rebozo de su chanza, supo recatar, con las mejores esencias culturales, su irrestañable delicadeza. En la personalidad de Güiraldes, el hombre de campo congeniaba con el hombre de mundo, y el aplomo de sus treinta años de entonces con el brío y la travesura de un muchacho. En la redacción de *Rosaura*, aunque despreocupadamente y como en tono menor, pudo, pues, darse entero. Y esto aclara las concertadas impresiones del libro. De ahí que a pesar de la intención humorística, y del *parti pris* de burla y de chacota, la emoción y la simpatía rebosen, cálidas, en todo el relato (*Me bañé de ternura...*). De ahí también que en *Rosaura*, según ocurre casi de continuo en Laforgue, la emoción del artista busque emboscarse, como pudorosa, bajo la apariencia caricaturesca de una prosopeya deliberadamente, cuando no exageradamente romántica. Léanse, en su contexto, frases como éstas: “¡Oh maligna sugestión de la indiferente máquina viajadora para cuyo ojo ciclópeo el horizonte no es un ideal! ¡Tren despiadado que pasa abandonando al repetido aburrimiento del pueblito, la soñadora fantasía de la sentimental Rosaura, que escribió en sus

(30) “*Raucho* fué empezado a los veinticuatro años en Granada. Desde el Hotel Alhambra, donde pasaba unos días tranquilos, quise apuntar un breve cuento de ambiente parisiense. El interés estaba en confrontar más tarde la realidad con lo que había imaginado. Esta primera parte se amplió luego en París con lo que intitulaba *Los comentarios de Ricardito*, pequeño personaje subalterno que todos llevamos dentro, y que a veces miramos con cariño, otras con desprecio. De estos *Comentarios* queda poco o casi nada en *Raucho*.” En el mismo apunte personal se lee lo siguiente: “*Raucho* fué una autobiografía de un yo disminuido. Iba a llamarse algo así como *Los impulsos de Ricardito*, pretendiendo yo entonces que poseemos en nosotros un personaje a nuestra imagen, pero disminuido, que nos hace cometer todas nuestras tonterías. Después el libro evolucionó naturalmente hacia un personaje autónomo”.

flancos su destino!” (31). O exclamaciones entre paréntesis, tan a la manera de Laforgue: “Así unidas caminan hasta el límite del andén. Carlos (¡Oh la horrible inconsciencia!) viene en un compartimento, con la mujer extraña, y Rosaura no quiere verlo” (32).

Fuera de esta forma de coincidencia, Güiraldes ha recogido en Laforgue, sobre todo en *Moralités légendaires*, sugerencias muy precisas que, aun a riesgo de parecer prolijo, destaco seguidamente.

En la obra citada es posible entresacar claros y repetidos ejemplos del sistema de reiteraciones expresivas empleado por Laforgue.

Traslado aquí algunos de sus temas verbales, con sus variaciones y “reprises” (33):

“... ah! juste à temps pour voir disparaître une jeune fille mélodieusement emmousselinée d'arachnéenne jonquille à pois noirs, qui se laissa glisser, par un jeu de poulies, dans le vide, vers d'autres étages!...”

SALOMÉ, págs. 145-146).

“... ah! juste à temps pour voir disparaître au détour d'un sentier le frou-frou d'une jeune forme hermétiquement emmousselinée d'arachnéenne jonquille à pois noirs, escortée de molosses et de lévriers dont les abois gambadeurs, et tout sanglotants de fidélité, allèrent se perdant en lointains échos”.

(IBID., págs. 147-148).

“... ah! juste pour voir disparaître dans un tintement de clefs, sous le blafard de cet *in pace*, une jeune forme décidément emmousselinée d'arachnéenne jonquille à pois noirs...”

(IBID., pág. 155).

“Hermétiquement emmousselinée d'une arachnéenne jonquille à pois noirs...”.

(IBID., pág. 161).

Después de haber hecho uso de este mismo procedimiento en *El cencerro de cristal*, Güiraldes lo retoma en

(31) Pág. 23.

(32) Pág. 92. Los ejemplos son numerosos. Para encontrar sus equivalentes en Laforgue, basta abrir el tomo de las *Moralités légendaires*.

(33) Cito según la edición del “Mercure de France”.

Rosaura y lo utiliza a lo largo de todo el relato. Véase la llegada del tren expreso de las 6,35 de la tarde:

“Dieron los vagones una zamarreada a descompás, calló el asmático jadear de la máquina, pasó un farol amarillo fajado de un letrero ilegible, alzó el nivel de la tierra el andén limitado por un rango de plátanos; detúvose el tren frente al iluminado corredor de la estación, quedando así apartada la noche”.

(ROSAURA, págs. 10-11).

O el arribo, en otra fecha, pero a esa misma hora y con el mismo estrépito, del mismo expreso de las 6,35:

“Pero llegaban los vagones del expreso zamarreados a descompás. Callaba el asmático jadear de la máquina.

Deteníase el tren luminoso frente al corredor techado, quedando así apartada la noche”.

(IBID., págs. 59-60).

O el movido espectáculo del andén en los momentos de la llegada:

LOBOS.

“Bajó gente, subió gente. La caldera chistaba con alivio de globo que se deshinchaba. Un zumbido de avispero se exhalaba del gentío: políticos en campaña, mozos elegantes de orión gris y capellada clara, personajes luciendo sus personalidades oficiales, compadritos de chambergos listos a escurrirse por la frente y melena engrasada de perfumes pringosos, cocheros esperando viajes, peones en busca de correspondencia o encomiendas, mientras como flores de aroma entre el bosque bruto, las exuberantes muchachas de Lobos iban y volvía, con discretos recatos o exageradas risas, nerviosas quién sabe por qué”.

(IBID., pág. 11).

Y tiempo después, a la misma hora, en el mismo andén y frente al mismo expreso: los mismos tipos, las mismas actitudes, las mismas muchachas:

“Y todo esto sólo por la media horita de la tarde, en el andén populoso de la estación, abigarrada de compacta concurrencia: políticos en campaña electoral, mozos de orión gris y capellada clara, personajes luciendo sus personalidades oficiales, compadritos de chambergos listos a escurrirse por la frente y melena engrasada de perfumes pringosos, cocheros esperando viajes, peones en busca de correspondencia o encomiendas. Mientras como aromáticas flores entre el bosque bruto, paseaban las muchachas de Lobos coquetas y burlonas”.

(IBID., págs. 58-59).

Véase igualmente el paseo vespertino de Rosaura, rumbo a la estación, ahí donde algún perfil transeúnte tal vez consiga dispensarle el cotidiano pretexto para sus divagaciones y ensueños:

“A media cuadra dábanse las buenas tardes con la vieja Petrona, siempre de pie en el umbral de su casa blanqueada, los brazos cruzados sobre la muelle convexidad de su vientre tembloroso de gruesas ritotadas.

—Adiós, doña Petrona.

—Dios te ayude, hija... si vas hecha un alfeñique... ¡pobre mozada!...”

(*IBID.*, pág. 20).

El galán vehementemente esperado, por fin pasa todos los días en el expreso de las 6,35. De nuevo, el atardecer casi pampeano de Lobos sorprende a la ingenua Rosaura en animada marcha hacia la estación. Y también entonces, como todos los días:

“A media cuadra dábanse las buenas tardes con la vieja Petrona, incansablemente de pie en el umbral de su casa blanqueada, los brazos cruzados sobre la muelle convexidad de su vientre tembloroso de gruesas risotadas.

—Adiós, doña Petrona.

—Dios te ayude, hija... Jesús, qué pollera, ni que fueras pialada... ¡Virgen María, si vas luciendo lo más tapao!...”

(*IBID.*, pág. 84).

Idénticos términos para representar lo que se repite. Sólo ha variado la salutación casi ritual de la vieja Petrona, y ello a causa del distinto corte de las faldas de la niña, indicio de una coquetería que se acentúa o de un amor que amanece.

Pero ahora Güiraldes nos introduce bajo las enredaderas que sombrean el patio de Rosaura. Al vaivén indolente de la mecedora, la vistosa provincianita se prepara para el baile en que la presentarán a Carlos Ramallo, el pasajero del expreso:

“A su derecha un costurero de combadas patas abría como una nuez su cráneo rebosante de utensilios y a su izquierda, sobre un taburete desequilibrado por el desnivel de las baldosas, amenazaba caer una

revista de modas, prestada por una amiga estanciera en ocasión del futuro baile del Club Social.

Feliz, la preciosa Rosaura de fisonomía atenta al trabajo, enhebraba promesas a su amor bajo el alero sombreado del jardincito quieto de germinaciones primaverales”.

(*IBID.*, pág. 44).

Y el tiempo pasa, porque ni siquiera la modorra de nuestros pueblos de campaña consigue represarlo. Enamorada de un hombre de procedencia y de aficiones urbanas, Rosaura procura evitar en sus trajes las líneas siempre un poco antañeras de las modas de tierra adentro. Aquí la encontramos de nuevo, bajo el derrumbe lila de las glicinas del patio, sin duda tan atareada como hace ya unas semanas:

“A su derecha el costurero de combadas patas abría como una nuez su cráneo rebosante de utensilios. A su izquierda, sobre un taburete desequilibrado por el desnivel de las baldosas, desparramábanse multicolores figurines, conseguidos de aquella amiga estanciera que le enviara revistas cuando sus preparativos para el baile del Club Social.

Feliz más allá de lo explicable, la pequeña Rosaura de fisonomía atenta al trabajo vivía evocando recuerdos de entrevistas con el bien amado Carlos, tan digno de todas las pasiones”.

(*IBID.*, pág. 64).

Una vez más, casi las mismas palabras porque el cuadro no ha variado. Las pocas modificaciones cobran así un intenso valor expresivo. Los útiles de Rosaura siguen siendo los mismos, porque la tarea es también la misma o muy parecida. La revista, en cambio, ha sido sustituida por numerosos figurines. Dentro de esta técnica, aun las mudanzas verbales menos aparentes responden, como en Laforgue, a una deliberada intención estilística. En el pasaje de la página 64, en lugar de “*un* costurero”, según ocurre veinte páginas antes, ahora que ya conocemos dicho mueble, el artículo indefinido se trueca en determinante y leemos “*el* costurero”. Del mismo modo, la amiga de Rosaura, vagamente aludida en el primer pasaje (“*una* amiga estanciera...”) es ahora, concretamente, “*aquella* amiga...”

Estos ejemplos podrían multiplicarse, pero ya se advierte que lo que Güiraldes ha tomado de Laforgue pronto lo trans-

figura hasta atribuirle una nueva eficiencia y un sentido muy personal. En *Moralités légendaires*, los recursos apuntados sirven para imprimir a la prosa un aire de secuencia y una como prestancia musical y poemática. Los matices de ternura o de dramático humorismo se aplican de preferencia a asuntos históricos o legendarios líricamente fantaseados (*Salomé, Hamlet, Lohengrin, Pan et la Syrinx, Persée et Andromède*, etc.).

En *El cencerro de cristal* Güiraldes hace uso de este procedimiento con igual propósito, pero en su novela, aunque a veces también las emplea de ese modo, las reiteraciones expresivas están destinadas a calcar, en forma impresionista, toda la torva languidez de la vida provinciana: “el repetido aburrimiento del pueblito” en que se agosta y muere Rosaura, víctima de su casto “bovarismo” (34).

ANGEL J. BATTISTESSA.

(34) El mismo procedimiento reiterativo, aunque en vista a la consecución de otros efectos, ha sido utilizado modernamente por varios escritores de fama: James Joyces en muchos pasajes de su *Dedalus*; Thomas Mann (no puedo verificar ahora si en *Buddenbrooks* o en *Tonio Kröger*), Pío Baroja en *Las inquietudes de Shanti Andía* (en los finales del capítulo II y del Epílogo). Por lo demás, el recurso ya aparece insinuado en... Homero (*Iliada*, II, y *Odisea*, V y VII). Agreguemos por último —leve complemento— que Güiraldes fué un lector entusiasta de este poeta. Desde temprano lo frecuentó en la versión de Leconte de Lisle. Consta ello en un borrador con referencia a sus lecturas de los veinte años. En los citados pasajes de las páginas 44 y 64 de su novela, da un indicio en la expresión “Rosaura de fisonomía atenta al trabajo”, intencionalmente empleada, no sin un ligero matiz irónico, al modo de las fórmulas homéricas: “Aquiles el de pies ligeros”, “Hera la de blancos brazos”, etc. El texto arriba aludido es el siguiente: “Por la *Iliada* (otra pasión) entré en la literatura francesa más actual. No es paradoja ni chiste. Quien me llevó fué el traductor Leconte de Lisle. No sé cómo, pero al poco tiempo estaba en los parnasianos, en Villiers y en seguida en Baudelaire y por Baudelaire en Bertrand”.

VERSO EN PROSA

Traducido para NOSOTROS por Juan Ramón Jiménez.

1

CUANDO al acercarte me supiste mortal, y los vestidos de encantamiento que yo llevé dejaron de arder sus luces de místico esplendor, el dolor que tú sentiste y no pudiste ocultar me dió una pena más amarga que la que sentí cuando el contacto me reveló que tú eras mortal también.

2

AARRASTRANDO cadenas, lentos, lentos los instantes cojean esta tarde tristona. El aguacero azota las ventanas, el remordimiento mi corazón.

Encima de las filas de caras inquietas sobre las filas de pupitres destartalados, dos lámparas cuelgan su luz pálida en el aula fría. Es la lluvia la que azota las ventanas, pero el remordimiento es el que azota mi corazón mientras los momentos arrastran sus cadenas.

Aborrezco este cuarto, aborrezco su vaga blanca luz y el barajeo de los pares y pares de pies a lo largo del gastado suelo ¿Porqué no corren estos pies? ¿Porqué no se escapan de este sitio donde los instantes cojean arrastrando cadenas?

3

¡QUÉ alegre es esto! (dijo la mujer descansando sus manos para mirar la llama que consumía el leño).

Esperar, esperar, no pedir más que la tranquila emoción

de sentir alguna cosa todavía desconocida y a punto de ocurrir.

(Es sólo una mentira más. Estoy impaciente, impaciente.)

4

SOLA entre los árboles desnudos, mientras los otros duermen, oigo barrer a los vientos incansables de la lluvia.

Esta noche de alambres caídos entre nuestras almas, los sueños son liberación pobre, no paz del corazón.

Asustada de la noche, atravesando las sombras de la negrura, corro a alcanzarte. ¿Te podré encontrar?

5

FATAL, inmenso es el momento del dolor. Colma el mundo, pero la memoria no lo domina. El tiempo lo consume, se convierte en una pequeñez y se pierde.

Vago es el momento de la dicha, como un sueño sin seguro principio ni fin; pero la memoria lo hace verdadero. Nosotros y el tiempo lo vamos envolviendo cuidadosos en una neblina encantadora, y lo atesoramos.

6

LA callada alegría rueda esta noche con nosotros por el blanco mudo camino, entre los pinares nevados. Creemos oír el caer de los copos brillando plata con suave tintín en la luz de delante.

Fijos en medio de la plata blanca, arden dos pares de ojos con radiante azul, un ciervo y su pareja. Esperan un momento. Luego, bellos de terror, flechando hacia arriba, rasgan dinámicos las ramas.

Viéndolos, salta también la alegría que rueda con nosotros a lo largo de la soledad.

7

EL humo brumoso del cielo indica el otoño. Cubre el mundo un encantamiento.

Sentada a la vuelta del río, miro el ir y el venir de los que nadan bajo el rocoso peñascal, en las sombras opalinas.

y 8

INMENZA, perfecta, blanca en la luz de la alta luna redonda. Con suaves manos pero codiciosas, yo coji la flor que él arrancó encaramándose, y metí mi cara en su olor. El deleite me efervescia por los nervios. Fluyó de mí el amor en ondas que colmaban la noche.

¿Anoche? Sólo anoche. La cosa ha conservado su forma, igual o muy parecida, pero no es ya una flor. Su blanca alma ha volado. La muerte, deslizándose desde su corazón, le ha manchado de ceniza cada hoja.

HELEN FOGELQUIST.

DESDE EL ALBA A LA ESTRELLA

NATURALEZA.

SIENTO la inmensidad del campo alegre
No como ayer con juveniles alas
Temblando entre las hojas y en las fuentes;

No dando el corazón para las llamas
De la amapola que deshace el viento,
Ni a la prisa del agua mi esperanza.

Hoy, campo inmensurable yo te siento
Como el olvido que será mi carne
Desde la eterna aspiración del heno
Hasta el lucero pálido en la tarde,
Con el reposo vegetal que integra
Al mar del todo el río de la sangre.

LA OTRA.

SE desprendió de mí; fué un desengarce
Súbito: el que dispone las mitades
De cualquier cosa; yo la ví con ojos
Como los suyos; la miré alejarse. . .

Toda de blanco, alegre como el aire
Se proyectó de mí como una imagen.

¡Qué bien la miro ahora en el pasado
La más feliz entre las dos mitades!
A veces viene y me sonríe . . . Es ella,
Soy yo. Pero no puede ya integrarme.

VACIO.

DURANTE mucho tiempo el mundo estuvo
Como vacío de expresión y gracia;
La entraña removida de la tierra
Descubría el semblante de su nada.

MUNDO.

Yo no sé dónde. Pero pues lo sueño
Debe existir; hay un rincón secreto
Donde me sobreviven los recuerdos,
Las perdidas imágenes, los sueños.
Allí, un aire sensible ha vuelto eternos
Los efímeros días, los momentos,
Las actitudes, los perfiles muertos;
Y esa fugacidad de lo perfecto
Madura allí sus frutos de contento.
En ese mundo encontraré mi cielo
Con fragancias de ayer, que hoy no recuerdo.
Allí estarán los mágicos espejos
Repitiendo actitudes, huertos viejos,
Desvanecidas formas, sentimientos
Inexpresados, trémulos arpegios.
Todo ese mundo subyacente en densos
Humos de ayer, me debe ser devuelto.

En ese mundo encontraré mi cielo.

.....

Contra la fuerza unánime del viento
Cada ola se agita en el momento
De coronar las espumas que la irisa.
Y cada ser exalta su ceniza
Con el prisma lunar del Sentimiento
También, Dios mío, y a pesar del viento.

A MI ALMA.

AHORA sí eres mía y la faena
De tu conquista me ha cansado tanto
Que te veo el semblante de la pena
Y el color misterioso de mi llanto.

¡Mariposa de ayer, nébula, encanto
Del prisma juvenil, campana nueva,
Pies de la brisa, perseguido manto
De la luna en los bosques donde nieva!

Ahora sí que eres mía, alma lograda;
Reina que reinas solitaria y pura
Sobre tu inmensidad con la serena

Gracia del sol después de la nevada;
Como el claro del bosque en la espesura
Y en el cielo la luna sola y llena.

LAS ALAS.

¡CUÁNTA efusión de sangre
Hasta sentir las alas!
¡Qué alumbramiento largo y doloroso
Precede en cada cielo a su alborada!

Es necesario que lo crucifiquen
Las estrellas y que ardan
Las sombras en la luz crucificadas;
Que la luna derive en la corriente
Celestial, solitaria;
Que los celajes de la noche tiendan
Fúnebres pabellones y que el alma
Del silencio desangre en el rocío
Su infinito de lágrimas!

Tan serena la noche y tanta pugna
Lenta en su corazón que encierra el Alba.
No hay imagen más honda de la muerte
Que la del nuevo día que se aclara
Sobre el límite mismo de la sombra.
La palidez agónica de un alma
Por desprenderse de la carne tiene
Ese mismo temblor de luz y de alas...

ALEGRÍAS.

DONES preciosos con que cada día
Conquistamos un tramo de la vida:

Alegrías menudas:
Sobre el jardín de lluvia...

La violeta perdida
Entre las hojas todas ya amarillas.

El pájaro que esponja su plumaje
Sobre los hierros del balcón; la tarde.

La voz inesperada que asegura
Que la amistad no nos olvida nunca;

Un encuentro, una imagen aclarada
Súbitamente en un rincón del alma . . .

PRIMAVERA DE 1941.

DESPUÉS de tantos años, la primavera nueva
Con el aroma ausente que yo creí perdido.
Y hay una sucesión de instantes que renueva
Pretéritos recuerdos que vuelven del olvido.

Y es igual que encontrarme con todo lo que ha sido
Como en la orilla inmóvil del agua que se lleva
Las hojas y las ramas que el árbol ha perdido
Pero copia en su espejo también la fronda nueva.

Morir debe ser algo como esto. Lo que fluye
Pasa pero retorna; vuelve, pero nos huye.
Quizá después logremos ver el semblante eterno

De las cosas perdidas, con la vasta mirada
Que la naturaleza tiene desde el invierno
Que es una primavera invisible, enterrada . . .

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ.

DON PEDRO Y ALMAFUERTE

CONOCÍ a Don Pedro B. Palacios una noche que recitaba *El Misionero* en un cinematógrafo de barrio. Ya era célebre. Acababa de dar su serie de lecturas en el Teatro Odeón, largamente alabado por la prensa y de obtener aplausos ovacionantes. Yo, entonces, tenía veinte años y lo idolatraba. Hubiese sido capaz de enzarzarme a puñetazos con quien dudase que Almafuerte era un genio. Mi muchacho de ayer se hubiese trompeado con mi hombre de hoy, porque hoy no creo que Almafuerte sea genio, aunque siga sintiendo un singular cariño hacia el viejo corajudo, justiciero, generoso, dolorido y sublimemente sensible, medularmente bueno que fué Don Pedro.

Cuando lo conocí recitando en aquel cinematógrafo de barrio, no se me presentó como yo lo imaginaba. No era el viejo alto, de magrura ascética, de iluminados ojos celestes y de melenas largas y blanquísimas. Era un viejo más bien bajo, chinote, de ojos negros, pequeños y vivísimos, de gran tórax. No vestía una blanca, ideal túnica de misionero; iba trajeado con un yaqué, prosaico y vulgar, de pequeño burgués. No era un exótico anciano. Era un viejo criollo, familiar. Podría haber sido mi abuelo.

A los veinte años no somos capaces de ver la poesía de la realidad. La buscamos en la fantasía. Una decoración de teatro nos parece más poética que un bosque. Para mí, Almafuerte se acababa de despojar de lo poético. Aquel "chinote feo, picado de viruelas", como él se decía, acababa de humanizárseme. Es decir, acababa de hacérseme verdaderamente poético. Porque desde entonces, comencé a ver a Don Pedro, al hombre, y a desvanecérseme el mito Almafuerte, mezcla de ermitaño y de semidiós. Desde entonces dejé de ver el espectáculo pintoresco, el viejo lindo, el loco sublime que

Es necesario que lo crucifiquen
Las estrellas y que ardan
Las sombras en la luz crucificadas;
Que la luna derive en la corriente
Celestial, solitaria;
Que los celajes de la noche tiendan
Fúnebres pabellones y que el alma
Del silencio desangre en el rocío
Su infinito de lágrimas!

Tan serena la noche y tanta pugna
Lenta en su corazón que encierra el Alba.
No hay imagen más honda de la muerte
Que la del nuevo día que se aclara
Sobre el límite mismo de la sombra.
La palidez agónica de un alma
Por desprenderse de la carne tiene
Ese mismo temblor de luz y de alas...

ALEGRÍAS.

DONES preciosos con que cada día
Conquistamos un tramo de la vida:

Alegrías menudas:
Sobre el jardín de lluvia...

La violeta perdida
Entre las hojas todas ya amarillas.

El pájaro que esponja su plumaje
Sobre los hierros del balcón; la tarde.

mis amigos o parientes de La Plata, mi ciudad natal, donde él tenía su covacha, contemplaban en Don Pedro. Ví al trágico doloroso, al justiciero impulsivo, al ingenuo sensible que se encerraba en aquella recia contextura de viejo criollo, achinado, de hombruna pureza y cuyo paso dejaba huellas de calumnia y admiración, de odio y amor, de encono y gratitud.

Pobre, inadaptado, solitario y altivo, Don Pedro es un héroe. Almafuerte puede ser discutido. Queda Don Pedro, hombre singular, temperamento apostólico, rebelde instintivo, huraño a la sonriente mentira social, tipo casi único, ente originalísimo; y él se nos entra en el corazón, más cada vez, a medida que vivimos y nos hallamos con menos hombres humanamente hombres, sobre todo entre los que garabatean papel; simples autómatas, adocenados, oblicuos hasta la cobardía, tangentes a todo ideal.

Desaparecido el literato, en Don Pedro queda un hombre, vida austera y fecunda, rica en anécdotas que denuncian su personalidad. Compleja maraña de impulsos y de ideas, neurótico e iluminado. Su alma no es un cubo, a fe; sino un icosaedro. La fatalidad se la talló: huérfano desde muy niño, sólo aprendió primeras letras. La necesidad lo hizo maestro y periodista de campaña, una vez que le fracasó el pedido de beca para ir a estudiar pintura en Italia. Abandonó el dibujo para el cual poseía dotes, y ambuló años y años por la provincia de Buenos Aires y La Pampa, de pueblucho en pueblucho, enseñando a los niños o escribiendo en los periódicos locales. De pronto, un decreto gubernativo lo dejó cesante, por no poseer título. Esta injusticia lo enconó, fué trascendental en su vida. Después, amigos admiradores lo llevaron a La Plata y se hizo burócrata; pero siempre solo, inadaptado, pobre, altivo. Así fué cuando era un anónimo maestro-periodista de aldea, así siguió siendo cuando la celebridad lo adoptó, cuando el éxito, en forma de curiosos, iba a golpear a la puerta de su casa paupérrima de La Plata. El se hurtó en lo posible a la mirada inquisidora de sus admiradores; nunca le fué grato que el hocico de los del público, fáciles y veleidosos, hurgara su intimidad. Y esto le conquistó no pocos rencores de la gente intelectual, particularmente. El admirador quiere hacer su dios y su mico del admirado. Don Pedro, inadaptado siempre, no dejó de exteriorizar su indiferencia, hasta su desprecio, por los que intentaban comprar su austera y altiva soledad con

tal moneda. ("Yo desprecio y hago alfombra de cualquier admiración").

Fué inconfundiblemente criollo, no sólo por su aspecto, sino por su alma. Sus dos terceras partes de hombre estaban hechas de gaucho. Su lengua era un facón sin vaina. Corajudo, pero complicado con apóstol; su coraje criollo fué valor. El coraje es físico, el valor es moral. Don Pedro poseyó uno y otro, hasta la temeridad y el sacrificio.

Alfredo J. Torcelli, su amigo íntimo, narra una serie de anécdotas características. (1)

Siendo maestro de escuela en Trenque-Lauquen, una noche oyó gritos de mujer. Saltó de su catre tijera y orientóse hacia el sitio de donde partían. Se halló con que un rufián estaba azotando a la mujer. Don Pedro le quita el rebenque, lo ataca y lo hace huir, pese a la daga que lucía su cintura. "El agradecimiento de la azotada —narra Torcelli— se manifestó en una frase que, a pesar de la natural sobreexcitación por lo que había visto, evitado y hecho, hizo estallar su buen humor.

—¡Ay, señor! ¡Usted ha sido para mí la Virgen de Luján!

—¡Sí, pero una Virgen de Luján muy macho! —replicó, regocijado Almafuerte, ilustrando la frase con un ademán tan obsceno como expresivo para la circunstancia. Y se volvió al reposo inquieto de su catre de tijera.

La preocupación de ostentar ser "muy macho", "corajudo", "muy hombre", sinónimo de "ser gaucho", constituyen obsesión en la idiosincrasia del criollo.

Temperamento impulsivo, Don Pedro siempre tenía la agresión presta. Su lengua tajeaba al contrincante, veloz como si hubiera sido una daga. Su indignación irrumpía como Fierro aconseja que salga el facón: "que al salir salga cortando."

Un sacerdote de La Plata anduvo propalando que Almafuerte era un ebrio. (La clerecía que intentó acercársele algunas veces, engañada por su misticismo y su fraseología bíblica, al final lo rechazó siempre). Súpolo Don Pedro y se incendió; pocas cosas lo irritaban tanto como que se le creyera ebrio. (Otra característica del criollo a quienes no gusta exhibir vicios, como no le gusta

(1) Ver: ALFREDO J. TORCELLI: *De Almafuerte*. NOSOTROS, Nros. 105 y 107.

exhibir cicatrices). Quiso la mala suerte del sacerdote chismoso que, al subir a un tranvía, se topase con Don Pedro. Y ya éste lo abarajó a alaridos:

—“¿Con que vos sos quien anda propalando el chisme de que Almafuerte es un borracho? ¡Borracho Almafuerte! ¡Ya me ves! ¡Deslenguado, embustero, sicofante, mala pécora, miserable, indigno de usar el hábito de los sacerdotes de Cristo! ¿Esa es la forma en que desempeñas tu misión?... ¡Como no vayas a echarte a los pies de tu obispo, a confesarle el pecado de mentira en que has incurrido a sabiendas, y como tu obispo no te castigue ejemplarmente, la primera vez que le vea oficiando el pontifical, de un bastonazo le haré saltar la mitra de la cabeza!”

El clérigo salió disparado.

Acostumbraba dar su amistad a los jóvenes. Cierta vez se halla con uno en la calle. El otro lo saluda y él no responde. Días después vuelve a hallarlo, y el otro pasa sin saludar. Don Pedro se vuelve. Lo grita:

—“¿Por qué no me saludás?”

—“Porque como hace algunos días lo saludé y usted no me devolvió el saludo, he creído que ya no quería ser mi amigo. Y le advierto que lo toleré en silencio porque era usted, que si en vez de ser usted es cualquier otro, las cosas no habrían pasado así.”

Volvió Almafuerte sobre sus pasos y abrazando con entusiasmo a su joven amigo, le dijo:

—“¡Así me gusta, muchacho! He querido ponerte a prueba, para ver si sos un macho. Porque, la verdad es que con esa carita efébrica y esos modales de abate, no me lo parecías. No te imaginás cuanto me alegra saber que lo sós.”

“Y de bracete con él, se lo llevó a su casa a hacer tertulia y a tomar mate.”

Algunos (Ricardo Rojas, Pedro Bonastre) han inculpado a Almafuerte su actitud de injustificado recelo para los que a él se llegaban. Es actitud de gaucho, nada más, solapadamente desconfiado con el forastero. No podría precisar con exactitud si fué a Salvador Rueda que, ante el deseo manifestado de visitarle, respondió con un “¡Vayase a...!”, etc. Característica del criollo también es la de no querer a los extranjeros. Todos son gringos y, como a tal,

los desprecia. Esta actitud explicable en individuos de inferioridad mental, la participó Don Pedro, como criollo prototípico que era, aun cuando ya inexplicable en él, aunque en él se dan abundantes rasgos inexplicables. Pero a quien menos quiere el criollo viejo es al español. Todos son "gayegos". Este resabio de enemistad, heredado de la colonia y las guerras de la independencia, lo tuvo Don Pedro. Jamás quiso a los españoles. En cambio, él tan fecundo en contradicciones, amó profundamente a los italianos, tan mal vistos del gaucho (Ver *Martín Fierro*). Italia obtuvo siempre su calurosa simpatía, a ella dedicó más de un estallante ditirambo y si alguna vez pensó ir a Europa, pensó ir a Italia.

Termina una curiosa carta —curiosa por lo vidente— en que habla pestes de la ilógica ortografía castellana: "He resuelto lo que ya te dije en una de mis anteriores, que las entregues (se refiere a sus poesías) a cualquier español de esos tan gramáticos que nunca faltan, porque es lo único que saben, y en lo que son fuertes hasta sus zapateros."

Torcelli también narra esta anécdota que pinta su prurito caballeresco — muy de gaucho y muy de español. Era Don Pedro maestro en Chacabuco cuando llegó en gira, un inspector. En tertulia de amigos, en la confitería, el inspector llegó a hablar de la dudosa honestidad de Fulana, una maestra que para él había sido presa fácil. Saltó Almafuerte y, dándole una bofetada en el rostro, lo increpó:

—¡Calláte, miserable! Un gallo, después que pisa a la gallina, no canta para publicarlo a los cuatro vientos...

El sentimiento de la amistad es entrañable en el criollo. Don Pedro lo tuvo. Por amistad, expuso su situación y su vida en innumerables ocasiones, ya que sus mejores amigos los tenía siempre entre los humildes, expuestos a la injusticia de los poderosos. La amistad también lo enzarzó en los vericuetos turbios de la politiquería pueblera, en donde él no hizo más que darse contra los hombres y las circunstancias, demasiado pequeños los unos y harto estrechas las otras para comprenderlo o contenerlo. Esto le originó multitud de incidentes, graves algunos. Debo a Don Saulo Domínguez, actual vecino de Chacabuco, ex discípulo de Almafuerte e hijo de uno de lo más caros amigos del poeta, este relato: El oficialismo, por aquellos años, era "pacista". Don Pedro, que siempre militaba en la oposi-

ción, era "vacuno". Un incidente personal con el caudillo "pacista" le hizo escribir una filípica en verso. El otro le mandó los padrinos. Almafuerte, aun cuando no sabía tirar, aceptó. Al dársele la pistola, ya en "el campo del honor", se le escapó un tiro al aire. Quedaba en inferioridad de condiciones; pero el lance se verificó. Tiró el otro, sin resultado. Volvieron a apuntarse y esta vez sólo el contrincante tiró. Don Pedro no había levantado el arma. Inmutable, oyó el proyectil que pasaba silbando a unos milímetros de su cabeza. Lo invitaron a reconciliarse. Se negó.

—Antes dije que era un canalla; ahora digo que es un canalla y un cobarde.

Los amigos insistían. Y él propuso esto: batirse otra vez, pero a un paso de distancia.

El otro no aceptó.

Rafael Barrett, otro valiente apostólico, sintió veneración por Almafuerte, hasta afirmar que es el primer poeta de América. En sus *Moralidades Actuales*, narra Barrett una anécdota que a él le contó, a su vez, el camarero de un buque, camino al Paraguay. Un vigilante estaba azotando a un obrero. Almafuerte intervino y le quitó el machete al vigilante. Nadie pudo hacer que se lo devolviese.

En esta anécdota está pintado no sólo en su valor personal, sino también en su rebeldía instintiva. Ella lo empujaba a ponerse de frente a la autoridad y junto a los desheredados. Actitud de gaucho también que, acostumbrado a no ver antes sus ojos más limitación que el alambre del horizonte, se acostumbró a ser libre. ("Yo no he nacido p'andar con la lata a la cintura", dice Cruz a Fierro).

"Que otros vivan la ley que es la mentira, yo vivo los impulsos que es lo cierto" — ha dicho Almafuerte. Don Pedro se ajustó a tan peligrosa norma. Vivió sus impulsos. Pese al vigor evidente de su cerebro, su vida sensitiva es tan potente que casi se duda que él fuese un intelectual. Fué un hipersensible, y si fué rebelde, lo fué sólo porque su herida sensibilidad vibraba al roce del más pequeño dolor humano, nunca porque una determinada ideología lo guiase. En esto, como en muchas otras cosas, era infantil, o sea, pueblo. Rebelde por instinto y apóstol por temperamento, no luchó nunca por ningún ideal de reivindicación proletaria, porque

nunca tuvo ideal. Sentir profundamente el dolor de los humildes, vibrar profundamente indignado contra la injusticia de los poderosos que producían ese dolor: he aquí su ideal, bien simplista, por cierto: "Yo siento por el dolor de la chusma miserable, la suprema, la inefable maternidad del amor." Seguramente que de Marx o de Bakunin sólo había oído los nombres. En rigor, nada hay más rebelde que la sensibilidad. ¿Cuáles voces tronaron más alto contra la opresión del indio que la de los hipersensibles Bartolomé de las Casas o Huaman Poma? ¿Qué es el Barrett que incendió los yerbales con su indignación, sino un sensible? Los rebeldes puramente intelectuales, terminan en ministros. Don Pedro fué materialmente sensible: "Por más que me comparo con todo el mundo, yo no doy con el tipo que bien me cuadre: soy el llanto que rueda sobre lo inmundo... ¡Yo he nacido, sin duda, para ser madre!". Y se revolvió, loco de dolor, genial de indignación, en versos, en gritos y en actos, contra los que humillaban y flagelaban su chusma filial. "Tan sólo la sobra humana tiene sobre mí derechos". Se sintió madre de los doloridos, no hermano de todos los hombres. De aquí la grandeza y la inferioridad de este Jesús a medias, de este apóstol de la misericordia cotidiana que no supo mantenerse en lo alto, exigiendo justicia. Fué el Jesús que curaba los leprosos, no el que predicaba el Sermón de la Montaña.

"El hombre de talento —canta Píndaro— es el que lo sabe todo por instinto". Don Pedro sólo comprendía lo que sentía. Mejor: sentía sin importársele de averiguar si comprendía. Su corazón estaba a cien mil leguas por encima de su cerebro. Le faltó encauzar, darles sentido, orientar hacia un ideal a sus sentimientos generosos. "Como las vibraciones de un necio ruido, ni Wagner ni Rossini me dicen nada; pero si por acaso, gime un gemido... ¡me traspasa las carnes como una espada!". Todo su ideal se encierra en estos cuatro versos. El gemido humano fué su norte.

Cuando el inicuo fusilamiento del educador Francisco Ferrer, en España, un grupo de jóvenes anarquistas fué a verlo, a pedirle que se adhiriera al clamor de las fuerzas izquierdistas del país. Don Pedro se negó, a gritos, según era su hábito:

—¡Hacen bien fusilando a ese gayego! ¡Debían fusilar a todos los gayegos!

¿Cómo explicar tal actitud, francamente reaccionaria y aún

antihumana, anticristiana, sino por su desorientación ideológica? “Siempre se pronunció contra los maestros que militaban en los partidos avanzados” —afirma su amigo Torcelli.

Gran contradictorio, junto a hechos así, presenta otros como éste, que le ganan nuestra simpatía:

Un individuo había inventado un método dactiloscópico, según él, superior al que se usaba en la Policía. Quiso conocer a Almafuerte y, satisfecho de su invención, de inmediato comenzó a exponérselo. El viejo lo escuchaba... De súbito, se pone de pie, los puños arriba y comienza a dar alaridos:

—¡Infame! ¿Qué madre te ha parido? ¿Querés marcar a los hombres? ¡Verdugo, persecutor de criaturas humanas! ¡Monstruo! ¡Andate a la calle, enseguida!... ¡Fuera!

El desventurado inventor no se hizo repetir otra vez la invitación de irse a la calle. Salió corriendo y Don Pedro detrás, a gritos, rojo de cólera, dispuesto a estrangular a ese hombre, para él asquerosa alimaña.

“Los hábitos inconscientes —afirma Gustavo Le Bon— tienen una fuerza que jamás poseen los principios”. Esta es la fuerza revolucionaria de Don Pedro. Su rebeldía no le llegaba desde la “fría razón”, brotábale hirviendo del corazón infantilmente sincero, llaga sangrante de piedad. Pudo equivocarse cuando, con su odio gaucho al “gayego”, se pronunció por la muerte de Ferrer o como cuando, por patriotismo —del que arrepintiéndose años más tarde—, abogó por la guerra contra Chile; pero era porque entonces *razonaba* antes de hablar o escribir. Cuando se *producía* por impulso, empujado por lo que la psicología llama lo subconciente (la supraconciencia hindú); no se equivocó nunca. La videncia de su corazón fué genial, y no fué genio porque su cerebro, muy inferior a su sensibilidad, no alcanzó su vuelo para mantenerla en alto. Su obra y su vida se interpenetran, apretado nudo de sinceridad, y ascienden o descienden, se iluminan o apagan; pero de ningún modo sus caídas y sus sombras son claudicaciones.

La humanidad, para él, se dividía en dos partes: los poderosos y la chusma. División demasiado fácil y, evidentemente, falsa, por fortuna, para nuestro soñado ideal de fraternidad humana. Don Pedro odió y despreció a los poderosos, amó y confraternizó con su chusma: “Yo tuve la tendencia, la costumbre, de poner mi saliva

en las montañas; pero les dí sin pena mis entrañas, cada vez que dejaron de ser cumbre". Eso sí, él no indagaba de dónde venía el caído, bastábale verlo abajo para alargarle su mano maternal. "Y como los grandes son nada más que chusma vil que desertó su cubil por pura combinación, cuando vuelven al montón doloridos y maltrechos, yo les entrego mis pechos como la loba romana... ¡Tan sólo la sobra humana tiene sobre mí derechos!" Y sintió, por consecuencia, cómo lo odiaban los grandes y cómo lo amaba su chusma querida: "Por eso tengo arranques desesperados que me llenan de sombras y cicatrices... ¡Por eso me repudian los potentados y me besan las manos los infelices!".

El Presidente Sáenz Peña, ya enfermo de muerte, y atacado por Ingenieros, recibe también los ataques de Almafuerte que lo amenaza con aplastarle bajo un libro. La embestida de ambos escritores afecta al enfermo, y la esposa de éste y una amiga van a la covacha del Juvenal platense. Le ruegan que calle. "El Presidente, le dicen, está con un pie en la tumba". "¡Que meta el otro, pues!" —responde, brutal—. Pero las damas insisten. ¡Y "tanto puede una mujer que llora"! Almafuerte callará, aunque advierte: "Díganle al doctor Sáenz Peña que no le atacaré más; que queda incorporado a mi chusma".

Confiesa a un cronista por el cual, excepcionalmente, se deja entrevistar: "Aquí vienen algunas personas a las que abro mis puertas en calidad de amigos, y luego resultan literatos y psicólogos que, en su afán de hacerme aparecer genial, dicen atrocidades de mí". (Leer "Mis profetas locos" de José de San Martín, suma de todos los disparates que se puedan haber escrito sobre Almafuerte, pararrayos de grafómanos). Su fobia a la casta intelectual, tan envanecida de sus vanos conocimientos, fué en él obsesionante. Existen hombres envanecidos por su riqueza o por su físico o por su ascendencia. Esto es explicable. Lo inexplicable es la existencia de hombres envanecidos por su saber, como lo están los de la casta intelectual burguesa, porque la verdadera sabiduría excluye el mezquino sentimiento de la vanidad. De esto se desprende que la casta intelectual —científicos o artistas— de extracción burguesa, sólo usurpan el nombre de la sabiduría. Todo en ellos es extensión, nada es hondura. La sabiduría no ha entrado un milímetro en su mundo moral. Quitando el barniz de sus conociemien-

tos, hallamos que esos intelectuales están amasados con el grosero limo del hombre vulgar. Por fuerza, hombre tan sensible como Don Pedro, tuvo que chocar contra los intelectuales, mecánicamente egoistas.

Antonio Herrero, que fué su amigo y le dedicó un libro hiperbólico, dice, acertadamente: "Era una alma desmedida que no cabía entre los hombres. Incapaz de fingir o contenerse, no reconocía otros límites su formidable impulsividad que los que le señalaba su bondad, más formidable aún. Estas dos cualidades de su espíritu hicieron un calvario de su vida. Por un lado cosechaba odios y enemistades, especialmente de aquellos cuya vanidad hería cruelmente; y por otro abría su puerta y entregaba su casa y su lecho y su pan a todas las miserias que llamaban su enorme corazón. Su casa era una agencia de caridad, pero no de caridad oficial y organizada, sino imprevisora e impulsiva".

En este punto, las anécdotas se multiplican. Narra Torcelli que una noche entró en su casa un joven jadeante y asustado. Llorando se le confesó: acababa de hurtar dos cortes de paño, lo había hecho impulsado por la necesidad, era un obrero desocupado; pero había sido visto y la policía lo buscaba. Don Pedro guardó lo robado en su baúl, dió alojamiento y comida, por esa noche, al prófugo y a la mañana siguiente le envió a un pueblo, recomendando a un amigo para que le diese trabajo. Después, devolvió las piezas de paño al tendero.

Otro día, se le presenta un carrero italiano solicitándole que le hiciese un escrito para demandar a su patrón que le debía cien pesos y no se los pagaba.

—Bueno —aceptó el poeta—. ¿Y qué vas a hacer con tanta plata junta?

El carrero quería juntarse con una mujer y necesitaba cama, mesa, sillas y unos cacharros para hacer la manduca. Don Pedro le mandó traer un carro y le hizo cargar su cama, su mesa y sus sillas. Fué así por qué, durante un verano y un otoño, tuvo que dormir en el suelo. Esto ocurrió en Trenque-Lauquen, siendo Almafuerte maestro de la escuela local.

Cuando "estaba de parto" —expresión que significaba cuando estaba escribiendo— ¡pobre del periodista o intelectual curioso que se llegase a visitarlo! "Se le alborotaba la negrada" —otra frase suya.

Y el intruso salía boleado. Cierta vez, llegó uno de estos curiosos. Don Pedro con el chiquilín que le acompañaba —recogió y educó cinco huérfanos—, se hizo negar. El chico fué y, torpe, dijo al visitante: "Dice Don Pedro que no está". El otro insistió. Vuelta del niño a responder lo anterior: "Manda decir Don Pedro que no está". ¡Y el otro, vuelta a insistir! Sale, entonces, el propio Don Pedro: "¿No le ha dicho que no estoy? ¡Váyase, pues!"

¡Pero qué distinto recibimiento si el visitante no era un intelectual curioso, sino un pobre que venía a pedirle! Y no cerraba su puerta por esto, porque siempre algún humilde se llegaba a él, a solicitar su ayuda. Entonces, así estuviese en lo más encendido de su inspiración, lo abandonaba todo y acudía, "porque no se habría perdonado nunca que un necesitado de su misericordia llegase hasta bajo el dintel de su puerta y desde allí tuviese que volverse sin pan o sin consuelo, sin socorro o sin consejo, pura y simplemente porque él estaba produciendo". Dentro de su falta de medida para juzgar hombres y cosas, valía más un poco de hambre que él aliviase o un poco de aflicción que él consolase, que toda su producción por producir. En esto, con su videncia de siempre, Don Pedro tiene razón una vez más, contra la citada opinión de Torcelli que habla aquí como admirador del poeta, no del hombre.

Un día echó de su casa a Manuel Ugarte, porque éste se aventuró a exponerle la peregrina idea de que la poesía es cosa de juventud, nada más, de que la madurez pensante requiere la prosa. ¡Y el viejo que toda su vida no había hecho más que pensar líricamente! Echó también a Armando Vasseur que se le había instalado en su covacha. Por Darío y su "modernismo afeminado" —según su expresión— siempre experimentó desdén y hasta se negó a recibirle. Sobre Lugones, de quien alguien le habló como de un probable sustituto en el principado de las letras argentinas, pronosticó: "Lugones será un Almafuerte para damas"... Naturalmente, la reacción en contra se dejó sentir: Groussac, perspicuo pero ligado al oficialismo literario, hizo una presentación de él, al publicar *Jesús* en "La Biblioteca", como si se tratase de una promesa juvenil. Calixto Oyuela asegura que *El Misionero* es un delirio. Rafael Obligado quiso desconocer siempre la existencia del gran inspirado, hundido en su misera casucha de La Plata. Carlos Octavio Bunge lo llamó: "el compadrón de nuestras letras", Roberto Giusti le ha concedido el calificativo de

“milonguero genial” y Federico de Onis, al igual de Oyuela, sólo a regañadientes le incluye en su *Antología*. No le faltaron voces cordiales, como la de Más y Pi y la de Carriego, que iba a verle como si fuera en peregrinación a un santuario. Ni justicieras, como lo es el estudio que Ricardo Rojas le dedica en el IV tomo de su *Literatura*, ejemplo de equilibrio crítico, más meritorio por lo caótico de la obra realizada.

Como en una cumbre, ante todo él se mantuvo solo y altivo. Llegábase a los grandes pidiéndoles para sus humildes. ¡Y si aquellos no lo servían! ¡Ay de los grandes! Su cólera se dejaba caer sobre ellos, lapidaria.

Una noche, en pleno corso, en La Plata, cruzó en un coche Doyenart —no sé si Intendente o Jefe de Policía. Iba con su esposa y sus cuñadas. Don Pedro estaba en la acera. Aquél le gritó: ¡Adiós, Don Pedro! Y éste revolvióse: ¡Andate... etc. (Y lo envió a la que lo engendró, quevedescamente adjetivada). Lo rodearon curiosos: ¿Qué pasa, Don Pedro? ¿Por qué lo insulta?... .

—¡Ese canalla! ¡Hacé tres meses que me promete un puesto de basurero para un amigo, y no me lo da! ¡Todavía se atreve a saludarme!

Un tipógrafo, hombre simple, pidió a Almafuerte que le hiciera versos para las cédulas de San Juan y San Pedro. Y él que rehusaba colaborar en diarios y revistas, emprendió la fabricación de los versos sólo porque un humilde, un hombre de su chusma querida, podía beneficiarse con ello. Y los hizo y autorizó al tipógrafo que pusiese en los sobres que los versos eran de Almafuerte. También, por habérselo ido a pedir hombres de su “chusma amiga”, compuso versos para una comparsa de gauchos carnavalescos.

En cambio, los otros, “los grandes”, como él los llamaba, siempre lo hallaron empinado y arisco.

Tuvo un altercado con un diputado en el tiempo que él era prosecretario de la Cámara.

—¿Sabe Vd. cómo me llamo? —le preguntó.

—Sí; Pedro Palacios —respondió el otro, sorprendido.

—¡Pues, yo ni sé cómo se llama usted!

Y dióse vuelta, despreciativo.

Perdió su puesto de prosecretario por haberse negado a ir a saludar al nuevo presidente de la Cámara, que exigía este requisito.

El presidente se quedó sin conocerlo, y se vengó, suprimiendo, por economía, el puesto que ocupaba el orgulloso.

Necesitó ver al gobernador de Buenos Aires. Fué una, dos, tres veces. Como en esta última, el funcionario tardara en recibirlo, se encaró al ujier:

—Diga al gobernador que hay la misma distancia de mi casa a aquí que de aquí a mi casa.

Y se fué.

En el Salto, siendo maestro de escuela, militaba en la oposición. El caudillejo era el comisario, especie de perdonavidas. Don Pedro sufría porque nadie, entre los opositores, sus correligionarios, atrevíase a poner coto a los desmanes que de palabra y puños cometía el matón. Una noche, por fin, se presentó él al Club Social. Entró el comisario. Don Pedro le salió al paso, a rugidos: ¡Compadre! ¡Flojo! ¡Marica! ¡Gallina! ¿A que no te ponés frente a un hombre como yo? Y fué tal el miedo del perdonavidas que aguantó el chubasco sin replicar. Quedó en ridículo ante opositores y situacionistas, y hubo de ser trasladado.

Siendo maestro en Chacabuco —me narra Don Saulo Domínguez— tuvo que trasladarse a La Plata, a cobrar sueldos atrasados, según proverbial hábito administrativo. Estaba aguardando y, con él, dos o tres maestros más, entre ellos un viejito achacoso. Al fin, el obeso empleado que los atendía con la negligencia burocrática de siempre, se dirigió a Don Pedro:

—¿Qué deseaba, señor?

Se cometía una arbitrariedad a su favor. El anciano estaba antes. Lo señaló.

—El está primero.

El empleado molestóse al ser observado.

—Aquí no hay preferencias para nadie! —gritó.— ¡Todos somos iguales!

—¡Miente! ¡Todos no somos iguales —respondió Don Pedro, siempre incisivo en la agresión— porque si nos colocan en una balanza, Vd. pesa lo que un cerdo, y yo lo que pesa un hombre!

Ya vivía en La Plata, donde era popular. Un día supo que la policía, sindicándolo de "sospechoso", había detenido a un obrero, su vecino y amigo. Fué a ver al jefe:

—Vengo a pedirle que ponga en libertad a ese pobre trabajador.

El jefe sorprendióse:

—¿Vd., Almafuerte, viene a solicitar la libertad de ese tipo? Y ya él se encorcoró.

—¡Sí, yo! Porque ese tipo, como Vd. le dice, no tiene más manchas que las de su ropa de trabajador ¡no es como alguno de nosotros que es lo único que tenemos limpio!

¡Bien pinta todo esto al que exclamó, atenaceado por el dolor y la tristeza de su chusma, padeciendo injusticia, bajo el tacón del codicioso egoísmo codificado: “Yo no siento más vida que la del hombre”. ¿Música, bellezas del paisaje, armonías del espíritu arrobado ante las maravillas de la creación? Nada oía ni veía él. “Todos esos primores yo los motejo desde la cueva misma de los que gimen”.

Siempre chocó con el medio. Ya viejo y refugiado en La Plata, donde admiradores influyentes le hicieron dar dos piezas, siguió siendo el que fué, viviendo fuera de la realidad, desconociendo en absoluto el verdadero valor del dinero, herramienta de libertad personal dentro de la constitución social imperante. Se le tenía por ególatra, misántropo y misógino: “Yo soy el Indomado, soy un cômpleto que se adora a sí mismo y en sí se absorbe; me basta mi profundo propio respeto bajo los salivazos de todo el Orbe...” “Sólo sé que soy mejor, por lo que me dejan solo”. “Por eso las mujeres, ¡pobres mujeres, las eternas sensuales y secundarias! clavan en mi pureza sus alfileres, celosas de mis noches tan solitarias”. Se da a sí mismo una “especie de orden general” en la que se dice: “En mi casa no entrará nadie más que el que me necesite para algo”. Su epistolario es curiosísimo por esta particularidad: la mayoría de sus cartas están escritas con el objeto de pedir a sus amigos pudientes para sus amigos necesitados.

Escribe a Francisco Aníbal Riú: “Mi querido hijo bueno: Ahí te mando un querido hijo malo. Dale diez pesos”. El recomendado era un ladrón.

Y pide a los grandes —vidente otra vez— exigiendo que se ayude a los de su chusma. Este es el pago que él demandaba de los que eran o se decían sus amigos o sus admiradores. Pedía para los otros, pero consideraba que era a él a quien se le daba dándole a un necesitado: “Bueno, amigo... hágame Vd. el favor de atender al portador... derrotado en Chacabuco, como si fuera su propio viejo de m... Almafuerte”.

En una ocasión se llegó a la casa de un amigo y le pidió el

revólver prestado. A las pocas horas, devolvióle la boleta del Montepío, donde lo empeñara, y unas líneas notificándole que esos pocos pesos los había empleado en sacar de un apuro a un obrero, padre de larga familia y que se hallaba en la miseria y sin trabajo.

Vivió en La Plata desde 1896 hasta su serena, estoica muerte en 1917. En su entierro, un cronista vió esto: "Algunas gentes humildes, hombres y mujeres del pueblo, se detenían, silenciosamente y conmovidas, a contemplar la tumba de Almafuerte. Las mujeres se apoderaban furtivamente de algunas flores y se las llevaban ocultas entre sus ropas"... La intuición de los corazones sencillos sabía que allí quedaba uno de los suyos, que sintió sus dolores cotidianos y sus heroísmos anónimos, fuera o no un neurópata, según los científicos sostuvieran, estuvieran o no sus versos rotundos y sus prosas lapidarias dentro de la norma y el mal gusto de los retóricos.

Nunca fué escritor profesional. Producía intermitentemente y no se hubiera ajustado a una disciplina. La publicación de sus versos y sus evangélicas no le hubiese dado para vivir. Esto le fué beneficioso, ya que lo mantuvo en una integérrima independencia mental. Trabajó de maestro y de periodista, ocasionalmente. Fué burócrata desde que residió en La Plata. Como maestro, se desempeñó veinte años, primero en Buenos Aires y después en Salto, Mercedes, Trenque-Lauquen y Chacabuco. Su videncia lo llevó a poner en práctica métodos pedagógicos, hoy modernísimos, pero que él no había estudiado en ninguna parte. El fundamento de su enseñanza fué la libertad, libertad para el niño y para él. Esto, naturalmente, lo hizo chocar con los pedagogos rutinarios que confunden escuela con cárcel. Informa Laudelino Cruz, comisario departamental: "He visto durante muchos años a Palacios dirigiendo o enseñando niños; no he visto que formara un solo hombre de esos niños. En cambio, observé que algunos perdían bajo su dirección los hábitos de orden y el ejercicio de la voluntad que habían adquirido en sus hogares...". El Dr. Pedro Bonastre, universitario que le dedicó un estudio, afirma: "Una escuela pintoresca es la del Señor Palacios...". Y más adelante: "El resultado es que la veintena de años de su ejercicio magisterial, no ofreció el fruto de un ingeniero, médico, abogado, profesor, etc..., una sola puerta apta para las especulaciones del espíritu". Acusación bastante gratuita, ya que poco puede ejercer un maestro de primeras letras en la vocación de un hombre. No es ésta

la opinión de otros acerca del desempeño magisterial de Don Pedro, camarada de sus alumnos, con quienes, tomando mate, departía largamente. El amaba a sus niños y hacía que estos lo amaran. ¿Pueden señalarse muchos maestros que obtengan este resultado óptimo, fin de toda educación racional?

Don Saulo Domínguez, que fué su alumno, lo venera. Y narra de él esto: Si había dos chicos enojados, él que siempre intervenía en sus juegos, proponía, por ejemplo, una partida a la pelota, de a cuatro. Haciéndose el que desconocía la situación, señalaba compañeros a los dos enojados, que no tardaban en reconciliarse.

A los niños pudientes, les daba por amigos los más pobres, a fin de evitar que la soberbia pudiese anidar en aquéllos. Rasgos éstos de educador intuitivo que se acrecentaban con su capacidad para sentir el dolor ajeno y sacrificarse por él. Cuenta Barrett que en cierta ocasión enfermósele un alumno. Fué a verlo. Y halló que vivía en una pobreza impresionante, tanto que ni ropas de cama había allí. Don Pedro le trajo las suyas y, como él era tan pobre como su regalado, tuvo que dormir envolviéndose en la bandera del colegio.

Pero si él daba la libertad que es imprescindible al alumno, como maestro, exigía la libertad también imprescindible al maestro. "No aceptaba la intromisión de nadie en las cuestiones internas del colegio, ni en resoluciones que él tomara con objeto de orientar la conducta o hábitos de sus discípulos" —dice Luis Roque De Laudo, periodista de Chacabuco a quien debo importantes datos sobre la actuación de Almafuerte como maestro.

Una vez reprendió a uno de los hijos de Don Anacleto Domínguez, presidente del Concejo Deliberante. La represión parece que disgustó a la madre del chico. Don Pedro era amigo del padre, y lo llamó: —"Mi querido Don Anacleto —habléle—. Yo lo he hecho venir para que me diga, con toda sinceridad, si debo tratar a sus hijos como a los del señor presidente del Concejo Deliberante o como a los hijos de mi amigo Don Anacleto, porque en el primer caso, yo me iría enseguida por ahí, donde pueda ser el maestro de mi escuela...".

El amigo, abrazándolo, confirmó su reprensión.

Sarmiento —¡cuándo no!— lo presintió maestro, verdaderamente. En una de sus giras por los andurriales pampeanos, se topó

con él, lo elogió, se interesó por llevárselo a la civilización. Almafuerte le respondió sarmientescamente: "¡No! Cuando la civilización llegue aquí, yo me iré con mi escuela adonde todavía no haya llegado". ("Para ir a sembrar abecedario donde mismo se siembran los trigales").

Como periodista, como burócrata, fué francamente malo. Carecía de las condiciones negativas que se requieren para ser lo que se conceptúa un "buen periodista" o un buen burócrata dentro del actual orden. Sincero y altivo no podía poner su recia pluma al servicio de cualquier causa ni bajar su mansedumbre hasta el servilismo. Explica así su actuación de periodista: "Vine a La Plata donde dirigí y redacté yo solo, durante cerca de dos años, el diario *El Pueblo*, que había fundado Don Roque Caravajal. Lo que dije en aquel diario, escrito está en él, y todavía estoy aquí, después de quince años, para declararme su autor responsable. Pero sépase que puse en aquella violentísima hoja, como más tarde en *La Provincia*, toda la sinceridad y buenas intenciones de que es capaz mi alma, que le entregué mi reputación y mi cerebro, todos los días y a todas las horas del día; que no saqué de ella provecho pecuniario ni provecho político, sino una enorme cosecha de odios y de envidias; que en sus columnas hice vibrar el civismo de la juventud al diapasón de lo sublime; que nunca jamás aquella página cantó laudatorias serviles a los prohombres y caudillos de mi partido; y que no agredí, ni una sola vez, con mi pluma, a ninguno que no estuviese en condiciones de contestarme el mismo día con una onza de plomo en mitad del pecho".

¿Cuántos periodistas de diarios grandes se hallarían capaces de firmar estas afirmaciones?

Ya viejo, en La Plata, ocupó los cargos de prosecretario de la Cámara y después traductor. Desempeñábase mal, convencido que se los habían dado para que el poeta pudiese vivir. Por último, el gobierno de la Provincia le regaló la casa —dos piezas y un jardincillo— y el de la Nación dióle una pensión de doscientos pesos mensuales, poco tiempo antes de morir. La cuota era ridícula, pero como Don Pedro supiese que los diputados socialistas se opondrían a votar más, él siempre fuera de la realidad, prefirió que fuese sólo de doscientos pesos y la unanimidad, a que fuera más habiendo oposición. El gesto provocó risas entre los mismos diputados. Era exótico. Pero

así fué siempre Don Pedro, hombre singular que vivió en poeta y en apóstol, más allá de sus versos y por sobre sus evangélicas.

Una gran alma, engrandece el cuerpo del hombre que la exterioriza. Los que son grandes en su obra espiritual, lo son como hombres. Porque así como una vasija se impregna del aroma que contiene, la arcilla humana se impregna del espíritu que aposenta. Sólo un héroe, como demostró serlo Cervantes en el cautiverio de Argel, podía crear héroes como Don Quijote y Sancho. Sólo un hombre tan valeroso como él, pudo crear figura de tan inmensa bondad y de candor tan sublime.

Forzosamente, sólo él, Don Pedro, capaz de sentir hasta el espasmo el dolor de su prójimo humilde, de su chusma expoliada, pudo crear algunas de sus "Evangélicas", y algunas de las estrofas de "Gimió cien veces", "Cristianas", "Sin Tregua", "Trémulo", "Jesús", "El Misionero". (Es un fragmentario este autor de poemas). Contradictorio por el conflicto de su corazón y su cerebro incapaz de seguirle en sus voliciones; su obra no presenta la armonía de la obra de genio. Tiene momentos geniales, sí, y se enciende y vuela o descende y se apaga... Queda su vida austera, sublime de misericordia. Ya enfermo, lo último de su pensión lo emplea en pagar las mensualidades de máquinas de coser para mujeres pobres de las que él es fiador. También es un ejemplo de intolerancia contra la chatura y la cobardía del medio ambiente, vida desmesurada, jugándose siempre, saliéndose de la limitación y medida impuestos por la superioridad numérica de los mediocres. A la obra de Almafuerte podemos acercarnos para hundir en ella el bisturí de la razón, y juzgarla. Ante la vida de Don Pedro, nuestra serenidad se estremece de simpatía. Fluye demasiado calor humano de ella, para no sentirse abrasar en el mismo dolor en que ella se abrasara. Don Pedro fué un viejo macanudo. Almafuerte es una noche con relámpago.

ALVARO YUNQUE.

OCTAVIO PINTO

ENTRE los jóvenes que hacia 1914 terminaban sus estudios de derecho en la universidad de Córdoba, había uno, por lo menos, que no estaba dispuesto a ejercer la profesión de abogado. Se llamaba, con todos sus nombres, José María Octavio Pinto y pertenecía a una de las más viejas y respetadas familias del interior argentino.

Nunca había mostrado, en realidad, gusto por el derecho, pero ¿qué otra cosa hubiera podido intentar un muchacho *decente* de la ciudad de los doctores sino doctorarse él mismo y satisfacer así la voluntad paterna? Sus amigos sabían, sin embargo, que entre sus papeles abundaban los dibujos, y entre sus libros, los de literatura. Algunos conocían sus versos primigenios, inspirados por los modernistas de Hispanoamérica, pero los más celebraban los jardines melancólicos que pintaba a ejemplo y manera de Santiago Rusiñol. Sentía, como los románticos y los decadentes, la belleza de lo que está en trance de desaparecer y, antes de que así sucediera, quería fijar en sus lienzos la línea y el dolor que habían halagado a otras generaciones y ya estaban heridos de muerte. Tanto fué esa su más íntima sensibilidad, que comenzó su vida de pintor tomando por tema a los viejos parques de su Córdoba nativa, y la terminó a los pocos minutos de haber trabajado, con el empeño y entusiasmo de sus años mozos, en recoger la luz del atardecer sobre los árboles del Prado de Montevideo.

Pero entre aquella iniciación y éste su fin inesperado y repentino, median treinta años de labor ahincada. Años de aprendizaje y de búsqueda, años de madurez artística e intelectual, y, sobre todo, de perpetua inquietud, de disconformidad esencial, muy a raros momentos sostenidos por la esperanza o dulcificados por el humorismo.

Un conjunto de pequeñas tablas inspiradas por diversos aspectos de la capilla serrana de Candonga, al que Pinto dió el título de "La iglesia azul", descubrieron la riqueza de su sensibilidad y las posibilidades de su talento. Así fué que el gobierno de Córdoba juzgó en 1916 que debía enviar a Europa a ese joven "doctor" que no ame-

nazaba oscurecer la gloria de los jurisconsultos locales, pero que podía honrar a su provincia y a su país con la belleza de sus cuadros.

Casi un lustro vivió Pinto en España y, por cortos períodos, en Francia y norte de Africa. La permanencia en la península ejerció por mucho tiempo poderosa influencia sobre su espíritu. Todo lo que podía haber de español en ese argentino de vieja estirpe afloró a su sensibilidad apenas comenzó sus andanzas por la tierra que muchos años antes había sido la de sus antepasados. Yo lo he visto, impaciente y nervioso, recorrer en la alta noche las calles de Toledo y dibujar al amanecer lo que había entrevisto y admirado entre las sombras. Lo ví en Sevilla, en Granada, en Córdoba, en Ronda trabajar sin reposo y sin fatiga, deslumbrado ante el mundo de formas y colores que superaban a cuanto hasta entonces había conocido. Y lo vi en el museo del Prado, tembloroso de emoción ante las grandes obras. Porque, creo, no es posible que artista alguno pueda sentir con más intensidad que Pinto, en esos años de su juventud fervorosa.

Después de varios meses de vida en Tánger y Tetuán, donde pintó hermosos cartones que expuso en Madrid en 1919, alentóle el grande y querido embajador Avellaneda a ingresar en la residencia de paisajistas del Paular, establecida en un viejo monasterio con fuentes, cipreses, musgo, lagartijas y sombras azules de árboles centenarios. Con eso era capaz Octavio de sentirse feliz, pero si aún necesitaba de un noble y sutil espíritu para conversar de literatura, ahí estaba cerca el poeta Enrique de Mesa para complacerlo con sus pláticas del atardecer. Mucho trabajó Pinto en el Paular, tanto, que ninguno de sus compañeros de pensionado le superó en cantidad y calidad de obra cuando hicieron exposición conjunta de sus trabajos.

Recorrió, posteriormente, toda la península, en muy variables estados de ánimo. Si el éxito de sus muestras le alentaba por algunos días y si el producido de sus ventas le hacía proyectar largos viajes por países desconocidos, caía poco después en agudas crisis de desesperanza y disconformidad. "Pinto mucho, pero *la obra* no llega", escribió en uno de esos momentos de desilusión. Y en otro: "no creo ya en nada". Y sin embargo creía, o se esforzaba por creer en el arte, su "único refugio". "He concluído por no armonizar con nadie y mi porvenir está en el aislamiento y la fatiga inútil", apuntó en uno de sus instantes peores, esos instantes de "obstinada melancolía y profundo aburrimiento" que nada lograba disminuir.

Si para escapar a sus consecuencias distraíase en labor literaria —verso y prosa de variado carácter que nunca lograron satisfacerlo—, la pintura, “esa mala hembra que lo posee todo”, volvía a dominarlo de inmediato. “¡Ah! —exclamó alguna vez— empiezo a creer en los atormentados de la paleta. ¡Qué mundo lleno de sen-



OCTAVIO PINTO

sualidad es este de la creación artística, en contacto con los árboles, los frutos y las mujeres”. Y llegado a los treinta años, escribió en Torres de Ariant esta página de patético análisis: “Nunca había pensado en la muerte, en la brevedad realmente espantosa de nuestra vida, en la inutilidad de todo esfuerzo humano. Aquí he pensado de verdad en estas cosas, y estoy perplejo. Si se me perdieran mis cuadros, si me viniera una terrible enfermedad, si me acacciera alguna pérdida irreparable, creo que me quedaría impasible. Y en medio de estas meditaciones me pregunto: ¿vale la pena arrinconarse para remedar en el silencio la luz que ha puesto el Infinito en las cosas?

¿No es este culto del arte un trabajoso ensayo de vanidad? ¿Un intento desesperado, falso, inútil y siempre trunco? ¿A qué razón apremiante y verdadera nos conduce? Este levantarse y coger el pincel hasta la noche, con un goce casi animal, ¿no obedecerá a una costumbre creada por el hábito de todos los días, más que a un afán de pura contemplación? Yo me alzo bien de mañana y pongo el amarillo, el azul, el violeta y el blanco en mi paleta, y salgo a pintar, y todo el paisaje me parece tan extraordinario, tan inimitable, que estoy por creer que la pintura es ahora un arte diferente al de la pintura clásica, un medio hacia la investigación interior, un vínculo entre nuestro yo y el mundo de las cosas. Esto me abruma de tal manera, que a veces tengo la impresión de que debo abandonar de raíz el arte, pero ¿qué haré en mi vida sino pintar?”.

Y convencido de que no podía ser de otro modo, echábase a andar por las montañas y por los pueblos, sin otro halago en los momentos de reposo que la vida en las tristes fondas, “donde los guisotes nos matan y las criadas nos responden mal”.

Durante muchos meses pintó en las Baleares, pero ni aun el deslumbrante sol del Mediterráneo logró disipar su densa melancolía. Y sin embargo terminó grandes cuadros, de mares luminosos y almendros florecidos, que denunciaban el completo dominio de su arte.

A mediados de 1921 estuvo de regreso en la Argentina, esta Argentina que sentía tanto y en la cual jamás había dejado de pensar. El encuentro con cuanto aquí le era más querido, iluminó su espíritu extraordinariamente. Muy a su gusto frecuentó a artistas y escritores, se hizo de amigos nuevos y aun vislumbró la posibilidad del amor. La crítica y el público gustaron de su obra pictórica, un jurado de alto prestigio premió su libro de versos *Las abejas ciegas*, y alentado por todo ello, se sintió con ánimo para disertar extensamente sobre *El paisaje de los argentinos*. Quienes entonces lo trataron tienen el recuerdo de su buen humor y de la picardía con que inventaba anécdotas para caracterizar a amigos y conocidos. Las decía pausadamente, como distraído, pero ponía tanto cuidado en los detalles pintorescos de su relato y tanta precisión en sus palabras, que no siempre era fácil distinguir la chanza de la verdad.

Mas como su afán era siempre el de pintar, se fué por largas temporadas al interior. Durante el año 1923 trabajó continuamente en las provincias del norte, y si bien rezongaba por sentirse “con-

denado a vivir entre paredes y camas alquiladas, a tragar malos cocidos y a morir envenenado por la propia bilis, como los santos, los presidiarios y los diplomáticos”, sentíase cómodo en su tierra, cerca de su familia —“la misericordia más grande que tiene Dios para con los hombres”— y de las grandes ciudades, donde podía sentir el calor de la amistad. Cuando juzgó que era el momento, se vino a Buenos Aires cargado de telas y dibujos, telas de luminosidad extraordinaria y dibujos de línea nítida y precisa, que le situaron entre los más finos artistas argentinos.

El amor que por ese entonces asomó a su vida, cambió el rumbo de su existencia. Para alcanzarlo y merecerlo debió constituir su hogar, y esa necesidad lo determinó a ingresar en la diplomacia. Claro está que al principio no vió en su nueva carrera sino la posibilidad de viajar, de conocer tierras lejanas y de pintar tipos y paisajes exóticos. Luego hubo de comprobar lo que hay de puramente burocrático y aun de vulgar en esas tareas, pero apenas se quejó de ello, alentado por el deseo de servir a su país.

Catorce años llevó en la diplomacia; primero en el Japón, luego en el Brasil y en el Uruguay. De su viaje a Oriente trajo Pinto una hermosísima colección de óleos y acuarelas, que expuso en Buenos Aires, y un álbum de dibujos en el cual la crítica no reparó suficientemente. En el Brasil fué seducido por la magia del carnaval carioca y por el fuerte carácter de las viejas ciudades. Pero cada vez se le hacía más difícil pintar, urgido como estaba por las obligaciones de su cargo. “No puedo creer —dijo alguna vez— que mi vida de pintor haya terminado y que mi único destino sea el de hacer informes y estadísticas, mientras retuerzo juramentos y pienso en la felicidad de los demás mortales”.

Poco a poco, sin embargo, aumentó su interés por la política internacional que se tejía en torno de nuestra tierra. Y ya al final de su vida, sentíase como un celoso vigía de la patria que amaba tanto, y que tironeada por los más fuertes y traicionada por los más viles, corre el riesgo de perder su independencia y libertad.

Muchos años de íntima camaradería me hicieron admirar a Octavio Pinto. Juzguen los críticos el valor de su obra; yo sólo puedo pensar en el amigo que, muerto a los cincuenta y un años, se fué de este mundo sin dar la luz última y más pura de su alto y noble espíritu.

JULIO NOÉ.

LA MUERTE DE STEPHAN ZWEIG

... "mi energía está exhausta
por los largos años de peregrina-
ción como un sin patria"...

STEPHAN ZWEIG.

TODA una vieja angustia que estos últimos tiempos polarizaron: he ahí la tragedia de Stephan Zweig.

Angustia de raíces hundidas en las entrañas de una raza triste para quien nuestra humanísima civilización no ha elaborado aún la última palabra.

¿Su vida? La biografía que no escribió, de un perseguido que a través de un ambular sin patria coronó con este desenlace amargo no embellecido por las galas de su imaginación.

Penetró en el espíritu de las figuras históricas a que dió nueva vida —Fouché, María Antonieta, María Estuardo, Magallanes, Casanova, Stendhal— o de aquellos que creó con arte sutil y aguda percepción, pero no pudo leer en su propia vida con objetividad salvadora.

El que dibujó los vivientes héroes de *Amok* no supo defenderse de su propia crisis.

Dentro de su posición estética, cultivó la pintura de caracteres; conocía el corazón humano, como fino psicólogo; sabía de sus flaquezas y sus exaltaciones. En su lucha frente a su sufrimiento, capituló.

No está en mi ánimo palidecer su aureola que miles de lectores admiran.

Escritor ameno, observador profundo y ponderado en sus biografías tan difundidas, novelista de condiciones, mereció la simpatía de todos cuantos lo han seguido a través de su obra.

Conocemos con cuánta delicadeza, con qué exquisita comprensión palpitan en sus libros las emociones e inquietudes de tantos personajes bien trazados.

Las figuras históricas evocadas con sentido humano, cobran vida y relieve inusitado dentro del ambiente en que las ubica.

Sus mujeres tienen todas el vigor de la realidad y la exacta pincelada femenina que las identifica con el sentir de sus lectoras de muchos climas.



STEPHAN ZWEIF

Su concepción de la vida, de factura espiritualista sincera, trasciende de toda su obra de un idealismo tal vez utópico, pero reconfortante.

Soñaba con un mundo mejor y se complació en reconocerlo para reflejarlo en sus páginas con una profunda fe en la libertad y en la preeminencia de los valores espirituales, para un perfecto equilibrio de la vida.

Fué objetivo en su posición de europeo y aunque no creyó jamás en la política, la caída de París provocó el desborde de su indignada protesta. Estados Unidos le oyó decir: "Hay que derrotar al enemi-

go." Y transformó su lamento sereno, que antes fuera esperanza profunda, en rebeldía desalentada.

Horas amargas esperaban al escritor. Su alma de viajero tuvo que orillar la angustia de una huída continuada que ya no fué aventura escogida sino peregrinación dolorosa.

Pierde su patria, sus bienes, sus rincones queridos de la vieja Europa y las tierras de América reciben al exilado con su bagaje de desencanto.

¿Cuánto duró la lucha entre su fe idealista y el espolarazo de la realidad?

Su actitud última no puede sorprender. Algo trabajaba en su espíritu ya en aquellos días en que nos visitó y en que sus palabras y actitudes estaban veladas de tristeza.

El que pretendiera separar a pensadores y artistas de las cambiantes luces con que la masa se encandila, se sintió intocable con sus hermanos, para el nuevo orden.

Olvidadas las palabras "Amarás a tu prójimo como a tí mismo", él se contó entre los desdichados. Su linaje espiritual pudo sostenerlo con cierta firmeza, pero caída su fe y ganado por un escepticismo creciente, se declaró vencido.

Su actitud póstuma tiene para todos el doble significado de una partida y de una derrota.

Y en estos momentos en que cada uno busca dentro de sí las reservas que lo mantengan por encima de esta desvalorización de cuanto nos es querido, (libertad, igualdad, fraternidad), su vencimiento nos llega en mensaje acongojado.

Hubiéramos querido de él, una actitud menos humana. Hubiéramos deseado una fortaleza digna de su jerarquía de artista.

No hemos de sentirnos por eso menos cerca de sus sueños ni de sus realidades ni dejaremos de percibir tampoco esa vibración delicada con que se asoma a sus figuras, a sus descripciones y a sus palabras de brillo y encanto personalísimos.

Stephan Zweig ha conquistado simpatías más allá de su propio fracaso interior. Nuestra época lo ha condenado con esta locura racista que la envenena y con su depresión acentuada de valores morales. Algo menos que un héroe, algo más que un ídolo falso. Sólo un hombre: he ahí a Stephan Zweig.

NELLY VERA SAGLIO.

¿CRISIS DEL ESPIRITU O “DETRAQUEMENT”?

GANIVET Y ZWEIG

CADA vez que el escenario espiritual del mundo se sobrecoge con una defección —llámese Lugones o Zweig— vuelve a plantearse el problema del fundamento de tales actitudes extremas. Para la mayoría, tras el sacudimiento novelesco que produce la noticia, todo se reduce a un encogerse de hombros, luego de explicarse el caso con cualquiera de esos términos de moda —“psicosis angustiosa”, “complejo de cobardía”, etc.— que la abundosa clasificación pseudo-psiquiátrica pone al alcance de toda sobremesa. Ya lo decía esa inteligencia superior que fué Angel Ganivet: “El vulgo cree siempre ver derrotados en todas partes por no reconocer en nadie espíritu excepcional.”

Sucede, así, que las tragedias interiores que condujeron a tales impulsos quedan explicadas —como en el reciente caso de Zweig— con la denominación genérica de “crisis”. “Crisis de espíritu”, se les llama, además, porque ellas se operan en intelectuales.

No obstante, le interesa a la historia literaria hacer en cada caso los distinguos indispensables, para que a la distancia sea posible reconstruir temperamentos y explicar circunstancia ambientales.

Para justificar la subitánea determinación de Stephan Zweig el mundo ha resuelto ahora que ella obedeció a una crisis del espíritu, frente al espíritu en crisis del momento actual. Conviene entonces —no para disminuir su augusta memoria sino para precisar exactamente lo doloroso de las circunstancia que lo impelieron a tan trágica actitud— penetrar en los motivos determinantes.

Y para el caso, nada mejor que evocar la figura de Angel Ganivet, aquel coloso de la prosa castellana de fines del siglo pasado

cuyos 33 años tronchados por fría y consciente determinación son un ejemplo de conducta interior y una inestimable referencia para esclarecer las llamadas "crisis del espíritu."



Lugones y Ganivet se borraron del mundo por una efectiva crisis del espíritu; Zweig por un "détraquement" nervioso. Ambos fenómenos —por igualmente respetables que nos parezcan— no son los mismos a pesar de que desde un punto de vista estrictamente científico se ofrezcan como estados iguales de melancolía angustiosa.

El espectáculo del mundo en ruinas, la circunstancial "aflojada" —valga la gráfica expresión criolla— de la fracción aliada en que militaba y en la que sin duda cifró sus cálculos de tranquilidad futura, llevaron al autor de *Fouché* a la muerte casi en seguida después de calcular el destino que podría correr en manos enemigas o de medir el desasosiego que habría de invadirle, de prosperar regímenes o normas colectivas de conducta de las que abominaba. En un hombre que conocía los horrores de la persecución, tales cálculos tienen que ser causa de definitiva desesperanza traducida en un desajuste —"détraquement"— imposible de calmar. Se llega, así, a la crisis de nervios, no a la crisis del espíritu. Visiones perturbadoras, índices seguros y desalentadores de un futuro que no se atrevía a afrontar conformaban pues la dolorosa tragedia interior de Zweig.

El hombre de espíritu —que domina sus nervios y sus impulsos como es el caso de Angel Ganivet que se tenía por un ser de voluntad— se elimina cuando no ve asomar en su mundo un solo destello de idealismo y cuando toda posibilidad de lucha en su favor resulta estéril.

No era ese el caso del infortunado escritor austríaco. El liberalismo aliado antirracista en que militaba, se nutre ahora con altos principios que implican —según se afirma— una réplica a la otra mística de la fuerza. Y en medio de trasitorios reveses las esperanzas de victoria procuran un tónico para el escepticismo de los vacilantes.

La eliminación de Zweig podría haberse justificado recién cuando el panorama mundial hubiese llegado a ofrecer evidencias

desahuciantes en el espíritu de resistencia o en el idealismo liberal aliado. Pero no ahora. Ex-luchador, Zweig sabía de alternativas, pero conocía también todo el contenido ideal que se han procurado las democracias para perseverar. Ganivet, que tuvo una auténtica crisis espiritual, podía anunciar su próximo "desligamiento" de la realidad circundante porque tenía la evidencia de que "el mal ejemplo cunde y el mal ejemplo aquí es que muy pocos se mueren ya por móviles interiores ni se satisfacen con la interior satisfacción." Zweig sabía que aún hay quienes "se satisfacen con la interior satisfacción." En el campo de ideas y en el bando en guerra a que pertenecía, Zweig contaba con refugios espirituales. Suponer lo contrario implicaría admitir peligrosas conclusiones.

Tampoco le ahogaba la realidad circundante. Ganivet sentía, sin remedio, una "aversión constitucional orgánica y funcional contra el modo en que se nos obliga a funcionar combinados con nuestros semejantes." El maestro contemporáneo de las evocaciones históricas, por lo contrario, se hallaba a gusto, según sus propias declaraciones en el medio que había elegido: la tierra americana que se llama a sí misma "promesa de redención", y en uno de cuyos países él depositó su inmensa esperanza para el futuro.

Ganivet no tenía esperanzas, ni para el mundo en crisis del último "fin de siècle" en que le tocó vivir ni para su patria, la que todavía aguardaba el latigazo de la generación del 98.

A Zweig lo venció, pues, quién sabe qué espectro resucitado referido a terroríficas visiones conocidas de policías políticas o raciales; a Ganivet la desazón de verse irremediablemente hundido entre la espesa muchedumbre mansa, convencional, anodina. El "tacto de codos" con el quidam indistinto lo anonadaba. Al primero lo sobresaltó la angustia del hipotético porvenir; al segundo, la irremediable vaciedad contemporánea: "détraquement" en uno, "crisis del espíritu" en el otro.

La honestidad del procedimiento exige agotar el paralelo. Por eso, digamos que no se explica que pueda hablarse de crisis del espíritu en un hombre que no podía alarmarse de la lucha de las ideas contra la fuerza, porque ese estado siempre es tónico —como hemos dicho— para los temperamentos de alcornia. Lo que mata es la atonía. De ahí que a Ganivet lo abatieran la tranquilidad y la complacencia, la muerte de la inteligencia a manos del "esprit"

liviano que entre otras cosas, según dice pintorescamente, se traducía en la adaptación de los trágicos griegos al gusto del público de los "boulevards" de su tiempo.

La falta de sentido común indignaba al autor de las *Cartas Finlandesas*. Signo de su época que no se da ahora y menos en el cuadro de la guerra. Por lo contrario, Zweig debió asistir sin duda y con complacencia, a la sustitución de la preterida prédica pacifista por la adopción de normas efectivas, de sentido común, que han librado a los países con los cuales él simpatizaba, de las trabas y principios que restan en las guerras elasticidad y eficacia. Al solitario andaluz, por su parte, lo entristecía que se hubiesen acabado sobre la tierra el sentido común y el espíritu universal y particular, susceptibles de defender al género humano.



Me he sentido inclinado a trazar este paralelo —a la luz, por otra parte, de lo poco que se sabe acerca de la actitud de Zweig susceptible de aclararse por supuesto a favor de documentos que puedan aparecer— no porque exista semejanza entre los temperamentos de ambos escritores sino porque siendo el autor de *El escultor de su alma* un caso irrefutable de "crisis del espíritu", se comprende mejor a Zweig, cuyo doloroso problema se limita, sin embargo, a una sensación de repugnancia, de presentida derrota —que no se justifica según se vió— en suma, a un "détraquement" al que nos tienen tan acostumbrados las grandes convulsiones sociales o bélicas de esta era.

Por lo demás, son dos valores literarios muy distintos: escritor de muchedumbres, divulgador ameno de la Historia, el austríaco, en nada se parece al doctorado filósofo que escribió *Idearium español*.

Físicamente, no se parecían tampoco. Stephan Zweig —con quien tuve ocasión de conversar largamente en el barco que le condujo a Buenos Aires para asistir al Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs y a quien seguí frecuentando en la misma época siempre en trance periodístico— tenía, cierto es, luz y vivacidad en la mirada, pero nada más. No era un superhombre. Distaba mucho en ese sentido de Ganivet, en quien no debe verse ninguna disminución orgánica propensa a los desfallecimientos en la lucha

por la existencia. Hermoso como un dios, exhibía una magnífica cabeza que le valió se lo señalara como una "antropoide gigantesco." Se ofrecía como un ser sobrenatural y tanto por la prestancia de su porte y la magia de su hablar como por su manso mirar subyugante ejercía en todos un involuntario poder de irresistible seducción. Interesa consignar todo esto, repito, para que no se vea en la eliminación de Ganivet ni en su doliente tránsito, el resultado de ningún complejo físico de inferioridad.

Tuvieron, no obstante, algo de común en el parejo y hondo amor que sintieron por sus patrias —de las que murieron alejados— y por cuyos destinos gustaron las mismas zozobras. No obstante, a Ganivet no le hubiera afligido tanto la dominación extranjera transitoria en España —Austria desmembrada fué el drama de Zweig— como el saber que su país no se elevaría ya más de su postración.

Las crisis del espíritu no se manifiestan sorpresivamente. Son el producto de largos años de tragedia interior, a menudo visibles para los demás. En eso se diferencian, precisamente, de los "détraquements", intempestivos por excelencia. Por eso, Navarro y Ledesma, el mejor amigo de Ganivet, pudo decir: "Nada había ya en él de éscoria humana. No andaba, ni hablaba ni vivía como hombre. En la manera de responder, de fijarse, de marchar en una dirección, en la guisa y forma de reírse y de insinuarse advertíase ya (esto, claro está que lo notamos "a posteriori") una completa disociación de su yo respecto del mundo entero y aún quizás respecto de sus mismas sensaciones. El hombre había desaparecido, pero su alma proseguía lanzando en torno suyo los resplandores más vivos, como esos planetas lejanos cuya luz sigue llegando hasta nosotros y alumbrándonos y haciéndonos exaltar de alegría muchos años después que ellos han muerto."

Zweig —así lo señalaban unánimemente los testimonios de sus más próximos, material o intelectualmente— jamás traicionó su propósito. Es que en él no maduraba ninguna determinación.

Y para adelantarse a la fácil explicación genérica de que hablábamos al principio, el amigo de Ganivet nos previene aludiendo a la tranquilidad con que éste preparó su tránsito definitivo, tranquilidad condensada en un admirable "testamento espiritual." Por eso dice que "solamente un cerebro miope verá súbito desvarío y

no prosecución lógica de una idea que pasa los lindes de lo concebido.”

Tan honda crisis espiritual se había apoderado de Ganimet que hablaba con tranquila firmeza de poder morirse cuando quisiera y por eso se personificó, en su obra sobre el conquistador Pío Cid tomando el nombre de Arimi, “el de la muerte misteriosa.”

La crisis se ahonda en Ganimet. “Cada día —escribe— me va siendo más difícil concretar mis ideas y fijar mi pensamiento sobre un objeto determinado.” Y luego de referirse al misticismo positivo o efectivo de los místicos considerados como tales en los cuales el sujeto se desvanece para exaltarse, descubre que su estado es nuevo para él, una suerte de “misticismo negativo” provocado por la repugnancia espiritual contra la realidad. Lento y consciente proceso que nada tiene que ver con los repentinos deseos de suprimirse.

Ya en sus últimos años tenía el temor de perder las ideas, signo precursor agorero. La abulia lo invade. Le cuesta trabajo ordenar sus ideas, nutrir su inteligencia, escribir con método. Zweig acababa de entregar a la stampa un documentado libro sobre el Brasil.

El aislamiento suele ser gran remedio para las crisis del espíritu. Sobre su infortunado colega, Zweig tenía la ventaja de su holgura material. Ganimet, forzado a la promiscuidad por la pobreza, acariciaba la imposible idea de embarcarse en un “yacht” y navegar solitario días y días. Su sueño hubiese sido poder comprar el de Guy de Maupassant, que en 1893 estaba en venta.

La idea de “los bárbaros sobre el mundo” aterrorizó a Zweig en su tranquilo refugio. Ganimet —que elogiaba el sentido común, pero menospreciaba la metódica sensatez— creía en ellos para salvación del linaje: “Menos mal —escribía— si triunfara el elemento bruto y hubiera degollina y reparto; pero lo peor es que triunfarán los sensatos que lo echarán todo a perder (más que está hoy) lentamente.” Ganimet no tenía miedo. Invoca constantemente un desastre étnico para ver renacer el espíritu de las ruinas de una civilización materialista. Se sentía fuerte para imponer orden y para reconstruir, como que era un incansable fabricante de ideas y hubiera levantado él solo un mundo nuevo sobre los escombros de una era vencida por sí misma. De haberlo sabido inminente, no se hubiera eliminado a buen seguro. El otro, porque lo advirtió vecino, se adelantó al caso, suprimiéndose. Sin embargo, ni uno ni otro

tenían derecho a suponer que la revaluación no se operase o que el desastre fuese inevitable. El mundo del espíritu evolucionó después de Ganimet y la barbarie sobre el mundo no es todavía inminente y quizás Zweig no la hubiera visto. Ambos, no obstante, confiaron en el futuro, en la aurora que no verían y se suprimieron: Zweig por un repentino horror a la noche terrible y Ganimet por una progresiva crisis de melancólica impaciencia.

SERGIO CHIAPPORI.

RAMON SUBIRATS

UN artista de grandes méritos, un artista que supo interpretar los caracteres biológicos de nuestro pueblo con penetración y maestría, acaba de fallecer en Centroamérica. El cable nos ha transmitido inesperadamente la infausta nueva, que por cierto ha producido sentimiento general en los centros artísticos de Buenos Aires.

Ramón Subirats habíase popularizado entre nosotros. Se le estimaba por su talento, por sus cualidades morales, por su espíritu siempre abierto a los imperativos fraternales de la amistad, los cuales constituían un verdadero culto para el artista malogrado. Esta condición del carácter le fué granjeando múltiples simpatías, acrecentadas cada día más y más por el mérito indiscutible de su obra.

Oriundo de Cataluña, llegó a Buenos Aires con la esperanza de abrirse camino entre nosotros. No olvidemos que el camino de los artistas conduce por lo general a la imposición de valores consagratorios, en casos contados al éxito y a la riqueza, en la mayoría de los casos a una situación de bienestar sucinto, ennoblecida ¡eso sí! por el prestigio del nombre, por la continuidad del esfuerzo, por los factores de heroicidad y sacrificio que constituyen su destino.

Refiriéndonos a Subirats, puede decirse que la suerte tuvo para él las ondulaciones y vaivenes de lo inseguro. Fué luchador heroico más atento al desarrollo de sus concepciones artísticas que a la solución —inaplazable por supuesto— de los problemas materiales. Los obstáculos y contratiempos de la vida servían tan solo para fortificarlo. Veía las cosas con aparente indiferencia. Actitud de filósofo, puesto que viviendo para los demás, llegaba en determinados momentos a despreocuparse de sí mismo. Nosotros, que tuvimos la oportunidad de conocerlo íntimamente, hemos alcanzado a comprender con harta frecuencia la diafanidad y pureza de su carácter. En el trato común era equilibrado y expansivo, pero tratándose de

los problemas que pudiesen afectar a sus intereses, al ritmo no muy articulado de su bienestar económico, nuestro artista se manifestaba impenetrable. Sentía, en suma, el orgullo de quienes ponen la dignidad a cubierto de toda idea materialista. En ese sentido puede afirmarse que Subirats había logrado mantenerse sin claudicaciones circunstanciales, exteriorizando siempre una equilibrada proporción en-



RAMÓN SUBIRATS

tre sus actos y sus esperanzas artísticas. No es poco, por cierto, tratándose de un hombre como él, acostumbrado a toda índole de escaramuzas técnicas y a todo linaje de aventuras.

En Barcelona, donde había nacido el año 1891, hizo sus primeros ensayos independientes luego de graduarse con altas clasificaciones en la Escuela de Bellas Artes. Premio de Honor y medalla de plata fueron las recompensas que obtuvo como alumno de la mencionada entidad, logrando también éxitos notables cuando

expuso sus obras juveniles en Madrid y otras capitales importantes de la Península.

Pero su destino estaba en América. Aquí, entre nosotros, tendría que definirse, tendría que madurar su talento en el ejercicio de ejecuciones magistrales. Y un día —hace ya treinta años del acontecimiento— las calles de Buenos Aires conocieron e hicieron suya la silueta de Subirats, con sus anteojos y su chambergo clásico.

La vida cosmopolita de nuestra ciudad parece que no le sedujo de inmediato; en efecto, a los pocos meses de su llegada desapareció de los cenáculos artísticos para trasladarse a las provincias de Cuyo, donde tuvo que practicar, por alternativas de la suerte, diversos oficios manuales. Recordamos haber visto en la “Casa España” de San Juan, unas pinturas murales ejecutadas por el artista en dicha época. Luego en Mendoza, donde vive algún tiempo, cambia los pinceles por el carbón y se dedica con el mayor entusiasmo vocacional a interpretar los caracteres étnicos del criollo y el nativo cuyanos; el huarpe, el cazador de guanacos, el arriero, los pastores andinos, los curanderos y las mujeres de semblante marchito que viven en la campaña de San Luis, constituyen la serie de modelos característicos en quienes Subirats ensaya su doble condición de dibujante y de psicólogo.

Penetrando el carácter étnico de esta humanidad agonizante, es cuando nuestro artista tiene oportunidad de definirse. Ya se ha trazado su camino. Desde esa fecha deambulará por las regiones araucanas, por el centro de Chile, por Tucumán y Catamarca, por el norte argentino, por los litorales bonaerenses. Su mano hábil y su inteligencia incisiva van acumulando en el papel los caracteres biológicos del nativo suramericano, los rasgos y actitudes de un espécimen llamado a desaparecer entre nosotros por imposiciones de la vida continuamente renovada. Nadie como él ha sabido fijar, con sentido de permanencia viva, la idiosincracia del habitante antiguo de nuestras llanuras inmensas; nadie ha sabido dar entre nosotros mayor fuerza de humanidad a los montañeses de Córdoba, a los paisanos de Entre Ríos, a los campesinos de Tucumán, a los coyas que pueblan las serranías de Salta y de Jujuy.

Los dibujos de Subirats se singularizan por la maestría técnica, por la fuerza expresiva, por el carácter, por el sinuoso maquiavelismo de la línea, por la sobriedad constructiva de la expresión, por

el acento, por el formalismo del trazo, por la morbidez y naturalidad del claroscuro. Los dibujos de Subirats constituyen verdaderas obras de arte. Se trata de documentos gráficos, sintéticos, perdurables, donde queda fijada para siempre la psicología de una raza que gradualmente va desapareciendo no obstante sus vínculos inmemoriales en la tierra continental, no obstante sus alianzas indivisibles con el medio geográfico.

El cariño por lo argentino dió a Subirats derechos de ciudadanía. Hombre de nuestro ambiente, aquí obtuvo sus mejores triunfos. Entre nosotros formó su hogar, aquí nacieron sus hijos y aquí se hizo merecedor al prestigio que supo conquistarse sin ayudas extemporáneas. Su obra múltiple se halla diseminada. Vivió por el arte y para el arte. Posaron ante él los artistas, los hombres de ciencia, los políticos, las personalidades sociales. No descansaba nunca. Su colaboración periódica en revistas y diarios contribuyó sin duda a que el nombre de Subirats se popularizase como retratista, género difícil en el que muy pocos logran imponerse.

Conviene advertir que rechazaba, frente al modelo, toda clase de concesiones. Mantúvose fielmente con los demás y consigo mismo. La verdad —decía— no hay que desmejorarla con estilizaciones absurdas. Hay pintores de figurín, pintores que prefieren el artificio a la verdad. Son los aduladores de la forma, los maquiavelistas del arte. Abominemos de sus recursos maliciosos. Hay que pintar con honradez, con toda conciencia, poniendo los mayores escrúpulos en la obra que se está ejecutando.

En realidad, el pintor no debe servir a su modelo, puesto que que al fin de cuentas es el modelo quien sirve de fuente inspiradora. Nuestra experiencia se hace afirmativa cuando prescindimos de las opiniones y sugerencias del modelo, cuyos prejuicios y "caprichos estéticos" se manifiestan por lo general a modo de consigna. Un retrato resulta bueno en la medida de su veracidad, según la relación que existe entre la imagen y el pensamiento que rige su arquitectura orgánica. Conocer la forma es el mejor camino para dominarla. Y un artista, un verdadero artista, debe ser en todo momento celoso de su dignidad, procurando que la obra contenga cualidades para sobrevivir en el tiempo.

Ese ha sido, en resumen, el criterio de nuestro artista, quien actualmente realizaba una larga gira por los países de Centro y

Suramérica. Había estado en Bolivia, en Perú, en el Ecuador y en Venezuela. Ultimamente se encontraba en Colombia con perspectivas de visitar pronto Panamá, las Antillas, México y Estados Unidos.

La muerte lo ha sorprendido trabajando mientras acumulaba materiales para una serie de trabajos artísticos que a su regreso pensaba someter a la crítica bonaerense. Esto quiere decir que la muerte lo ha sorprendido trabajando en su obra, en la misma que ha de servirle, estamos seguros, como pedestal permanente. Nosotros, que éramos sus amigos, lamentamos la desaparición de Subirats como algo que nos toca en lo vivo del sentimiento. Por eso le rendimos en estas páginas el tributo que se merece.

ANONIO PÉREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA.

EL SENTIDO INTEGRAL DE LAS UNIVERSIDADES REGIONALES ⁽¹⁾

DEL LOCALISMO A LA UNIVERSALIDAD

ALFREDO Coviello vino a hablarnos de literatura argentina desde Tucumán, donde su espíritu vive singularmente despierto ante toda expresión intelectual, donde toda manifestación de cultura tiene en él un propulsor infatigable. Vino invitado por la Sociedad Argentina de Escritores, que ya nos había hecho escuchar voces autorizadas que nos hablaron de las más diversas manifestaciones intelectuales —poesía, novela, cuento, teatro y crítica—, en nuestro país. Pero todas eran voces metropolitanas. La suya nos hablaría con otro acento. Y esto tenía para nosotros, que acabábamos de llegar de España, después de largos años de ausencia, ávidos por oír todas las voces de nuestra patria, un especial interés; y más teniendo en cuenta que esta voz llegaba de nuestra tierra natal.

“Yo —dijo Coviello en el comienzo de su conferencia—, como hombre del interior, no puedo tener las mismas imágenes intelectuales que poseen los escritores metropolitanos, que son gran mayoría dentro del país.” He aquí lo que más nos importaba saber y lo que el conferenciante confesaba paladinamente, como para que nadie se llamara a engaño. Confesión de *provincianismo* que no tenía nada de provinciano, porque lo provinciano está en todo lo contrario, en no querer parecerlo, en pasar por porteño en Buenos Aires. Sin que esto sea achaque de los argentinos nada más, si no de todos los provincianos del mundo; y así el francés desearía pasar por parisien en París y el español por madrileño en Madrid. Es una actitud defensiva contra el universal desdén o menosprecio de

(1) ALFREDO COVIELLO: Tucumán, 1941.

la capital hacia la provincia. Por eso, la actitud menos provinciana en la capital, es aquella que afirma su personalidad provinciana; por lo tanto, la que más nos interesa. Ibamos a saber cómo se desenvuelve y cómo reacciona un espíritu cuya verdad es claro signo de su fortaleza, —espíritu de un argentino de tierra adentro—, ante los problemas nacionales.



Del mismo modo que en el principio era el Verbo, en nuestro principio fué la geografía, y sigue siéndolo, porque todavía estamos en el principio. La guerra de la independencia fué tomar posesión, por el criollo, de la tierra que le pertenecía. Tal vez por eso, el hombre que más se distinguió en esa guerra, fué el que estaba más pegado al suelo, la figura más auténticamente argentina, porque vivía en comunión más íntima con la tierra: el gaucho, la imagen que mejor corresponde a nuestro paisaje, como si se tratara de una creación suya.

Después de más de un siglo de independencia, el escritor argentino se encuentra en la necesidad de tomar posesión nuevamente de su tierra, posesión espiritual esta vez, porque ve que su espíritu se le escapa de las manos. Y de ahí nace esa angustia —angustia de deseo insatisfecho o de posesión frustrada— que tan magistralmente se refleja en las páginas de Eduardo Mallea, escritor representativo de esta hora nuestra. Dijérase una venganza de la tierra, que se ha sentido largo tiempo preterida, olvidada; el resultado de un viejo antagonismo entre la capital y las provincias. Ese antagonismo dió pábulo otrora a nuestras guerras civiles, hasta que Buenos Aires impuso al fin su hegemonía política, económica y social; y acreció su importancia de tal modo, que pudo decir orgullosamente: —¡la Argentina soy yo! Y hoy el hombre de la capital, el que busca su realidad humana en la realidad de su patria, se pregunta angustiado: —¿Qué es la Argentina? ¿Dónde está la Argentina?

Con el propósito de responder a estas preguntas que él también se había formulado, Coviello nos traía un *Geografía intelectual de la República Argentina*, elaborada en su lejana provincia, con un conocimiento muy exacto del problema y una clara visión de cómo

debe ser resuelto (1). Aquí están —parecía decirnos— nuestras cinco regiones netamente definidas: el Norte, el Centro, Cuyo, el Litoral y el Sur. Aquí está la Argentina, ésta es la Argentina, donde algunos hombres trabajan ya hace tiempo por dar un contenido espiritual a la región en que viven. Cuando ese contenido espiritual sea lo bastante denso como para formar un ambiente y comunicarse a la naturaleza de las gentes, se habrá hecho visible lo que ahora buscamos tan afanosamente: nuestra argentinidad.

En su Geografía nos traía Coviello el paisaje de cada región, su tradición, su historia. Toda nuestra historia, toda nuestra tradición, que la capital no vé, porque está de espaldas al interior, de espaldas al pasado, como si todo lo esperase del mar. Recordando lo que las provincias significan en nuestro pasado, podremos apreciar mejor lo que suponen para nuestro porvenir. Por eso, al encarecer la importancia de la región de Cuyo, Coviello no se alvida de destacar que la independencia argentina se consolida en Mendoza, y que allí se inicia una epopeya que, rabasando los límites nacionales, daría a nuestra magna empresa libertadora un carácter continental. Es el instante en que culmina el genio de San Martín; cuando advertimos que si le habían nacido alas gigantes a su espíritu fué para cruzar los Andes, dando unidad al destino de América.

Esta alusión de Coviello en su conferencia, se ha ido destacando cada día más a la luz de los acontecimientos, que vienen a confirmar su acierto, y que llaman a todos los países de nuestra América a la unidad continental, poniéndolos de cara a su destino común, que responde a una misma tradición.

Su Geografía intelectual, se completaba con su teoría de las esferas: la provincia frente a la región, las regiones frente a la nación, la nación frente al continente, el continente frente al mundo. Teoría que había de desarrollar plenamente en su libro *El sentido integral de las universidades regionales*, y del cual aquella conferencia era como un anticipo o secuela. Lógicamente, su punto de vista intelectual había de ser también su punto de vista universitario, por ser la Universidad la encargada de dar universalidad

(1) Conferencia pronunciada en "Amigos del Arte" bajo los auspicios de la Sociedad Argentina de Escritores. Grupo Septentrión. Tucumán, 1941.

al espíritu local, y con esta obra esclarece su pensamiento y defiende su tesis.



Pese a su título, tan ceñido a lo concreto de un tema puramente intelectual, *El sentido integral de las universidades regionales* tiene mucho de crónica, en la que la universidad se nos aparece como un ser vivo, razón por la cual este libro tiene un especial interés, incluso para el lector no especializado en la materia de que trata. Es como una aventura, una Odisea de la Universidad, que dura ya poco más o menos el cuarto de siglo que consumió en la suya el prudente Ulises. Si bien esta aventura de la Universidad tucumana no ha terminado aún, el camino recorrido bien vale el relato.

La creación de nuestras universidades, singularmente de ésta cuya historia nos relata Coviello, son obra de esforzados capitanes de la cultura, semejante a los capitanes de la conquista, fundadores de pueblos. Nos lo confirmarán unas palabras del doctor Alberto Rougés que Coviello, muy acertadamente, recoge en su libro: "Humilde y casi ridículo fué el origen de nuestra Universidad, en donde un grupo reducido de personas que Juan B. Terán presidió, declaró fundada la Universidad de Tucumán. Y si Ernesto E. Padilla no hubiera posteriormente incitado a la realización del acto protocolar, que se llevó a cabo con la presencia de Joaquín V. González, ridículo sería el recuerdo de aquel modesto acto para muchos que carecen del concepto cultural, por más que la fe en sus grandes destinos siempre alimentó las esperanzas nuestras de verla algún día amplia y brillante, siendo gran asiento de la cultura en una de las más típicas zonas del país."

La desproporción entre el ambicioso sueño y la precaria realidad, hace que el doctor Rougés califique aquel acto de "humilde y casi ridículo." Esto bastaría para descubrirnos su carácter idealista, porque todo idealismo militante, que tiene en don Quijote su más alto ejemplo, es por naturaleza humilde y está siempre dispuesto a afrontar el ridículo. ¡Gloria, pues, a la humildad, gloria al ridículo!

Un día del año 1565, llegó a aquellas tierras, por el camino del Perú, un grupo de hombres esforzados que capitaneaba D. Diego

de Villarroel; y en un acto que pudiera también parecer 'humilde y casi ridículo' para quien no supiera apreciar su enorme trascendencia, fundaron la ciudad de San Miguel de Tucumán. Al cabo de tres siglos y medio, en la ciudad nacida de aquel acto, que era apenas la expresión de un sueño, convertido en realidad magnífica, otros hombres esforzados fundan la Universidad, casi sin más asiento que su sueño. Y las dos fundaciones se complementan, porque un pueblo no empieza en realidad a existir hasta que no tiene una cultura propia.

Coviello nos cuenta en su libro la vida de la Universidad tucumana como si se tratara de un organismo sensible, que se desarrolla a semejanza de un ser humano, que aspira a imprimir su perfil en el medio en que actúa, en una constante lucha por la existencia, que en este caso es lucha por las ideas. Y su libro nos interesa como crónica de un hecho que atañe fundamentalmente a la vida de nuestra patria.



Acaso el episodio más dramático de esta crónica está en la lucha de la Universidad provinciana por tener categoría de nacional, por alcanzar su sentido integral, que es —en definitiva— la lucha de la capital con la provincia. Lucha a veces desesperada, de la propia personalidad, por no verse disminuída o ahogada por un organismo mucho más poderoso y por demás absorbente. Esto es lo que convierte al libro de Coviello en un formidable alegato por la deescentralización de la cultura, a la cual se llega por "el sentido integral de las universidades regionales"; cosa que, por otra parte, responde ampliamente al espíritu democrático de nuestra Constitución, de nuestras instituciones y de la vida de nuestro pueblo.

Hay gentes para quienes la Argentina es Buenos Aires y nada más que Buenos Aires. En Europa nos hemos encontrado con algunos compatriotas nuestros, entre ellos conspicuos representantes diplomáticos, para quienes todo lo que no fuera una expresión de vida metropolitana, refinada y suntuosa, no existía como argentino. Más aún: presenciemos algún caso en que la exhibición de una película en que se ponían de manifiesto algunos aspectos de la vida un tanto primitiva de nuestros campos, fué considerada como un

acto antipatriótico. Por fortuna este menguado concepto de patria, que supone una actitud excesivamente frívola en la manera de encarar nuestros problemas, está bastante desacreditado, y a ello ha contribuido no poco la terrible gravedad de esta hora. El libro de Alfredo Coviello puede contarse como una de las reacciones más serias que entre nosotros se han producido últimamente contra ese frívolo concepto de la argentinidad.

A través de su sólida argumentación y del análisis de los hechos, realizado con un criterio filosófico, para lo cual está singularmente dotado este escritor, advertimos cuán necesario es para el porvenir de nuestra patria, el que las universidades regionales tengan un sentido integral, que haga posible la conjugación del espíritu de lontananza con el espíritu de la tierra, como dice Coviello con frase que es una bella síntesis de su pensamiento. Sólo de esa conjugación puede nacer una cultura argentina, que haga resaltar la originalidad de nuestro carácter sobre el fondo de todas las corrientes del pensamiento universal.

El extranjero que llega a nuestras costas, responde siempre a una cultura; no es sólo un habitante de este o aquel país, sino que forma parte de una determinada cultura al formar parte de determinado pueblo. Y esto por inculto que el inmigrante sea. Aunque no tenga ninguna instrucción, aunque no sepa leer ni escribir, eso no importa para que sea en cierto modo el producto de una cultura, que es la que a través de años, —de siglos—, ha ido formando el ambiente, los gustos, las aficiones, las costumbres, todo aquello que constituye el estilo de vida que caracteriza a su país de origen. Todo eso se lo deja allí cuando viene a radicarse en nuestro suelo, donde ha de empezar una existencia distinta, una vida nueva. Pero como aquí no se incorpora a una nueva cultura, la consecuencia es que se crea una falsa personalidad, mucho más si se queda en Buenos Aires, que es lo que ocurre con mayor frecuencia, porque nuestra capital todavía es un caos de razas, es decir de culturas, donde lo argentino permanece aún invisible. Las gentes se rozan, pero no se conocen; viven juntas, pero no conviven; hay algo de mecánico en sus relaciones. Falta el aglutinante de una cultura común —la estrella que un día nacerá de ese caos—, y por eso ese aislamiento y esa soledad, a la que indefecti-

blemente aluden todos los que intentan explorar la vida argentina, aunque más exactamente debíamos decir, bonaerense.

Se agrava este problema porque la afluencia de extranjeros a nuestra capital no está compensada, ni mucho menos, con una aportación migratoria de las provincias, que opusiera el espíritu de la tierra a la mezcla de razas de la metrópoli. Las provincias son organismos demasiado débiles, en relación con la capital, y éste sería motivo sobrado para que nuestros gobernantes atendieran preferentemente a todo aquello que pudiera robustecerlos; para que se preocupasen de buscar una armonía entre la población de la capital y la del resto de la República, o bien en compensar esa desarmonía siempre que se presentara ocasión para ello.

Ningún instrumento más eficaz para robustecer el espíritu de la tierra, para sacarlo a la superficie y contribuir así a la formación de una cultura propia, que las universidades regionales, con el sentido integral que les asigna Alfredo Coviello y que nos lleva de lo local a lo universal por el mejor camino, el de las estrellas, como quería Juan B. Terán, que escribió en el frontispicio de su fundación tucumana:

Pedes in terra ad sideras visu.

Símbolo poético que Coviello interpreta de este modo: los pies en la tierra —investigación regional; la mirada en las estrellas—, saber universal. Este camino nos salva de caer en ese provincialismo estrecho, que se encierra en los límites de lo vernacular y autóctono y repudia cuanto pueda venirle de fuera; provincialismo del cual se alimenta todo falso nacionalismo y donde se agazapa el monstruo de la guerra, contemplando al vecino con sus ojos feroces, pronto a saltar sobre él.

Otra de las grandes virtudes que encontramos en esta crónica de la vida de la universidad de Tucumán con que Alfredo Coviello nos ha regalado, es la continuidad en el esfuerzo para llevar adelante esta obra, para que este organismo que es la universidad cobre esplendorosa madurez. Importa mucho, entre nosotros, la actividad creadora, sobre todo cuando se trata de las cosas del espíritu. Para que las semillas de los sueños, nos ofrezcan cosechas de bellas realidades, es necesario fecundarlas con nuestra propia sangre, que es la que mueve nuestro corazón y vigoriza nuestro pensamiento. Esto

es lo que Coviello no olvida en ningún momento, y en su lucha por las ideas, como él mismo califica la lucha por la vida de la Universidad, no le vemos flaquear nunca en la ejecución de los hechos, sin los cuales sería infecunda la semilla de los sueños.

Lenta y ardua es la labor que aun queda por realizar para la formación de una cultura argentina, pero sobremanaera loable, porque ella dará al fin el fruto apetecido, el fruto madurado al sol de nuestra bandera, con su sabor propio. Ese día el problema de nuestra argentinidad se nos aparecerá diafanamente resuelto, porque una cultura propia significa un estilo propio de vida, que se irá formando a medida que las universidades regionales vayan sacando a la luz las modalidades propias de cada provincia, para fundirlas en el crisol de la vida nacional, como en una aleación de diversos metales, de la que saldrá el metal del porvenir, en el que se grabará el perfil de nuestra fisonomía, que hoy se nos ofrece tan desdibujado. Entonces no habrá que esforzarse mucho, como ocurre actualmente, en la busca de lo auténticamente argentino, porque ésto se impondrá a nuestros ojos de un modo natural y espontáneo, como todo lo que realmente existe.

VALENTÍN DE PEDRO.

AUTORES Y LIBROS

RIVADAVIA VISTO POR UN ESPAÑOL (*)

“**R**EFUGIADO yo en la Argentina y con el propósito de vivir y morir en ella, me parece que tengo el deber de interesarme por sus instituciones, por su Historia y por sus hombres...” —declara el ilustre ex-embajador de España en Buenos Aires, ciudad donde se ha radicado. Pero D. Angel Ossorio, político democrático de temple férreo, no se ha confinado —no hablemos ya del destierro sino de su nueva patria— en su habitación de estudio, amargado y desengañado como tantos proscriptos, por ejemplo Rivadavia. Desde la caída de la Segunda República se ha mantenido como antes en contacto con el pueblo, al cual trasmite en artículos y conferencias sus juicios y sus esperanzas. Orador disertado y eficaz, para quien la tribuna o la mesa del conferenciante son la prolongación de la conversación entre amigos, sabrosamente salpimentada de anécdotas, la exposición oral es su medio natural de expresión.

Cuatro conferencias forman este estudio sobre Rivadavia. El autor nos avisa insistentemente que su libro es de mera divulgación y que todo está tomado de libros que otros escribieron. No ha hecho ningún trabajo propio de investigación. Trabaja sobre la bibliografía existente, que conoce bien, para acercar a Rivadavia a quienes lo conocen mal, en estos tiempos de desvíos injustos y resurrecciones condenables. Habla sobre todo para los españoles; su Rivadavia está visto por un español.

Que no hay en el libro resultados inéditos de investigaciones de archivo, es cierto; pero los más eminentes historiadores rara vez han

(*) RIVADAVIA VISTO POR UN ESPAÑOL, por *Angel Ossorio*. Librería y Editorial Ruiz. Rosario, 1941.

sido archiveros y rebuscadores de papeles viejos. Otros, de menor estatura, han trabajado para ellos. El caso de Mitre, acarreador de los materiales, arquitecto y albañil, es una expresión ejemplar de una creación histórica poco menos que sacada *ex-nihilo*. Menos aún trabajan sobre las fuentes los muy difundidos autores contemporáneos de biografías noveladas.

Con ser la información del libro, de segunda o tercera mano, no pierde éste su valor de interpretación personal del hecho rivadaviano, expuesta por un hombre de larga experiencia política, juicio maduro e inteligencia perspicaz. Animada además por un sentimiento, por una pasión, que la liga a los acontecimientos contemporáneos, a la cruenta lucha entre la libertad y la reacción conservadora, que hemos presenciado bajo nuevas formas en la última guerra de España. Las alusiones o referencias directas a los acontecimientos recientes abundan en el libro. "No quiero ocultar —concluye su historia de la reforma militar de 1822, comparada con la de la República Española— que esta similitud de la obra de Rivadavia con la de Azaña, es uno de los puntos que más han motivado mi simpatía a favor de aquél".

Sería inútil seguir al autor en los pasos de la narración de la vida y la obra política y administrativa de Rivadavia. El libro las exalta, a mi parecer con justicia y casi siempre con persuasivas razones. Es una explicación de la acción pública del ilustre estadista, una justificación de sus actos y a veces una defensa. Destaco en el relato en primer término la intervención de la masonería y la Logia Lautaro en el alzamiento militar del 8 de octubre de 1812, la caída del primer triunvirato y el consiguiente antagonismo, que el tiempo no borró, entre el logista San Martín y el autoritario Rivadavia, anti-masón decidido, según las fuentes consultadas por Ossorio, contra una opinión muy corriente, difundida errónea y malévolamente por el clero. El juicio de Ossorio sobre aquellos acontecimientos, después de reseñar los infortunados sucesos que desembocaron por fin en el gobierno de orden de Martín Rodríguez y su ministro Rivadavia, no puede ser más severo. "He ahí el éxito maravilloso —dice— de la revolución militar del 8 de octubre. Ocho años de anarquía, de ruina y de vergüenza, para acabar volviendo a llamar al mismo gobernante a quien se expulsó por la fuerza ilegítima de unos coroneles sublevados al servicio de la logia masónica".

Lo que hace más útil este pequeño libro, y más simpático, es la franqueza con que el autor trata en él de hombres y hechos, sin sentirse cohibido por su condición de español. Hombre franco, si bien circunspecto y sereno en la expresión, don Angel Ossorio no se calla su verdad, así pueda ella herir sentimientos muy vivos tradicionales o rozar el pedestal de las deshumanizadas estatuas levantadas por la mitología patriótica. Los hombres son hombres, por muy grandes que sean, él lo sabe por dura experiencia, y no es faltarles el respeto a los mayores exponer con honradez sus errores documentados o posibles.

¿Es monárquico Rivadavia? se pregunta el autor, al historiar su gestión diplomática en Europa. A los que lo dijeron monárquico y a los que como Correa Luna y Mario Belgrano sustentan la opinión de que el monarquismo rivadaviano fué fingido y dictado por las circunstancias y la necesidad, opone Ossorio esta tesis: "Era, efectivamente, un republicano ardiente y sincero; y sin embargo, no fingió buscar un Rey sino que le buscó efectivamente. Muy contra su gusto, pero le buscó". Todos se mostraban persuadidos de que un rey era inevitable para salvar el orden y la independencia: Belgrano, San Martín, Sarratea, Pueyrredón, los congresistas del 17 y del 19, cada uno con sus propios planes y sus ilusiones. "Y si así pensaban los gobernantes, los congresistas, todas las personas responsables, ¿qué le extraño tiene que Rivadavia trabajara en favor de esa misma solución aunque contrariase sus particulares convencimientos?". Según el autor, aquél era el político tipo que a todas horas ha de pasar por el drama de querer una cosa y hacer la opuesta, como mal menor. Aquí Ossorio no aprueba: explica y justifica. La solución republicana, considerada años más tarde por Rivadavia ya en el lesterro, como la más acertada, la dió el pueblo. Ossorio está con él.

La conferencia cuarta y última, donde se reseña rápidamente la presidencia del estadista y examinan y juzgan la constitución del 26 y la ley de enfiteusis, presenta particular interés por recapitular los juicios del autor sobre el pensamiento político de Rivadavia y su posición frente a los enemigos, entre quienes, como es notorio, se contó, enconado, San Martín. Entre ambos, el autor está con Rivadavia. A San Martín, ante cuya elevación moral se inclina, lo juzga en este caso, apasionado, injusto, esclavo de la obsesión partidista. El problema de este antagonismo es embrollado, pues se plantea sobre

datos contradictorios. Documentos recientes publicados por Ricardo Levene y Ricardo Piccirilli prueban que la oposición y disidencia no fueron irreductibles y continuas, y que entre ambos próceres mediaron relaciones tales como para sostener sobre ellas con fundamento que algunas veces supieron comprenderse y estimarse. Cree Ossorio que la excitación envenenada de San Martín contra Rivadavia, en que no hubo reciprocidad, nació acaso de las pasiones logistas contra el gobernante autoritario y antimasón; pero el punto, analizado cuidadosamente por él con el aporte de documentos verídicos y anécdotas más o menos verosímiles, queda oscuro a su juicio "e invita a los historiadores a depurarlo".

Respecto al que le merece el gobernante, cimentado sobre los hechos referidos en las cientosesenta y seis páginas del libro, inspiradas siempre en la admiración y la simpatía, puede resumirse en estos términos: Rivadavia no fué un mero precursor, soñador, desconocedor de la realidad y de los hombres, enamorado de lo imposible, etc., como lo presentan sus propios panegiristas, sino un constructor, un hombre de realidades y de sentido práctico, que proyectó cuanto era factible. No fué culpa suya la barbarie de sus adversarios. Su pensamiento en definitiva es el que viene prevaleciendo. Si bien autoritario, fué liberalísimo; y aquí otra tesis del autor, fundada como las demás suyas, en la historia y su experiencia: "El buen liberal tiene que ser autoritario porque la libertad sólo se defiende y se conserva por el ministerio de la ley. Allí donde la libertad no está garantizada por un Poder legítimo y firme, fatalmente sobreviene la dictadura o la demagogia". No era, pues, abstracto su liberalismo, como se ha dicho, sino asentado sobre una fe firmísima y defendido por la autoridad.

En esta hora calamitosa del mundo, cuando uno está de vuelta de tantas ilusiones y errores, sin haber perdido la fe en los derechos inalienables de las personas y los pueblos sobre cualquier otra forma teórica de gobierno y organización social, ante la lección de los hechos no puede menos que adherir a doctrina tan sabia con la que se ganan o se pierden las guerras por la libertad y el porvenir de la civilización.

ROBERTO F. GIUSTI.

RETRATOS CONTEMPORANEOS (*)

CREO sinceramente que en estos *Retratos contemporáneos* de Ramón Gómez de la Serna hay muchas páginas hondas y hermosas, difíciles de olvidar. Yo no sabría precisar de manera cabal si es éste un libro de retratos o biografías o memorias. Me agrada creer que es un libro de magníficas confesiones. Y ya sabemos bien que sólo sobreviven y conservan su gracia y frescura las pocas páginas en que los escritores pusieron un poco de su corazón en la punta de su pluma. Si tal ha acontecido a escritores buenos, no singulares, ¿cómo no creer entonces en una feliz, vivísima perduración de este libro de Ramón Gómez de la Serna, el genial Ramón, si presta una vida y belleza originales a las páginas que su buen ingenio toca?

Confieso una antigua, constante atención por la obra de de la Serna. Niño aún, adiviné en él al escritor de raza. Indudablemente, en su copiosa producción hay algunas cosas que pueden reñirse con nuestros gustos y preferencias; pero nunca, ni aun cuando no nos gusta, podemos negarle su amplio, robusto, ágil talento.

Sabe, como muy pocos, jugar con las ideas y el idioma. Unas y otro se dan en él con caudalosa, rica, rara y armónica unidad. ¿Que a veces y obligado quién sabe por cuáles circunstancias es un tanto ligero y desceñido? Nadie lo discute; pero cuando se lo propone dice las cosas tal como íntimamente pensamos que nos gustaría decirlas. Evidentemente tiene el don de dotar a las palabras de una extraña, peregrina belleza. Sabe ser brillante y sabe ser humano. Dsde luego, es necesario leerlo con una natural, amorosa curiosidad. Y siempre me ha gustado buscar en los escritores las angustias, las alegrías y los dolores que inquietan y perturban mi propia alma. Me agrada hallar en ellos todas las emociones y todos los problemas corrientes y verdaderos, por lo tanto hondos y simples, que se agitan en el corazón del hombre. Sólo así llego a confundirme con ellos, a comprenderlos, a sentirme unido por un estrecho y dulce parentesco, parentesco nacido de lo único que acaso une a los hombres, la espontánea, cordial y amplia simpatía.

Y ese interés, íntimo, recóndito, por todo lo concerniente a lo

(*) RETRATOS CONTEMPORÁNEOS, por Ramón Gómez de la Serna. Ed. Sudamericana, Bs. As., 1941.

humano siempre lo encuentro en Gómez de la Serna. Aun cuando aparece más luciente, artificioso y vano.

Detrás del juego caprichoso y brillante de sus palabras, detrás de su sonrisa socarrona, detrás de su fina castiza ironía de pura raíz española, detrás de esos saltos en que parece lanzarse al vacío sostenido por el hilo luminoso y hueco de la frase, detrás de los medallones con los cuales aparentemente no conmemora nada y que pareciera que Ramón Gómez de la Serna los acuña tan sólo para darse a la voluptuosidad de gastar el oro del idioma magnífico; muy detrás de todo esto yo entreveo su corazón de grande escritor dolorido, sufriendo por cuanto cosa injusta lo rodea, por la mezquina pequeñez ajena, por el sufrir de los demás, por la intolerancia, por la incomprensión. Entonces, en un piadoso desdén, es cuando comienza a oficiar la límpida brujería dorada de las palabras. Entonces, acaso necesita distraerse, y juega con las ideas y el vocablo, con el lector, con la perplejidad, con la tristeza de su propio, angustiado corazón.

En esos instantes —muchos han creído ver como una risa literaria del autor— yo siento en mí mismo un terrible, contenido sollozo. Por eso, su humorismo digno y grave, está siempre impregnado de una vaga y lejana melancolía. Si sonreímos es de admiración por la rápida espontaneidad caudalosa de su ingenio. No acentúa nunca lo ridículo; su espíritu se acongoja ante el espectáculo ingrato y triste. No es el suyo el humorismo a la moda que se enciende ante lo chocarrero, vulgar y externo, el corriente mal entendido humorismo jocoso y grotesco, no; el de Ramón Gómez de la Serna no es el que nace de determinadas actitudes, es el otro, el traducido en tales o cuales gestos velocísimos reveladores de un fuerte proceso psíquico. El suyo es el humorismo que encierra y compendia siempre un sentimiento doloroso. Por eso se esmera en crear dentro de la frase de sabia y elegante construcción una metáfora iluminada y rotunda, una pintura moderna tocada de hondo realismo, colorida, hermosa, cabal...

Es la expresión vigilante y amable de un alma llena de sentimientos delicados. Por eso es suave y piadoso, por eso está impregnado de la nobleza que nace de una grande, infinita comprensión.

¿Se deberá acaso a eso que de todos sus libros sea gratísimo a mi espíritu éste de sus retratos contemporáneos?

Encuentro en él mucho de lo que falta en esta venturosa hora de orgía libreril que suave y dulcemente nos embriaga.

Más allá de lo que intenta ocultar el brillo literario veo asomar lo humano del hombre con todas sus virtudes imperfectas; con sus enormes ensueños y sus realizaciones hermosas y pequeñas. Lo grande estrechamente unido a lo menguado.

Veo pasar delante de mí a Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán. Asperos y amables los veo en su natural cotidiano vivir. Pasan sencillos y simples, con todos sus defectos, todas sus debilidades y toda su fuerza. Yo pienso para mí que ganan con eso. Nada del hombre me interesa tanto como el hombre mismo. Me deleitan los regalos del buen ingenio, pero siento una invencible, casi infantil curiosidad por enterarme del vivir y morir de los hombres de talento. Y Ramón Gómez de la Serna cuenta las cosas como a mí me gusta oír las. Lo dice todo porque todo sabe decirlo. Pone en ello sinceridad y belleza. Nos muestra el espíritu y el corazón de los hombres. Lean nuestros poetas jóvenes el capítulo dedicado a Juan Ramón Jiménez. Es una austera lección de poesía, de amor, y de humildad.

Ciertamente, estas vidas tendrían sólo un valor relativo, el anecdótico —precioso para el crítico de mañana— si les faltase el ambiente donde trabajaron y residieron. Afortunadamente abundan los detalles pequeños, rápidos y concisos que con animado colorido reviven la época y el país. A mi gusto personal plácele encontrar, flotando en esta o aquella página, el espíritu español del lírico y dorado comienzo de siglo. Y siempre la infinita grandeza espiritual de la España legendaria y eterna. Esa España enorme y sutilísima tan incomprendida cuanto ignaramente calumniada.

OSCAR BIETTI.

UN LANCERO DE FACUNDO (*)

INDUDABLEMENTE ha sido una idea de feliz realización este libro de César Carrizo. Narra en él, de romancesca manera, la vida azarosa del riojano Felipe Santiago Peralta, lancero de Facundo. No lleva esa narración —como se ha dado en decir por allí— el pro-

(*) UN LANCERO DE FACUNDO, por César Carrizo. Eds. Macagno, Carrasco y Landa, Bs. As., 1941.

pósito de ennoblecer la figura del caudillo, si no falto de talento, codicioso, egoísta, insolente, impetuoso y bárbaro. Muy otras fueron, afortunadamente, las intenciones del autor. Hombre del interior, montañés, se dan en él con fuerza singular la recidumbre y la pujanza fresca y lozana del medio que lo vió nacer. Por eso su estilo vigoroso se halla florecido de imágenes sencillas y olorosas, poseedoras del candoroso encanto que encierran las cosas jóvenes.

Patriota en la acepción amplia y sana, su entusiasmo se enciende fácilmente al contacto de los hombres y hechos históricos de su tierra. Es verdad que a veces su imaginación corre más de lo deseado por sus convicciones e ideas, pero aun cuando se deja llevar por ella es justo y veraz. Condena cuanto es condenable: la dictadura, la crueldad, la felonía; y exalta, muchas veces no sin razón, la valentía llevada hasta el sacrificio, la nobleza y el desinterés de algunas de aquellas almas simples y primitivas. Bien sabe nuestro autor que la mayoría de ellas, si hidalgas y sinceras, carecía de definidos propósitos constructivos y de claras ideas propias. Si se dieron a combatir en aquellos días inciertos del terror —en cierto modo tan parecidos a estos nuestros— fué porque eran arrastradas por la fuerza trágica e imperativa de los vientos de la época. Era preciso ser ostensiblemente unitario o federal. Estar con uno u otro bando. Entonces, también como ahora, *neutralidad* era un vocablo sin verdadero sentido real.

César Carrizo, espíritu noble y puro, quiso poner de relieve el esfuerzo —las más de las veces aciago— de tanto espíritu sincero que lo dió todo sin esperar nada. Su alma generosa de grande niño bueno se conduce porque tales espíritus, anunciadores del nacimiento de una raza robusta, queden definitivamente olvidados en el anónimo, perdidos sus nombres entre la polvareda levantada de los campos por las caballadas de las últimas batallas.

Por eso se ha valido de uno de ellos, el capitán Santiago Felipe Peralta, para construir un símbolo.

Quiere el destino que halle en San Juan, en casa de los descendientes del lancero, un manuscrito de éste. Algunas de cuyas páginas recogidas en este volumen constituyen, en verdad, una crónica de la época, con observaciones y juicios personales no exentos de severidad y cierto equilibrio espiritual sobre los acontecimientos de aquellos días preorgánicos.

Da también con una lanza de cabo de ébano, con la moharra cubierta de orín, y unas finas espuelas de bronce con recamadas rodajas de plata, y adherida a la cadenilla de ajuste, una pequeña lámina de acero, con la inscripción: "Recuerdo del general Alvear en la guerra del Brasil", y más abajo: "Ituzaingó, San Roque, La Tablada, Oncativo, La Ciudadela, Campaña del Desierto, Angaco, La Cordillera".

¿Qué más podía pretender la imaginación cálida e inquieta de mi autor?

En sus manos tenía un poco de algo genuino que le hablaba de la patria gloriosa. Su presencia mágica reanimaba los lejanos tiempos infortunados. Ahora se le ofrecían los preciosos papeles amarillentos y resecos, cuajados de fechas, nombres y lugares. Y la lanza y las espuelas, más preciosas aun, por cuanto podían sugerir a la fantasía en su silenciosa inanimidad.

Tal fué el origen de este libro histórico y romancesco. Después, fué precisa, por supuesto, la búsqueda paciente en libros y cartas inéditas "el romancero aun no captado por los compiladores, y que llevan y traen los vientos de las llanuras del interior".

No hablaré del estilo de César Carrizo, pues todos lo conocemos. A su prosa clara, vigorosa y hondamente emotiva, yo le encuentro un notable parecido con nuestros hombres de tierra adentro, recios, sanos, de una fuerza dulce y de un candor y pureza conmovedores.

Es indudable que tal estilo conviene y se ajusta perfectamente a los relatos de ese género. Ofrece toda la amenidad del cuento y la novela sin menoscabo de la realidad histórica. El hombre de la calle lo lee sin fatiga y con agrado. Lo entretiene y lo instruye. Mientras viaja por las páginas henchidas de imaginación creadora, la verdad, al aflorar de la anécdota, inconcientemente se graba en la mente del lector.

En una palabra, es una buena lección de historia. Bella y dolorosa. Hace que admiremos el corazón valiente de aquellos hombres, y sufrir al ver cómo se exterminan en una larga y triste lucha fratricida ni útil ni constructiva.

Rosas, Facundo, ¿tienen algún pensamiento digno, alto, para la organización del país? A lo largo de las cruentas luchas civiles ¿los alentó alguna vez un noble y verdadero esfuerzo constructivo? ¿Puede existir algún hombre de inteligencia mediana y recto

corazón que no acuse a esas figuras de nefastas, crueles, prepotentes y bárbaras?

A través de la poética y vivísima narración del bravo lancero de Facundo ¡cómo se acongoja el ánimo del lector!

Un impulso espontáneo me lleva otra vez a hojear los volúmenes de nuestra historia. Facundo, Facundo, en tus declaraciones, en tus cartas, en tus anécdotas, cuán patente surge tu débil y triste pequeñez. Qué humanidad endeble la tuya. Personalista, sanguinario, feroz, embustero, declamador tan vano como pobre.

Tal, también, la impresión que deja este buen libro de César Carrizo. Por eso dije que es una buena lección de historia. Buena, por la dolorosa realidad de su contenido, y bella por la apropiada y digna forma que la encierra.

OSCAR BIETTI.

LAS QUE LLEGARON DESPUÉS. Novela, por *Paulina Medeiros*. Editorial Claridad. Montevideo, 1941.

SI cada época aporta su materia viva al arte, no puede extrañarnos constatar que asistimos al renacimiento de la novela social. La postguerra nos ha llevado al encuentro espiritual del hombre, sofocado por un exagerado orgullo de positivismo científico. La actual hecatombe del mundo nos enseña que el escritor no puede ni debe ser tráfuga, sino testigo y actor de sus días. Pocos tiempos más amargos que el nuestro, y ninguno con más esperanzada sed de justicia. Comprobamos de pronto que muchas torres de marfil se derrumban, que muchos egotismos parecen ridículos. Empieza a repugnar todo arte sensualmente formal, extra-humano, y molesta un poco las narices la orquídea envenenada y opulenta de D'Annunzio.

Paulina Medeiros ha escrito una novela social. *Las que llegaron después*, sin embargo, no roza sino por excepción el límite donde el arte se desvía en propaganda. Su problema central —el que da nombre al libro— es el de las mujeres, eternas postergadas. Envueltas en un mecanismo que las ahoga y tritura, ven morir sus sueños en un mundo de convencionalismos blandos, zurcido de hipocresías y cristalizado de mentiras toleradas. Cerrados sus horizontes por un cerco de púas y trabadas por innúmeras ataduras, ninguna oportunidad tienen de construir su vida de acuerdo a una noble arquitectura

interior y, en el más benigno de los casos, deben resignarse a languidecer en una apacible y acomodaticia vida matrimonial. Todo conato de independencia será mirado con sospecha. Todo despunte de personalidad ha de sufrir las banderillas hirientes de la maledicencia. El hombre ha organizado el mundo en su beneficio, y lo usufructúa con egoísmo desde tiempos inmemoriales. Nada que exceda el margen estrecho de una ama de llaves está reservado en la tierra a la mujer. Lo mejor de su espíritu, lo más íntimo, sus problemas, sus inquietudes, rozan apenas la epidermis del hombre, incapaz de llegar a las puras esferas de la ternura femenina, solicitado torpemente por la euforia animal de la sangre, por oscuros y primitivos apetitos.

Tal cosa piensa Paulina Medeiros, y lo dice por boca de uno de sus personajes: Leila habla en nombre de todas las mujeres. Prefiere su áspera soledad al torpe conformismo de los "matrimonios de conveniencia". ¿Para qué? —afirma—. "Para quedar sola, como muchas mujeres, con la ternura inasequible de nuestro pequeño corazón, baladí, incomprensible, del que se burlan muchos hombres, revolver al cinto, manos más que callosas, encanalladas". Habla pues, "por el hombre que aún hoy nos impone —dice— una moral y una sociedad absurdas, y que llega como amo y señor, pisando fuerte, a ensuciarnos el cuerpo y deprimirnos el espíritu". Ni siquiera se sospecha su tremendo desamparo, la mínima y repetida tragedia de los diarios renunciamentos, el proceso cotidiano en que se endurecen y marchitan los designios más nobles, ahogados por un espeso barniz de progresivo aburguesamiento. Deben continuar fatalmente solas. Leila —un fuerte carácter de mujer— lo grita, más que lo dice: "Solas en la hermosa jaula donde se nos aprisiona para el canto. Solas con nuestra inabordable ternura que sólo parecen comprender los niños cuando pequeños hasta que son mayores y se van. Y de nuevo las mujeres quedamos acariciando en nuestro regazo a un pequeño dormido'.



La tesis sustentada por la autora de esta novela, es dolorosamente verdadera, pero resulta peligroso generalizar su enunciado. Iguales o parecidos desencuentron deben sufrir muchos hombres al lado de mujeres que espiritualmente los ignoran. Hay quienes se sienten cómodas en una chata y casera intrascendencia. Sobrellevan

casi diríamos con alegría el papel de "las que llegaron después". Por cierto que no está escrito para ellas este libro. Su prototipo se encarna tristemente en esa Olga de la novela, cuya coquetería juvenil naufraga a lo largo de los años para convertirse en una figura "lenta, marmota, deslizándose sofocada y con trabajo, sobre dos patitas ro-cocó", "algo fofo que se agita con torpeza". No se plantea, sin embargo, el problema de manera tan elemental, ni se reduce al simple y esporádico aspecto del matrimonio. Sus proyecciones alcanzan planos menos egoistas. Entre una vida sacrificada al correr de días desteñidos en amontonada estupidez, y la conquista de una orgullosa, porfiada soledad, la autora de este libro propugna con valentía lo último. Piensa quizás, como Leila, que muchas veces "el más fuerte es el que está más solo".



El escenario en que se mueven los personajes de esta novela de filiación "zoliana", es un sórdido hotel porteño de la calle Cerrito. Mundo abigarrado, que la autora capta con agrias tintas de agua-fuerte. Leila Nogara, la traductora, domina y seduce por su segura feminidad y resulta de hecho la heroína del libro. Paulina Medeiros traza sobria y hondamente su retrato moral y físico: "Se pinta escasamente los labios. Su piel suave, de tinte mate, cambia fácilmente de color según las emociones. Pero lo que atrae en la muchacha es una expresión que la ennoblece desde dentro; de ausencia a ratos; y a veces, ardiente y exigente. No reside en el mentón, más bien curvo que agudo; ni en la tez, ni en el pliegue del labio inferior, que se abre desaprensivo a ratos, con aniñado temblor. Ni tampoco en el contraste de los ojos verdes con las negras pestañas o el oscuro cabello en discordia".

"El más sagaz observador no podría captar el origen de esa atracción sutil y si se abandonara al análisis para entregarse embelesado a la contemplación de la joven, bien pudiera suceder que los ojos verdes se descargasen sobre él imprevistamente, escudriñándole con desconcertante audacia".

En mayor o menor escala, casi todos los destinos de los seres de este libro, son dramáticos. Rebeca, la dulce judía de "El libro barato", se arroja desde una terraza al pavimento. Su personalidad derrama en el libro un bálsamo de ternura que neutraliza al-

gunas páginas de realismo sin piedad. Hubiéramos querido ver multiplicados esos toques. Paulina Medeiros emociona entonces con simplísimos recursos, sin engolar la voz ni hacer "teatro". Véase, si no, el escueto diálogo en que, ante un niño, Rebeca siente despertar lo que los psicólogos llamarían ahora su "maternalidad":

"El niño la atrae. Vivaracho, gordinflón, agitando entre risas las manos gordezuelas y dando violentos botes. Un potrillo. Se sorbe un dedo y luego, mientras observa a Rebeca, se deforma la boca haciéndola cargar con toda la mano, sembrada de hoyitos como estrellas. Conoce a la judía y le sonríe. La madre, charla que te charla.

—"¿Ha visto?... Está echando los dientes.

Rebeca contempla extática al niño y sin atender a la madre, le ruega:

—¿Me lo deja? Un ratito...

La madre continúa conversando. Rebeca le devuelve el niño con los ojos bajos".

Se suicida, luego de acariciar al niño. También llegan a triste fin Anita, "la muchacha de la vida", quien enloquece luego de quitar la vida a la cínica Castalia, y la señora Blanchard, propietaria de la fábrica y del barrio Blanchard, que encubre con beaterías los designios de un corazón estrecho.

Hay en la paleta de Paulina Medeiros colores para la novela de grandes frescos. Los hilos de la trama, que maneja con habilidad, no accionan muñecos desvaídos, de belleza convencional y artística, sino doloridos hombres y mujeres de carne y hueso, que se asoman al libro con realidad y pasión. Así Daniel, Leila, Marta, Rebeca. Así ese reconocible doctor Cordero, organizador de una inubicable y sospechosa empresa mutualista. Todos hablan sin énfasis y la luz que sobre ellos descende no es artificial, sino verdadera hasta lo cruel. El lenguaje, sin embargo, pudo ser podado de ciertos giros demasiado fotográficos. Sin caer en la noñería, ni desnaturalizar lo documental, se hubieran obtenido de este modo apreciables matices poéticos, que contribuirían a ahondar espiritualmente a los personajes, deslizados a veces a lo largo de un diálogo sin intimismo.



Paulina Medeiros, es, sin duda, una escritora. La cortante seguridad de su prosa, el severo ahorro de palabras, el estilo anguloso

—diríamos varonil— permiten, además, suponer en la novelista de *Las que llegaron después*, la presencia de una excelente comediógrafa. Nos parece que su novela hubiera ganado en densidad y arquitectura con la supresión de algunos personajes parásitos de la trama. En cuanto al estilo, alegrémonos de no encontrarnos con las delicuescencias de novelista rosa a que fatalmente arriban —triste comprobación— las que con escasa responsabilidad y sin ninguna vocación invaden el peligroso territorio de la novela. Paulina Medeiros puede felicitarse de no pertenecer a esa fauna. Su libro trasciende una urgente, impostergable necesidad de tolerancia, de comprensión, de justicia. Su bisturí se hunde hondamente y deja al descubierto cosas amargas, pero que existen. Se anotará, sí, tal o cual objeción de estilo; algún lunar, un “ex-abrupto” demasiado brutal. Pero por su libro circula la vida. Todo lo demás, es literatura...

LEÓN BENARÓS.



DICCIONARIO DE FILOSOFÍA, por José Ferrater Mora. Editorial Atlántida. México, 1941.

LA aparición de un diccionario de filosofía es, sin más, un hecho de interés, en cualquier idioma. En lengua española, los muy pocos y malos diccionarios y vocabularios filosóficos confieren al hecho la magnitud de un importante acontecimiento. Por ello nos acercamos al *Diccionario de Filosofía* de J. Ferrater Mora con la curiosidad y la esperanza incierta de quien se aproxima a algo que ocurre rara vez sin haber ocurrido nunca bien. Ansiábamos, sí, un diccionario de filosofía; pero no nos hacíamos muchas ilusiones. La tarea es enorme. Más que el esfuerzo de una persona parece necesitarse el trabajo de un grupo de homogéneos y disciplinados colaboradores. Debe haber, además —se nos ocurría— una cabeza rectora y talentosa, si el diccionario ha de ser algo más que acopio de fichas— aunque un diccionario completo de citas y extractos según temas no sea una herramienta despreciable para el estudioso.

De todas suertes el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora es un buen diccionario. En primer lugar, de acuerdo con el carácter de la obra, es un libro humanamente completo. Es decir, no se ha omitido o descuidado, al parecer, ningún vocablo importante. Por otra parte, encontramos una apreciable cantidad de temas filosóficos de reciente presentación, tratados con una clara síntesis que presupone información abundante y elaboración nacida de la meditación personal. Quizá éste sea el mérito mayor del *Diccionario*: presentar los temas desde el punto de vista más reciente de la filosofía, sin olvidar una breve mención de las interpre-

taciones clásicas. En este sentido se diferencia el *Diccionario* de Ferrater de obras análogas de tipo exclusivamente histórico —como el de Eisler— y de los puramente (y no rara vez arbitrariamente) sistemáticos, como el de Lalande. Las presentaciones de Ferrater no consultan a toda la historia de la filosofía; pero tampoco son el producto de una discusión de varios puntos de vista personales. Los artículos de este *Diccionario de Filosofía* obedecen al estado general de la filosofía en la primera mitad del siglo XX, especialmente de las últimas corrientes de la filosofía alemana (fenomenología, metafísica existencial) y del pensamiento de Ortega y Gasset. Esta es sin duda la razón y el criterio que ha determinado la diferente extensión concedida a los filósofos: Ortega y los alemanes contemporáneos son los particularmente agraciados. En Ortega, Ferrater se detiene tanto como en Descartes, y en Heidegger tanto como en Spinoza. Se comprende, asimismo, la inclusión de nombres de filósofos o profesores de filosofía españoles y latinoamericanos que, aunque en algunos casos no poseen una elaboración acabada de sus ideas, su esfuerzo los coloca a la vanguardia del movimiento filosófico en estas comarcas.

Si hemos de hacer algún reparo al *Diccionario* de Ferrater es el de no haber recordado algunas figuras de importancia en el pensamiento inglés contemporáneo, como Whitehead y Collingwood, para citar sólo dos ejemplos. Este parcial olvido se nota también en las bibliografías, donde, en cambio, aparece una útil selección de monografías y estudios alemanes recientes.

Después de haber visto el *Diccionario de Filosofía* de Ferrater Mora se nos ocurre que cualquier intento hispano-americano de hacer un diccionario filosófico debe tener en cuenta el serio esfuerzo y la feliz realización de Ferrater. En vez de hacer *otro*, dentro de esta obra objetiva es posible colaborar con datos y sugerencias. Ferrater ha realizado la obra básica que puede completarse en detalles y que debe ser mantenida al día en las sucesivas y periódicas ediciones que auguramos a esta valiosa obra. El autor reconoce inteligentemente el carácter de su trabajo y nos invita a colaborar con él, cuando dice en su prólogo que “acogerá con gusto cuantas indicaciones se le hagan respecto a las incorrecciones, olvidos o inclusiones indebidas, con tal que, como decía Leibniz, el amor a la verdad brille en ellas más bien que la pasión por opiniones ya formadas”.

JUAN ADOLFO VÁZQUEZ.



EL BANCO DE LA NACIÓN ARGENTINA EN SU CINCUENTENARIO. MDCCCXCI-MCMXLI.

CON un magnífico volumen de cerca de quinientas páginas, impreso a todo costo por Guillermo Kraft Ltda., el Banco de la Nación Argentina celebra su cincuentenario. La preparación de la obra —in-

forma una nota—, fué encomendada al señor Gastón Lestard, Sub-gerente contador general del Banco, colaborando en la misma, bajo la dirección del Secretario general, señor Alfredo Olaschea, los segundos jefes de la Secretaría D. Alfredo Orofino —de quien conocíamos ya varios excelentes trabajos históricos— y D. Manuel V. Torrado.

No es esta una deshilvanada y fría recopilación de estadísticas y datos. En nada se parece a esas pesadas e indigestas *memorias* a que nos tienen acostumbrados ciertas reparticiones. Se trata de algo serio y meduloso. De su lectura se obtiene una clara y sugestiva visión del desarrollo económico-financiero del país.

Con un método severo, que se nos ocurre *taineano*, los autores no se han circunscripto al motivo esencial de su trabajo —la historia del Banco de la Nación Argentina y su actual organización—, sino que bucean en los orígenes de nuestra riqueza agropecuaria, aportan interesantes antecedentes coloniales sobre nuestro régimen monetario, historian ordenadamente la creación sucesiva de nuestros diversos Bancos de emisión, hasta llegar al régimen actual y, con verdadero sentido sociológico, no dejan de referir estos acontecimientos al factor humano, con tanta frecuencia olvidado en trabajos de esta naturaleza.

Así, se consigna la creación de la Caja Nacional de Fondos de Sud América, transcribiéndose el respectivo decreto; se enaltece la memoria de Bernardino Rivadavia —limpio patriota y precursor de tantas magníficas ideas de gobierno, cuya memoria algunos pretenden hoy escarnecer, en nombre de sospechosos intereses— y se recuerda su actuación como autor del primer proyecto de Banco y fundador de la primera caja de ahorros del país. Prolijamente son analizadas las circunstancias en que nacen el Banco de 1822, el Banco Nacional de 1826, la Casa de Moneda, el Banco de la Provincia y los de la Confederación, y —aparte del análisis de algunos proyectos— se relatan las operaciones del Banco Nacional de 1872 y de los Bancos Garantidos de 1887., hasta que, en momentos harto angustiosos para la economía nacional, Pellegrini —aquel “piloto de tormenta”, de que habla Groussac— funda y defiende con obstinación viril y visionaria el Banco de la Nación Argentina. A su configuración orgánica se refiere especialmente la tercera parte del libro. Sus distintas operaciones, los beneficios del crédito agrario, su acción benefactora dentro de la economía del país, se documentan a base de elocuentes estadísticas.

Avaloran el libro numerosas reproducciones —algunas en colores, como la del cuadro de Pellegrini por Sorolla y Bastida— y otras, de curiosos billetes de bancos oficiales y privados pertenecientes a la colección, realmente interesante, del Sr. José Marcó del Pont.

LEÓN BENARÓS.

CRONICA

PERCY ALVIN MARTIN

LA muerte del profesor de la Universidad de Stanford, Dr. Percy Alvin Martin, ocurrida recientemente en Palo Alto (California), ha sido vivamente sentida en los círculos argentinos donde se cultivan los estudios históricos. El ilustrado profesor era estimado entre nosotros, no sólo por sus valiosas contribuciones, en la disciplina en que se había especializado, a la investigación y dilucidación de cuestiones relativas a la América Latina, mas también por sus prendas personales de caballero y amigo. Varias veces visitó nuestra República en misiones de estudio, la última en 1937 como miembro y vicepresidente del IIº Congreso Internacional de Historia de América, en representación de las Universidades de Stanford y Pensilvania y de la American Historical Society; y siempre se mantuvo en relación epistolar con sus colegas y amigos argentinos, entre quienes se contaron los directores de **Nosotros**.

El profesor Martin había estudiado en la Universidad de París y realizó también estudios en Berlín y Leipzig. Su curiosidad era muy amplia y su espíritu investigador, incansable: sus pesquisas en los archivos y bibliotecas y sus viajes, por Europa, América y Asia habían ensanchado notablemente los horizontes de su espíritu. Dominaba diversos idiomas, entre ellos el español. Muchas sociedades históricas y geográficas de la América Española y del Brasil lo tenían por miembro correspondiente. La lista de sus trabajos, uno de ellos sobre Bolívar, es numerosa. Un libro suyo que lo ha vinculado estrechamente con nosotros es el *Who's Who in Latin America*, puntual diccionario biográfico de los hombres más destacados de Hispanoamérica y Brasil, cuya segunda edición comentamos no ha mucho en estas páginas.

Noticias de Europa

"Madrid, 10 (A. P.). — El gobierno impartió una orden estableciendo que todas las revistas que se editen en el país deberán obtener, dentro de los seis días subsiguientes, permiso de la subsecretaría de Educación Popular, para continuar su publicación." (De *La Nación*, 11-3-1942.)

Los nuevos colaboradores de este número

AUGUSTO GONZÁLEZ CASTRO. — Poeta y periodista nacido en 1897. Ha publicado varios libros de versos: *Libro de las rapsodias y las muchachas* (1928), *Como agua entre las manos*, *En el amor del viento*, *María Josefina de los Angeles*, y un volumen de cuentos: *La invasión de los bárbaros* (1927). Colaborador de *La Nación* y *El Hogar* y de las principales revistas argentinas.

HELEN FOGELQUIST. — Poetisa y cuentista norteamericana. Nació en el Canadá, 1917, de ascendencia escandinavoamericana. En 1920 la familia se traslada a Spokane Valley, Wash., E. U., en cuya escuela pública Helen se educa para graduarse de bachiller, en Whitman College, Walla Walla, Wash. 1937. Profesora de inglés. Está casada con el Dr. Donald Fogelquist, profesor de español y portugués en la Universidad de Miami, La Florida.

SERGIO CHIAPPORI. — Periodista y profesor, nacido en Buenos Aires en 1913. Fué secretario del Pabellón Argentino en la Exposición Universal de París en 1937. Ha colaborado en *La Nación*, *El Mundo*, *La Razón*, *Caras y Caretas*, *El Hogar* y *Mundo Argentino*. Enseña literatura en el Colegio Nacional Domingo F. Sarmiento.

Los trastornos derivados de la falta momentánea de papel importado, han demorado la salida de este número y nos obligan, para resolver la situación inmediata, a publicarlo en otra calidad de papel.